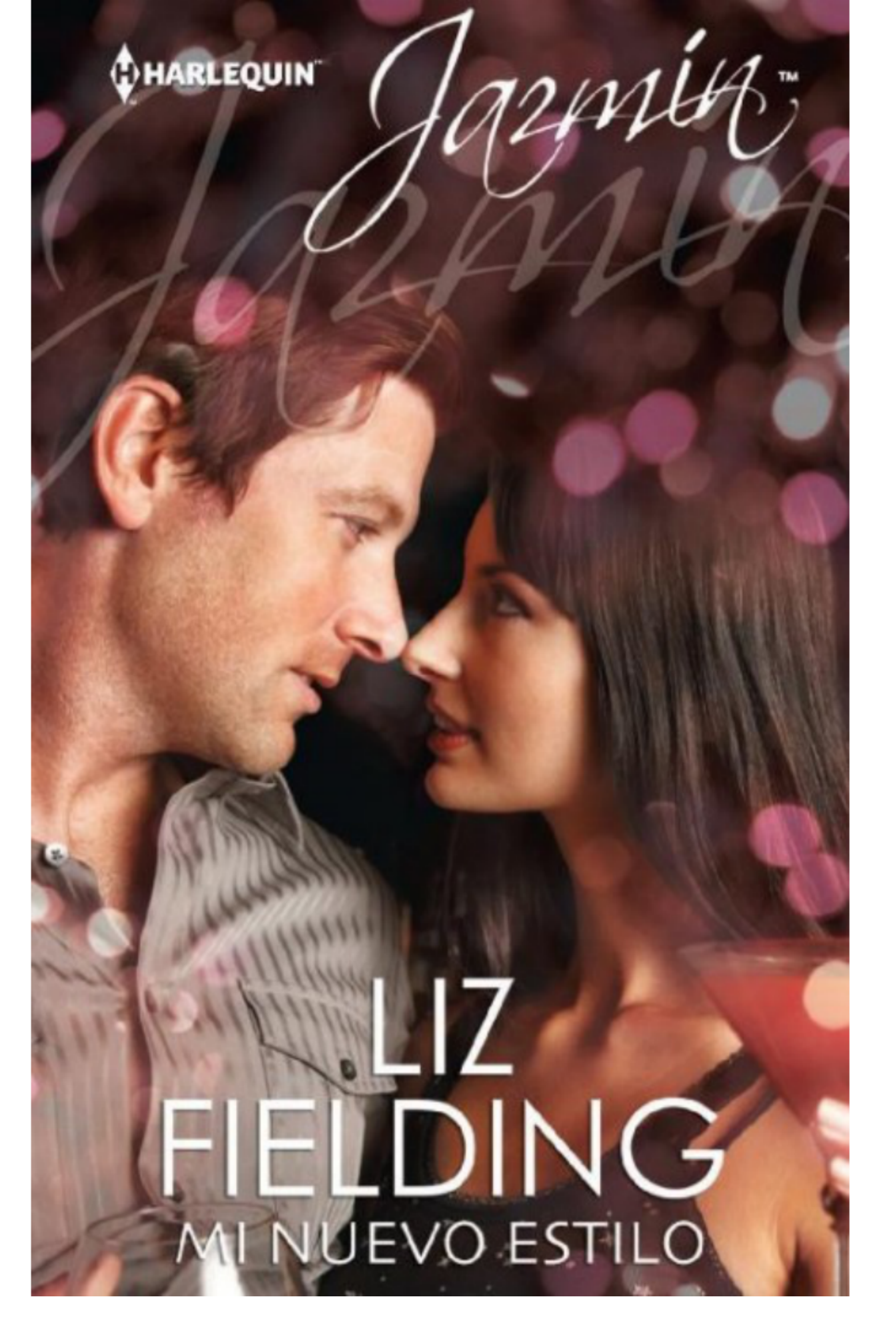

HARLEQUIN
Jazmín
LIZ
FIELDING
MI NUEVO ESTILO



Liz Fielding

Mi nuevo estilo



Argumento

Su Caballero Italiano.

Angelica Amery estaba dispuesta a comenzar una nueva vida en Milán, pero al llegar descubrió que había sido víctima de una estafa y se encontró sin casa, sin dinero y sin apenas hablar italiano. Entró en un café buscando refugio y allí conoció al enigmático y enloquecedoramente atractivo Dante Vettori, quien acudió enseguida en su rescate.

¿Qué otra cosa podía hacer Dante? Se sentía responsable de Geli, incluso antes de conocerla a fondo y de ceder a la atracción que ardía entre ellos. Pero aquella extravagante chica inglesa iba a poner patas arriba su ya complicada vida, haciéndole ver que era él quien necesitaba ser rescatado.

Capítulo 1

«La vida es como un helado en un día de calor. Disfrútalo antes de que se derrita».

El libro de los helados de Rosie

Era tarde y una llovizna de aguanieve caía sobre Milán cuando Geli salió del metro en Porta Garibaldi. Su idea había sido tomar un taxi para el corto trayecto, pero para rematar su mala suerte no había ninguno a la vista.

La promesa de la primavera se respiraba en el aire al marcharse de Longbourne, y Geli había dado por hecho que en Italia haría más calor. Si hubiera tenido el buen juicio de comprobar el parte meteorológico se habría puesto unas prendas térmicas en vez de un conjunto de encaje bajo el vestido, unos leotardos sobre los pantys negros y algo mucho más grueso que una gargantilla de encaje alrededor del cuello.

No era el atuendo más apropiado para viajar, pero ella iba a Milán, la capital europea de la moda, donde la gente no llevaba zapatillas deportivas a menos que fuera a correr y donde las mujeres policía calzaban altos tacones.

Decidida a causar buena impresión había pasado por alto que Milán se encontraba en el norte de Italia, región montañosa, fría y con aguanieve.

Según la información descargada de Internet, su apartamento se encontraba a menos de diez minutos andando del metro. Podría arreglárselas con un poco de aguanieve sin perder la compostura.

Después de orientarse con el plano, se caló la capucha del abrigo, se colgó al hombro el bolso de piel y agarró el mango de la maleta con ruedas.

Nuevo país. Nuevo comienzo. Nueva vida.

A diferencia de sus hermanas, felizmente casadas y con la vida resuelta gracias a su próspero negocio de helados, ella se estaba arrojando de cabeza a lo desconocido.

Sin más que un pequeño diccionario de italiano y un montón de ideas, estaba decidida a aprovechar cualquier experiencia que la vida

le brindase. Y la creciente sensación de aprensión que la acompañaba mientras cruzaba el puente situado sobre las vías era una reacción perfectamente natural. Al fin y al cabo, era la benjamina de la familia y aquella era la primera vez que salía al mundo.

En realidad, había estado ya en Italia, pero fue con un viaje de estudios y en compañía de sus amigos y compañeros de clase. En aquella nueva ocasión se encontraba sola, sin el apoyo de su familia ni unas manos cariñosas que la sujetaran para no… —Scusi!

—Lo siento… quiero decir… scusi —tiró de la maleta para permitir el paso a un apresurado viandante y al levantar la mirada no pudo por menos que ahogar un gemido.

A pesar del aguanieve que le azotaba el rostro, la embargó la emoción al contemplar el arte urbano bajo las farolas, unas soleadas y alegres escenas tropicales que iluminaban el triste cemento, y recordar por qué había elegido Italia, Milán… e Isola.

Se había enamorado de aquel enclave de artistas, músicos y diseñadores en cuanto vio las fotos en una revista. Era el lugar idóneo para extender sus alas, explorar su pasión por la moda, buscar nuevas formas de hacer arte y, tal vez, tener una aventura. Nada serio ni permanente, solo para divertirse.

Veinte minutos después, con el rostro congelado, el aguanieve filtrándose en una capucha diseñada para el glamour más que para proteger de las inclemencias climatológicas y totalmente perdida, no quedaba ni rastro de su entusiasmo inicial.

Se imaginaba a su hermana mayor, Elle, sacudiendo la cabeza y recriminándola por no haber esperado un taxi.

¿Cómo iba a esperar un taxi? ¡Aquella era su gran aventura! Y en el plano todo le había parecido muy fácil. Había contado las esquinas, comprobado el nombre de la calle y girado a la derecha. Su apartamento debería estar allí, delante de ella, en la esquina.

Pero no estaba.

En lugar del edificio de cinco plantas pintado de rosa, situado al comienzo de una calle de bonitas casas con vistas al mercado bisemanal, se encontraba ante una alta valla de madera que rodeaba una zona de obras.

No había motivos para alarmarse. Seguramente había pasado de largo. Había un par de estrechos callejones que le habían parecido demasiado pequeños para aparecer en el plano, pero era obvio que se había equivocado.

Volvió sobre sus pasos, recontó las bocacalles y se internó en una por la que apenas cabría un Fiat 500. El callejón terminaba en un pequeño patio lleno de cajas e iluminado por una débil bombilla sobre lo que parecía la puerta trasera de una tienda. Algo se movió en la oscuridad, una caja cayó y Geli retrocedió rápidamente. Las pocas

personas que transitaban por la calle principal caminaban con la cabeza gacha y los tímidos intentos de Geli por llamar la atención de alguna se perdieron en el viento que arreciaba. Era el momento de echarle otro vistazo al plano. Se refugió en la puerta de un comercio cerrado y buscó en su bolso la linterna que le había dado su intrépido cuñado como regalo de despedida. Geli le había recordado que se iba a una de las urbes más importantes del mundo y no a la jungla, pero la respuesta del experto explorador fue que poca diferencia había entre una y otra.

En ese momento, algo mojado y peludo le rozó la pierna y le hizo soltar un chillido.

Un punto para el explorador.

Se tranquilizó al oír un débil maullido y alumbró con la linterna un gatito, empapado y temblando en la puerta.

—Hola, bonito —alargó el brazo, pero el animal retrocedió asustado—. Eres muy pequeño para estar fuera tú solo en una noche como esta.

La pobre criatura, que debía de tener más frío que ella, se mostró de acuerdo con un maullido lastimero. Geli había comprado un sándwich de queso en el avión, pero los nervios y la excitación le impidieron comer y se lo había guardado intacto en el bolso. Lo sacó y le ofreció un trozo al gatito, que se lo zampó ávidamente.

Geli le dio otro trozo y volvió a concentrarse en el plano. En algún punto se había equivocado de calle y se había internado en el distrito comercial, cerrado a esas horas, pero por su vida que no sabía dónde se había extraviado.

No podía llamar a la signora Franco, su casera. Su inglés era tan escaso como el italiano de Geli. Lo que necesitaba era uno de los famosos bares o cafés de Isola, un lugar cálido y seco con gente que conociera la zona. Se preparó para enfrentarse a lo que ya comenzaba a ser una auténtica nevada y echó a andar.

Oyó al gatito maullar tras ella y suspiró. Había unas cuantas luces encendidas en los pisos superiores, pero abajo estaba todo apagado y cerrado. El pobre animal era demasiado pequeño para sobrevivir una noche así a la intemperie. Y ella tal vez estuviera en un país extranjero, pero seguía siendo la misma.

El gato se encogió aterrorizado cuando Geli se agachó y lo agarró para meterlo en uno de los grandes bolsillos del abrigo. Al día siguiente volvería a aquel lugar en busca de alguien que pudiera ocuparse de él, pero en aquel momento sus prioridades eran otras. Tenía que poner a prueba su italiano. Había memorizado la pregunta y podía farfullar «Dov'è via Pepone?» sin dificultad. Lo difícil sería entender las respuestas.

Guardó la linterna y el inservible plano en el bolso y, partiendo de

nuevo desde la estación, caminó en línea recta en vez de girar.

En las fotos que había visto era verano, se celebraban conciertos de jazz al aire libre, cada martes se organizaban almuerzos colectivos en el parque donde la gente compartía la comida y reforzaba los lazos de la comunidad. Las terrazas de los modernos cafés estaban llenas y animadas. Todo era perfecto e idílico.

Pero ella se había equivocado al escoger el día y la época del año.

Entonces oyó música, como si alguien hubiera abierto brevemente una puerta, y corrió hacia la esquina. Al otro extremo de una plaza las luces salían de una ventana empañada.

Era el Café Rosa, famoso por sus cócteles, el jazz y las obras que exhibían en sus paredes los pintores del barrio. Invadida por un inmenso alivio, cruzó la plaza y abrió la puerta.

Al instante se vio envuelta por una ola de calor, un delicioso olor a comida y la animada música que tocaba un grupo en un pequeño escenario y que se mezclaba con los silbidos de vapor que despedía la cafetera. Mesas de todas las formas y tamaños estaban ocupadas por gente que comía, bebía y charlaba animadamente, y un hombre alto y moreno estaba apoyado en la barra hablando con la camarera.

Unos cuantos clientes se habían girado hacia ella al abrirse la puerta. Las conversaciones se desvanecieron y lo único que se oyó fue el rasgueo de un bajo.

El hombre de la barra también se había girado, a medias, y Geli se sintió embargada por una inexplicable e instantánea atracción hacia aquel hombre de quien nada sabía y a quien nunca había visto.

Por unos instantes hasta se olvidó de respirar. Era como si alguien le hubiera dado al «pause» y la escena se hubiese congelado. Los colores apagados se reflejaban en el acero, las luces arrancaban destellos de las botellas y los vasos de detrás de la barra y el rostro de Geli se reflejaba como una imagen espectral tras el anuncio que había en un espejo. Y Míster Italia mirándola fijamente con unos ojos que prometían toda clase de placeres y una boca que no le iba a la zaga.

No era su espeso pelo oscuro ni sus pómulos sensualmente marcados los que la mantenían paralizada. Eran aquellos ojos de un intenso color chocolate. Si hubieran aparecido en un folleto turístico, las mujeres de medio mundo habrían reservado sus vacaciones en Italia.

El hombre se irguió, atrayendo la atención hacia el pelo que se le rizaba en el cuello, sus anchos hombros y los fuertes antebrazos que revelaba su camisa arremangada.

—Signora… —murmuró mientras se apartaba para dejarle sitio en la barra.

Su voz, profunda y arrebatadoramente varonil, dejó sin aliento a Angelica. Pero afortunadamente una mujer rubia y atlética le sirvió un

espresso a aquel dios italiano y se giró hacia ella.

—Sta nevicando? E brutto tempo.

¿Cómo?

Demasiado para el curso básico de italiano que había descargado en su iPod, de modo que hizo lo único que podía hacer y se quitó la capucha. La gente retomó sus conversaciones y Geli obligó a sus piernas a moverse hacia la barra.

—Cosa prendi, signora?

Al menos aquello lo entendía.

—Eh… Vorrai un espresso… s'il vous plait —respondió en una mezcla de inglés, italiano y francés—. No… quiero decir…

— maldición.

La rubia sonrió.

—Tranquila. Te entiendo —dijo con un marcado acento australiano.

—Oh, gracias a Dios que eres inglesa. ¡No! Lo siento, quiero decir, australiana…

Teniendo a un hombre tan arrebatadoramente sexy a su lado, con uno de sus poderosos muslos casi rozándole la cadera, era imposible dar la imagen de una mujer de mundo, desenvuelta y sofisticada, con la que quería conquistar Milán.

—¿Qué tal si salgo, doy una vuelta a la manzana y vuelvo a intentarlo?

La camarera le sonrió.

—Ni se te ocurra. Enseguida te sirvo el espresso. ¿Acabas de llegar a Isola?

—A Isola, a Milán y a Italia. Aprendí un poco de italiano cuando pasé un mes en la Toscana, hace años, pero estudié francés en la escuela y parece que es la lengua que se activa por defecto en mi cerebro cuando me invade el pánico.

Su cerebro estaba demasiado ocupado babeando por Míster Italia como para que le importasen un bledo los idiomas.

—Date una semana. ¿Te pongo algo más?

—¿Un extra de direcciones? —preguntó esperanzada, intentando ignorar que no era solo su cabeza, sino todo su cuerpo, lo que respondía al bombardeo de hormonas que recibía del hombre que se hallaba sentado a su lado. Hacía lo posible por no mirarlo, pero ¿la estaría mirando él?

—¿Te has perdido, signorina? —le preguntó él con la voz y el acento más sensuales que Geli había oído en su vida. Un estremecimiento que nada tenía que ver con la nieve que le chorreaba del pelo le recorrió la espalda y los pechos. Respiró hondo e intentó recordar por qué estaba allí.

—No exactamente —sacó del bolso la hoja con las direcciones, la

colocó en la barra con el plano hacia arriba y se giró hacia él para explicarle lo sucedido. Pero cuando se encontró con su mirada y el sensual arqueo de su ceja se quedó sin palabras.

—¿Entonces? —la apremió él.

Sin duda estaba acostumbrado a ejercer aquel efecto en las mujeres. Con su pose relajada y sus penetrantes ojos, irradiaba un aura tan peligrosa como irresistible.

Su primer día en Isola y Geli ya se imaginaba lo que podría hacer con Míster Italia. Y por la forma en que la miraba él debía de estar imaginando lo mismo con ella.

¿Habría sido así para su madre la primera vez? ¿Una mirada de un fornido jornalero en la feria anual del pueblo había bastado para conquistarla?

—Sé exactamente dónde estoy, signor —dijo, mirando fijamente aquellos ojos oscuros de depredador. Para recalcarlo, se quitó el fino guante de piel que de poco le había servido para calentarse la mano y señaló la plaza con la punta de una uña carmesí.

—No —repuso él. Sin apartar la mirada de sus ojos, le rodeó la mano con sus largos dedos y la desplazó un par de centímetros hacia la derecha—. Estás aquí.

El tacto de su mano era deliciosamente cálido contra la fría piel de Geli, a quien le costó mantener la compostura cuando por dentro era como un volcán a punto de entrar en erupción.

—¿En serio? —preguntó, reprimiendo la necesidad de tragar saliva.

Estaba acostumbrada a que la gente la mirase. Desde los nueve años había sido el centro de atención y siempre se había deleitado con el interés que suscitaba en los hombres.

Pero la mirada de aquel hombre era distinta. Intensa, penetrante y abrasadora. Temiendo que el charco de nieve que se derretía a sus pies se transformara en un chorro de vapor, se volvió hacia el plano.

No le sirvió de nada. La mano del hombre seguía cubriéndole la suya, y Geli se sorprendió imaginando cómo sería tener sus largos y fuertes dedos, desprovistos de anillo, pegados a la piel de sus pechos.

Bajo las capas del abrigo, el vestido y el sujetador, se le endurecieron los pezones y un deseo irrefrenable se propagó hacia la parte inferior de su anatomía. Tuvo que morderse el labio inferior para no gemir.

«Respira, maldita sea».

Carraspeó disimuladamente y confió en aparentar más serenidad de la que sentía.

—Todas las plazas son iguales en un plano. Por desgracia, ninguna de ellas era mi destino.

—Y aquí estás.

Y allí estaba, hundiéndose en unos ojos tan oscuros como el espresso de su taza.

Todo se difuminó a su alrededor. Las etiquetas de las botellas, el ruido de la cubertería, las notas del bajo… Todos sus sentidos se concentraron en los dedos que le rodeaban la mano y los oscuros ojos que reflejaban su imagen. Por unos instantes todo permaneció inmóvil, hasta que él se apartó bruscamente y usó la mano con que le había cubierto la suya para agarrar su espresso y vaciarlo de un trago.

Había sido él el primero en apartar la mirada, pero, extrañamente, Geli no experimentó la sensación triunfal acostumbrada. Por primera vez en su vida no le pareció una victoria.

—¿Adónde vas, signorina? —preguntó él, colocando otra vez la taza en el platillo.

—Aquí —miró el papel, pero la tinta se había corrido y una mancha ocultaba el nombre de la calle.

—Dile la dirección y Dante te la indicará —la animó la camarera mientras le servía un espresso—. Se conoce Isola como la palma de su mano.

—¿Dante? —repitió ella—. ¿Como el del infierno? —no era de extrañar que al mirarlo le hirviera la sangre en las venas—. ¿O quizá tu madre siente debilidad por los pintores prerrafaelitas?

—¿Vas a visitar a alguien? —preguntó él, ignorando la pregunta.

—No —Geli se reprendió a sí misma por intentar hacerse la graciosa. Dante debía de estar harto de oír tonterías sobre su nombre —. He venido por trabajo. He alquilado un apartamento por un año. Me llamo Geli Amery —se presentó, ofreciéndole la mano sin pensar en las consecuencias.

Él se la estrechó.

—Dante Vettori —pronunciado con el sensual acento italiano su nombre era una sinfonía de seducción—. ¿Tu nombre es Jelly? —arqueó una ceja con expresión divertida—. ¿Como esa intragable gelatina con la que los ingleses castigan a los niños en las fiestas de cumpleaños?

De acuerdo, quizá se lo había buscado al hacerle ese estúpido comentario sobre el infierno, pero él no era el único acostumbrado a oír tonterías sobre su nombre.

—Geli es el diminutivo de Angelica… como angelica archangelica, que me han dicho que es una planta muy bonita —le sonrió—. Quizá conozcas su tallo escarchado. Los ingleses lo usan para decorar las tartas y pasteles con que castigan a los niños en las fiestas de cumpleaños.

Él soltó una carcajada cálida y profunda que rodeó sus ojos de arrugas, realzó sus pómulos, ensanchó su boca y despertó en Geli el deseo de lamerle el labio inferior…

En un intento por recuperar el control de sus órganos vitales, agarró su espresso y lo vació de un trago imitando al hombre. No contaba, sin embargo, con lo caliente que estaría y el café le abrasó la garganta.

—Pensaba tomar un taxi… —tenía calcinadas las cuerdas vocales y la voz le salió como un patético chillido—. Por desgracia, no había ninguno en Porta Garibaldi, y la información del apartamento decía que Via Pepone solo estaba a diez minutos andando.

—Los taxis siempre escasean cuando hay mal tiempo —dijo la camarera mientras Dante examinaba con el ceño fruncido la foto de la casa—. Bienvenida a Isola, Geli. Me llamo Lisa Vettori… soy de la rama australiana de la familia. Dante es mi primo, y, aunque nadie lo diría al verlo a ese lado de la barra sin mover un dedo, el Café Rosa es suyo.

—Te pago muy bien para poder quedarme a este lado de la barra —le recordó él sin levantar la mirada.

—Pues aprovéchate mientras puedas, socio. El martes tengo que estar en Melbourne para probarme un vestido de dama de honor. Como no muevas el trasero y encuentres a una sustituta para el domingo, serás tú quien tenga que ponerse a servir copas —frotó la barra con un trapo para limpiar una mancha inexistente–

. ¿Tienes algún trabajo esperándote, Geli?

—¿Trabajo?

—Has dicho que estabas aquí por trabajo. ¿Has trabajado alguna vez en un bar? Solo sería un…

—Si has estado viajando todo el día debes de tener hambre —dijo Dante, interrumpiendo a su prima a mitad de frase—. Tomaremos el risotto, Lisa.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia una mesa para dos situada en un rincón tranquilo llevando consigo la información del apartamento y, lo más importante, el plano.

Capítulo 2

«No hay nada mejor que un amigo cuando estás en apuros… salvo un amigo con un helado».

El libro de los helados de Rosie

Geli se quedó inmóvil, demasiado sorprendida para reaccionar. Una cosa era flirtear un poco, pero la actitud de aquel hombre rayaba en la arrogancia.

Dante retiró una silla y esperó a que lo acompañara.

Arrogante era decir poco. ¿De verdad creía que iba a seguirlo sin más?

—¿Angelica?

Nadie la llamaba por su nombre completo, pero la forma en que lo pronunció, con una «g» tan suave que le provocó la misma sensación que el chocolate derretido en su lengua, hizo que su cuerpo desoyera las órdenes que le gritaba su cabeza y avanzara hacia él como si tirase de una cuerda.

—Dame tu abrigo —le dijo él—. Lo colgaré para que se seque.

Geli tragó saliva. Era tarde y debería ponerse en camino, pero para ello necesitaba indicaciones precisas y no se le ocurría mejor manera de conseguirlas. Soltó el bolso en la silla, dejó un guante en la mesa y empezó a quitarse el otro.

La prenda se había calentado y se aferraba a su piel, y, mientras se lo quitaba dedo a dedo, Geli descubrió que había más de una manera de tener el control.

Una cuerda tenía dos extremos, y era Dante quien estaba siendo arrastrado mientras ella revelaba lentamente su mano con un tirón involuntariamente provocador.

Dejó el guante junto a su pareja y, sin apartar los ojos de Dante, empezó a desabrocharse los botones que sujetaban el abrigo a la cintura. Eran una docena y empezó por el inferior. Uno, dos, tres… La mirada de Dante no vaciló ni un segundo, hasta que las capas de terciopelo, cachemira y ante cortadas al bies y curvadas alrededor de las pantorrillas se abrieron para revelar el minivestido negro escotado que le llegaba por encima de las rodillas.

Esperó un instante y se giró para dejar que el abrigo se deslizara por sus hombros y que fuera él quien lo agarrase.

Un arqueo de ceja mientras le daba las gracias debería dejarle claro que el siguiente paso le correspondía darlo a él. Geli estaba más que dispuesta para aceptar cualquier cosa que le ofreciera, pero cuando lo miró por encima del hombro se olvidó por completo de su plan de seducción.

Estaba tan cerca de ella que sintió el calor de su aliento en la mejilla. Lo único que se le pasó a Geli por la cabeza fue la fantasía de cubrir la escasa distancia que separaba sus bocas y atrapar aquel suculento labio inferior entre los suyos.

El estrépito de los cubiertos procedente de la barra hizo añicos el momento, y Dante miró el abrigo como si se preguntara de dónde demonios había salido.

—Lo colgaré junto al radiador para que se seque.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó Lisa, arrebatándole el abrigo—. No puedes colgar esto junto al radiador como si fuera un chubasquero barato. Esta clase de prenda cuesta un ojo de la cara y hay que tratarla con mucho cuidado —leyó la etiqueta—. «Dark Angel» —miró a Geli —. ¿Angel? —repitió con admiración—. ¿Eres tú, Geli?

—¿Qué? Ah, sí —respondió, agradecida por la distracción. Irse a la cama con un hombre para pasarlo bien era una cosa, pero perder la cabeza no estaba en sus planes—. Dark Angel es mi marca.

—¿Eres diseñadora de moda?

—No exactamente. Diseño prendas exclusivas. Estudié arte, pero me he pasado toda la vida confeccionando ropa y de alguna manera acabé combinando las dos cosas.

—¿Ropa como arte? —Lisa sonrió—. Me gusta.

—Esperemos que no seas la única.

—Claro que no. Es fantástico. ¿La gargantilla también es tuya?

Geli se tocó el collar de estilo victoriano de encaje y azabache.

—La hice con retazos reciclados. El vestido lo elaboré con algo que encontré en un mercadillo de cosas usadas, y el abrigo lo confeccioné con retales recogidos a lo largo de los años.

—Estoy impresionada. Vas a encajar aquí a las mil maravillas. El upcycling está arrasando en Isola.

—Es uno de los motivos por los que he venido. Quiero trabajar con personas que hagan lo mismo que yo.

—Y yo que te estaba sugiriendo la posibilidad de trabajar detrás de la barra… —se lamentó Lisa con una mueca—. Si tienes algo que quieras exponer, seguro que Dan encontrará espacio para ello —lo miró, pero él no dijo nada—. Bueno, voy a buscar una percha para esto —se alejó con el abrigo en alto para que no tocase el suelo, pero apenas dio un par de pasos se detuvo—. Geli, hay algo que se mueve en el… ¡Oh, Dios mío! —chilló y soltó el abrigo, dando un salto hacia atrás—. ¡Es una rata!

Los músicos dejaran de tocar y todo el mundo se giró hacia ella.

Aterrorizado, el gatito salió corriendo del bolsillo y el bar se convirtió en un pandemónium. Los hombres se levantaron de un salto y las mujeres se subieron a las sillas.

—¡No pasa nada! —exclamó Geli mientras se agachaba bajo una mesa para agarrar al gato antes de que algún desalmado lo pisoteara. El pobre animal estaba tan asustado que la arañó y le mordió el dedo —. ¡Es un gato! ¡Un gatito pequeño! —añadió al no provocar el menor efecto tranquilizador.

Lo sostuvo en alto para que todos pudieran verlo. Se había secado un poco en el bolsillo, pero no era mucho más grande que su mano y nadie parecía convencido. Una mujer soltó un grito de terror y Dante rodeó rápidamente a Geli por la cintura y los llevó a ella y al gato hacia la parte trasera del bar.

—¿Cómo se dice «gatito» en italiano? —le preguntó Geli cuando la puerta se cerró tras ellos.

—Gattino, pero Lisa tiene razón: se parece más a una rata.

—Lo siento, pero lo encontré en una puerta, empapado y muerto de frío. No podía dejarlo allí.

—Puede que no, pero para la salud pública los gatos y las ratas son lo mismo.

—Lo entiendo. Mis hermanas también se dedican al negocio alimentario —y en circunstancias similares la habrían matado—. Solo entré en el bar para preguntar la dirección. No pretendía quedarme más de un par de minutos.

Estaba a punto de repetir la disculpa cuando la puerta se abrió y apareció Lisa, con el abrigo y el bolso de Geli y arrastrando la maleta.

—¿Has conseguido calmarlos? —le preguntó Dante.

—Nada como ofrecer bebidas gratis para mejorar los ánimos. He dejado a Bruno en la barra.

Geli soltó un gemido.

—Es culpa mía. Pagaré las bebidas.

—No —rechazaron Lisa y Dante a la vez. Lisa siguió hablando—. La primera regla en este negocio es no chillar si ves una rata. La segunda es que, si chillas, no puedes decir la palabra «rata»… Pero cuando sentí que algo se movía y vi esa bola peluda gris perdí los nervios por completo… ¡Geli! ¡Estás sangrando!

Geli se miró el hilillo de sangre que le corría por la palma de la mano.

—No es nada. Al pobrecito le entró el pánico.

—Un pobrecito que vete tú a saber dónde habrá estado y lo que habrá comido —replicó Lisa—. Vamos arriba y te limpiaré la herida.

—Estoy bien, de verdad —protestó Geli, muerta de vergüenza—. Es tarde y la señora Franco, mi casera, me estará esperando con la

llave. Tendría que haberla llamado para decirle que mi vuelo llegaba con retraso, pero su inglés es aún peor que mi italiano.

Miró la hora. Les había prometido a sus hermanas que las avisaría en cuanto se hubiera instalado en su nuevo apartamento, y ya eran más de las diez. Si no les escribía un mensaje en breve se imaginarían lo peor.

—No te preocupes por la señora Franco —dijo Dante.

—Pero…

—Via Pepone está en obras. Van a hacer un bloque de oficinas y… —la miró con expresión grave—. Quería decírtelo de un modo más suave, pero me temo que el apartamento que has alquilado ya no existe.

A Geli le costó unos segundos asimilar la noticia.

—Pero si hablé con la señora Franco…

—Lis, busca una caja para Rattino antes de que provoque más daños —Dante agarró el bolso y el abrigo y empujó suavemente a Geli hacia la escalera, pero ella no se movió. Tenía que haber un error.

—A lo mejor me equivoqué al apuntar el nombre de la calle…

—Lo primero es limpiarte la herida. ¿Te has vacunado contra el tétanos?

—¿Qué? Ah, sí… —se mantuvo inmóvil unos segundos más, pero no podía volver al restaurante con el gato, y tenía que enterarse de lo que había pasado realmente con su apartamento.

Y Lisa tenía razón: no podía arriesgarse a pillar una infección.

—De verdad que siento mucho lo de la rata —volvió a disculparse mientras subía la escalera—. Pero el gatito se habría muerto si no me lo hubiera llevado conmigo.

—¿Y por eso te lo metiste en el bolsillo de tu precioso abrigo? ¿Es algo que sueles hacer?

—Siempre —admitió ella—. En los bolsillos, en los bolsos, en la cesta de mi bicicleta… Mis hermanos intentaron quitarme la costumbre por todos los medios, pero al final desistieron.

—¿Y los animales que recoges siempre se muestran tan desagradecidos?

Llegaron al rellano y él le agarró la mano para examinarle la herida. Al sentir el calor de sus dedos Geli se olvidó del gato, de su apartamento y de todo.

Él alzó la vista al no recibir respuesta y la temperatura corporal de Geli se disparó al sentir que ardía por dentro.

—Los animales reaccionan con agresividad cuando tienen miedo —respondió rápidamente, esperando que abriera una de las puertas.

Pero él, sin soltarle la mano, siguió subiendo por un segundo tramo de escalones. En el piso superior solo había una puerta. Dante la soltó, se sacó una llave del bolsillo y abrió, echándose a un lado para que

ella entrase.

Geli no sabía qué esperarse. Había perdido la capacidad de razonamiento desde que él se giró para mirarla, abrumada por las reacciones físicas que le provocaba. Tal vez un almacén… O no. Había un pequeño vestíbulo con perchas y un zapatero. Dante colgó su abrigo junto a una chaqueta impermeable y abrió una puerta interior que daba a un apartamento inconfundiblemente masculino. Había alfombras tribales norteafricanas sobre un brillante suelo de madera, coloridas muestras de arte moderno en las paredes y estanterías llenas de libros. El fuego ardía en una estufa de leña y un enorme sofá de cuero invitaba a sentarse ante el acogedor resplandor de las llamas.

—Vives aquí —dijo tontamente.

—Sí —afirmó él con el rostro inexpresivo mientras dejaba el bolso en el sofá—. Dicen que vivir encima de tu tienda o negocio es propio de las clases bajas, pero a mí me resulta muy conveniente.

—Eso son chorradas.

—¿Chorradas? —repitió él, como si nunca hubiera oído aquella palabra. Pero el significado quedaba claro por el tono con que la había pronunciado Geli.

—Algún día yo también viviré en una casa como esta —giró sobre sí misma para recorrer la estancia con la mirada—. El último piso para mí, un taller debajo y una sala de muestras en la planta baja —se detuvo frente a él—. Mi bisabuelo era el hijo menor de un conde.

—¿Un conde?

Geli se percató de lo pomposo que sonaba.

—Mi abuela se casó con alguien de clase inferior en contra de los deseos de su padre, por lo que es normal que no recibamos ninguna felicitación en Navidad de parte de Su Señoría… ni él de nosotros —claro.

—¿La desheredaron?

—Al parecer, sus otros hijos fueron más dóciles y obedientes —nunca había compartido tanta información personal con nadie, pero no quería que Dante creyera que a su familia le importaba sus vínculos aristocráticos. Ni siquiera en circunstancias extremas habían recurrido a sus parientes ricos en busca de ayuda.

—La familia, con su estrecha privacidad y sus escabrosos secretos, es la fuente de todas nuestras insatisfacciones —replicó él, sin duda citando a alguien.

—¿Quién dijo eso?

—Yo lo acabo de decir.

—No, me refiero a… —Geli sacudió la cabeza—. Yo tengo una familia maravillosa —durante muchos años sus dos hermanas y ella, junto con su abuela, habían estado fuertemente unidas contra el mundo.

Todo cambió el día en que un desconocido apareció en la puerta con una furgoneta de helados. En la actualidad sus hermanas no solo eran prósperas empresarias, sino esposas y madres, mientras que su abuela disfrutaba del sol en el sur de Francia con el tío abuelo Basil, quien había enviado la furgoneta.

—Eres muy afortunada.

—Sí… —si no contaba el vacío que había dejado su madre, un padre desconocido y una legión de tías, tíos y primos a los que no conocía y quienes no la conocían.

—El baño está aquí —dijo Dante, abriendo una puerta.

—Il bagno… —tradujo ella animadamente, esforzándose por pensar en italiano mientras lo seguía.

Un agente inmobiliario habría descrito el baño como «amplio y de época». En aquella ocasión, Geli no tuvo ninguna duda de que todos los sanitarios, desde la bañera con patas y grifos dorados hasta el inodoro con cisterna alta y el lavabo ancho y profundo, eran auténticos.

—Cerraré la puerta para que puedas dejar el gato —dijo él—. No puede escapar.

—Yo no estaría tan segura —desenganchó las garras del animal del vestido y lo dejó en la bañera—. Y como se meta debajo de la bañera… —dejó que Dante se imaginara lo divertido que sería intentar sacarlo.

Él miró a la pequeña criatura que intentaba encaramarse a la pared de la bañera. —Muy inteligente.

—Cuando has puesto una habitación patas arriba buscando un gato que ha conseguido escaparse por una grieta, aprendes a encerrarlos bien.

—Veo que llevas una vida muy interesante, Angelica Amery —le dijo mientras ella intentaba desabrocharse los botones de la muñeca sin mancharse de sangre el vestido—, pero permíteme decirte que no vas vestida como una mujer en busca de tranquilidad.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. La vida es corta. No dejes pasar un día sin un helado.

—¿Quién dice eso? —preguntó él con una sonrisa.

—Rosie, nuestra vieja furgoneta de helados, en su Libro de los helados. Un sabor para cada ocasión. ¿Chocolate? ¿Cerezas? —no recibió respuesta—. ¿Queso? —sugirió con la esperanza de hacerlo reír, o al menos sonreír.

—Permesso? —señaló el continuo y vano esfuerzo de sus temblorosos dedos por desabrocharse los botones.

Ella se rindió y le ofreció la mano.

—Prego.

Él le desabotonó el puño, se lo arremangó y, agarrándola por la

muñeca, le vertió un poco de jabón líquido en la palma de la mano.

A Geli se le aceleraron los latidos del corazón, que ya estaba desbocado.

—Coraggio —murmuró él, rozándole la palma con el pulgar.

—Umm…

Él se giró para mirarla, quedando su recia mandíbula a un suspiro de sus labios.

—¿Te escuece?

—No… No me escuece.

No sentía el menor dolor mientras él le enjabonaba suavemente los dedos, la muñeca y la palma de la mano. Todas sus sensaciones se concentraban en la parte inferior de su cuerpo.

—Va bene? —tras enjuagarla, la secó cuidadosamente con una toalla blanca.

—Va bene —respondió Geli. Molto, molto bene. Dante era exquisitamente delicado. Y meticuloso.

—Aguanta un poco. Esto sí te escocerá —le advirtió mientras abría una caja de toallitas antisépticas.

—Intentaré no gritar —dijo ella, pero las rodillas le flaqueaban tanto que prefirió no arriesgarse y se aferró con la otra mano al hombro de Dante. No quería hacer el ridículo desplomándose a sus pies.

El tacto de su hombro era maravillosamente sólido bajo la camisa. Estaba tan cerca que Geli podía percibir el olor a café, piel cálida y masculina y champú. La combinación era tan embriagadora que borraba el penetrante olor del antiséptico.

Dante abrió un apósito y lo aplicó sobre la herida.

—Listo.

—No… —a Geli se le escapó la palabra sin pensar.

Dante la miró con expresión interrogativa.

—¿Algo más?

—Sí… No… —no tenía nada que objetar en lo que a sus primeros auxilios se refería. Simplemente no quería que se detuviera—. No es nada.

—Dímelo —la acució, visiblemente preocupado.

¿Qué podía decirle? La respuesta que tenía en la punta de la lengua era absolutamente indecorosa, pero Dante estaba esperando y ella se encogió de hombros con la esperanza de que captara la insinuación.

Nada.

Por el amor de Dios, todo el mundo sabía lo que se hacía cuando alguien se producía una herida. ¿Acaso tenía que deletreárselo?

—Un bacio? —sugirió.

—¿Un beso? —repitió él, seguramente preguntándose si ella tenía

la menor idea de lo que estaba diciendo.

—Sí… —lo había aprendido en la guía de conversación que su hermana Sorrel le había comprado. En el capítulo de Coqueteo, que le había parecido infinitamente más interesante que el referido a los billetes de tren o de avión.

—¿Es necesario? —preguntó Dante.

La miraba con una expresión tan seria que Geli deseó que se la tragara la tierra. Pero un atisbo casi imperceptible de sonrisa lo delató y le hizo ver a Angelica que entendía exactamente lo que quería decirle. Aquel hombre no solo era enloquecedoramente atractivo, sino que además tenía sentido del humor.

—No solo es necesario —le aseguró—. Es absolutamente imprescindible.

—Discúlpame. No debí de estar muy atento cuando se habló de esto en el curso de primeros auxilios —era evidente que se esforzaba por no sonreír—. Tendrás que enseñarme tú.

¿Enseñarle? La excitación la invadió al pensarlo. Nunca había hecho nada tan atrevido, pero una mujer deseosa de vivir el momento tenía que aprovechar la oportunidad.

«Coraggio, Geli…».

—Es muy fácil, Dante. Solo tienes que juntar los labios… —¿Así?

Geli ahogó un gemido cuando él le levantó la mano y, sin apartar la mirada de sus ojos, la besó justo debajo del apósito.

—Exactamente así —consiguió responder a pesar del nudo que tenía en la garganta—. No sé por qué, funciona…

—Supongo que por la aplicación de calor —su voz era tan suave como el segundo beso que le dio en la palma. Geli sintió que sus rodillas se volvían de gelatina y retiró la mano de su hombro para aferrarle la camisa. Podía sentir los latidos de su corazón bajo el tejido. Lento y constante, todo lo contrario que el suyo—. ¿Es suficiente calor?

¿Seguía tomándole el pelo? No sonreía, pero su boca estaba cada vez más cerca.

—Cuanto más calor, más efectivo —murmuró con una voz casi inaudible.

—¿Cuánto calor quieres, Angelica? —su voz se deslizó por su piel como una capa de miel, y sus ojos brillaban del mismo modo que cuando le había guiado la mano sobre el plano. Chispas doradas destellaban en sus iris, prendiendo la parte más salvaje de Geli.

—Mucho. Molto, molto caldo… —entrelazó la mano en sus oscuros y sedosos cabellos y le tocó el labio inferior con la boca y la lengua, deleitándose con los restos de sabor a café. No supo si fue por la cafeína o por el roce de las lenguas, pero cuando cerró los ojos y él

intensificó el beso sintió una descarga de calor propagándose por sus venas como nunca antes había sentido.

—¿Hola? —la voz de Lisa atravesó la burbuja dorada que los envolvía—. ¿Va todo bien? —preguntó desde la puerta del baño, y, a juzgar por el tono apremiante, Geli sospechó que no era la primera vez que lo preguntaba.

Geli abrió los ojos al tiempo que Dante levantaba la cabeza y daba un paso atrás.

—No abras la puerta o se escapará el gato —le advirtió Dante a Lisa.

—No… Solo quería decirte que hay antisépticos en el armario.

—Ya los he encontrado —retiró la mano del hombro de Geli y agarró el pomo de la puerta—. Hemos terminado.

Noooo, gritó ella en silencio, pero Dante ya había salido del baño y cerrado la puerta tras él. Geli se quedó a solas, intentando recuperar el aliento y la poca dignidad que le quedaba tras haberse arrojado en brazos de un desconocido.

Tal vez estuvieran coqueteando un poco, pero casi todo lo había hecho ella. Dante, al verla en serios apuros, había intentado explicarle su situación y ella había respondido con una exhibición de lo más descarada. Primero había sido lo del guante y después…

¿Cómo había podido hacerlo? Ella no era esa clase de mujer. Pero prácticamente se había arrojado sobre Dante cuando él le dijo que había sido víctima de una estafa por Internet.

¿En qué demonios había estado pensando? ¿Y él?

Obviamente en que ella haría lo que fuera a cambio de un sitio donde pasar la noche.

La intención de Geli era aprovechar el momento y seguir la filosofía de su madre, pero era como lanzarse de un avión sin saber abrir el paracaídas.

Con las mejillas ardiéndole y las piernas temblándole, mojó el extremo de la toalla con que él le había secado la mano y se la llevó a la cara. Se sentó en el suelo, con la espalda pegada a la bañera, y hundió la cara en las rodillas.

—Ayúdame, mamá…

Capítulo 3

«Un helado es más barato que un psicólogo y además no hay que pedir cita».

El libro de los helados de Rosie

Dante entró en la cocina, llenó un vaso de agua fría del frigorífico y lo vació de un trago. Solo le sirvió para que un chorro de vapor le saliera por las orejas.

Angelica…

El nombre evocaba una pintura renacentista, pero ningún ángel tenía un cuerpo como el suyo. Unas curvas tan voluptuosas. Una boca que invitaba a besarla y a poseerla.

Hacía más de un año que no sentía un deseo tan descontrolado por una mujer, pero al girarse y ver sus labios carmesíes, único toque de color contra su ropa negra, y el contraste de sus cabellos con una piel tan blanca que parecía no haber recibido nunca la luz del sol, todo su cuerpo se había vuelto loco.

Consciente de que Lisa lo miraba sin disimular su regocijo, le lanzó una mirada de advertencia para que no se le ocurriera hacer ningún comentario. Ella sonrió con picardía y se volvió hacia Angelica cuando esta se les unió.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó—. ¿Se ha ganado mi primo el título de primeros auxilios?

—La medalla de oro, más bien —respondió Angelica, extendiendo la mano para que Lisa se la examinara. A pesar de hablar en tono jocoso se esforzaba por no mirar a Dante y tenía las mejillas coloradas.

—¿Has encontrado una caja, Lis? —preguntó él con voz cortante.

—Tengo esta caja forrada con papel de periódico —le mostró la caja que llevaba en las manos—. El cocinero me ha dado un poco de pollo para Rattino. ¿No tienes leche en casa?

—Sí, pero está fría —Dante aprovechó la oportunidad para escapar —. Calentaré un poco en el microondas.

—Gracias. Muy amable por tu parte —Angelica aceptó la caja de Lisa y regresó al cuarto de baño. Dante la vio alejarse, intentando no pensar en lo que querría hacer con aquellas piernas…

Se dio la vuelta con brusquedad, llenó una jarra de leche y la metió en el microondas.

—¿No tienes nada que hacer abajo? —le preguntó a Lisa. Se sentía como un idiota con ella mirándolo.

—Está nevando con fuerza. Todo el mundo se ha marchado y también el personal —se apoyó contra la puerta—. ¿Qué vas a hacer con Geli?

—¿Hacer?

—Si es cierto lo de su apartamento.

—Es cierto lo de la via Pepone. Mi padre la demolió el año pasado y va a levantar un edificio de cristal.

—¿Es el lugar donde…?

—Sí —la cortó él.

Lisa guardó silencio y miró hacia la puerta del baño.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué vas a hacer con Geli?

—¿Por qué tendría que hacer algo? Mi padre tal vez haya echado la calle abajo, pero no la engañó con el alquiler de un apartamento que ya no existía.

Lisa no dijo nada, pero su lenguaje corporal hablaba por sí solo.

—¿Qué esperas que haga, Lis? ¿Que la recoja y me la meta en el bolsillo como uno de sus animales? ¿Tenemos una caja de cartón lo bastante grande?

—No. Pero ha estado viajando todo el día, es tarde y, por si no te has dado cuenta, está nevando.

—Claro que me he dado cuenta —el pelo y la cara de Angelica estaban salpicados de pequeños copos de nieve cuando entró en el bar. Se había lamido uno del labio superior mientras se dirigía hacia él.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

—Lis…

—Está bien, no te preocupes —levantó una mano en un gesto típicamente italiano—. Tengo una habitación que puede ocupar.

—¿Una habitación?

—Cuatro paredes, techo, cama…

—No te estoy pidiendo una definición. Baldacci y tú vivís en un piso de un dormitorio, y las piernas de Angelica son más largas que tu sofá.

—Mi sofá es pequeño —corroboró ella—, pero la habitación de la que hablo está aquí, justo al lado de la tuya.

Dante dio un respingo.

—¡Esa no es tu habitación!

—¿Ah, no? ¿De quién es la ropa que hay en el armario? ¿Y el libro que hay en la mesilla? La abuela Rosa cree que es mi habitación, y eso

lo convierte en un hecho, mi querido primo.

—La abuela Rosa está al otro lado del mundo.

—A solo un segundo en el ciberespacio. No querrás que descubra que cuando me ofrecí de manera absolutamente desinteresada…

—¿Desinteresada? Madonna!

—… a cruzar medio mundo para ayudarte a levantar cabeza, no hiciste nada para impedir que me fuera a vivir con un Baldacci —imitó la mueca de su abuela al pronunciar el odiado nombre—. ¿Verdad que no?

—La única razón por la que estás aquí es porque el padre de Vanni Baldacci lo envió a su oficina de Milán para alejarlo de ti.

—Y ya ves que no sirvió de nada. Acaba de enviarme un mensaje de texto para decirme que viene de camino con mis botas de goma y un paraguas.

—Lisa, por favor…

—La abuela estaba muy preocupada por ti, Dan. Se sentía responsable…

—Lo que ocurrió no tuvo nada que ver con ella. Fue elección mía. Y tú fuiste de tanta utilidad como un cenicero en una moto —añadió antes de que ella pudiera rememorar lo ocurrido—. Si dejé que te quedaras aquí fue porque nadie más te contrataría.

Ella se encogió dramáticamente de hombros.

—Como tú digas. Si no quieres que Geli ocupe mi habitación, siempre podrías invitarla a compartir la tuya.

—Lárgate, Lisa, o te juro que yo mismo llamaré a la abuela. O quizá debería hablar con Nicolo Baldacci.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con una mujer, Dan? —le preguntó ella, en absoluto intimidada por la vana amenaza—. Ya es hora de que olvides a Valentina. Tienes que volver a darle gusto al cuerpo.

Dante no dijo nada y se limitó a sacar la leche del microondas.

—Lo digo en serio —insistió ella—. Estabas mirando a Geli como un muerto de hambre ante un banquete. Apostaría mi sueldo a que estabas dispuesto a hincarle el diente cuando os he interrumpido.

—No hace ni una hora que la conozco.

—Una hora puede ser mucho tiempo cuando te da fuerte. Yo quise arrancarle la ropa a Vanni en cuanto lo vi —su sonrisa insinuaba que no había tardado mucho en hacerlo—. No pienso aprovecharme de una damisela en apuros.

—¿Ni aunque ella quiera que te aproveches? Parecía muy… interesada.

—Tampoco —confirmó él. A duras penas podía sofocar la reacción que le provocaba el recuerdo de su boca, de su cuerpo apretado contra el suyo, de la forma en que sus carnosos labios susurraban la palabra

«caldo»…

—Siempre el perfecto caballero —le reprochó Lisa—. Impecable en las formas sin delatar el menor atisbo de emoción, ni siquiera cuando la damisela en cuestión te está pisoteando con sus tacones de marca.

—Valentina sabía lo que quería. Fui yo quien cambió las reglas.

—No seas tan condenadamente noble, Dan. Uno se enamora de la persona, no de una vida de lujos y glamour. Yo me iría a vivir a una cueva con Vanni sin pensarlo.

—Pues será mejor que hables con tus padres antes de que lo descubran —le sugirió Dante, quien había experimentado las consecuencias en persona.

—Malditas disputas familiares… —le tocó el brazo—. Me marcho. Buena suerte en la búsqueda de un hotel que acepte mascotas. Supongo que Geli podría meterse otra vez a Rattino en el bolsillo y…

—¿Has acabado?

—Pero solo sería una solución temporal. Mañana todo el mercado estará hablando de la escena de esta noche en el bar.

—Mañana todo el mercado estará hablando de la nieve.

Lisa negó con la cabeza.

—Aquí nieva todos los años, pero la combinación de una mujer despampanante, el rarísimo sonido de Dante Vettori riéndose y una rata no es algo que pueda verse todos los días. —Lisa…

—No importa. Seguro que se te ocurre algo.

—No quieras saber en lo que estoy pensando.

—Sé perfectamente lo que estás pensando —le aseguró ella con una sonrisa—. Tú y todos los hombres que había en el bar cuando Geli hizo su aparición… En serio, Dan, no sé si Geli necesita un trabajo, pero sí le hará falta un sitio para exponer sus obras. Tenerla aquí sería estupendo para el negocio.

—¿No te ibas?

—Y si no te das prisa en actuar te encontrarás al final de una larguísima cola —se detuvo en la puerta—. No olvides que la has invitado a cenar. ¿Tienes algo en casa o quieres que eche un vistazo en la nevera?

—Quiero que cierres con llave y te vayas a casa.

—Está bien —ella abrió y lo miró por encima del hombro—. Por cierto, he subido la maleta de Geli. Está en su habitación.

—¡Basta! ¡Lárgate de una vez!

—Y tienes pintalabios aquí —Lisa se señaló una de las comisuras de los labios.

A Geli le temblaban las manos, y todo el cuerpo, mientras sacaba un trozo de pollo para el gatito y se arrodillaba junto a la bañera. No

sabía qué la inquietaba más, si haber besado a un hombre al que acababa de conocer o haberse enterado de que el piso por el que había pagado una fortuna ya no existía.

Debería ser lo segundo. Evidentemente.

Elle se pondría muy furiosa con ella por ser tan irresponsable. Su abuela lo había perdido todo salvo el techo que las cobijaba a manos de un estafador, poco después de que muriera su madre.

Si su hermana mayor no se hubiera sacrificado para cuidar de ellas, Sorrel y Geli habrían acabado en un orfanato.

Por suerte, las separaban Francia y Suiza. No se enterarían de nada a menos que ella se lo contara.

De modo que solo quedaba el beso. Lo cual no tenía sentido. No había sido el primero, pero por unos instantes se había sentido como si estuviera a punto de vivir una experiencia trascendental.

Apoyada en el borde de la bañera, viendo como el gatito olisqueaba el pollo, recordó el día que sorprendió a su hermana a punto de besar a Sean McElroy. El grado de intimidad que irradiaban la había llenado de pavor. Elle era suya. Era su hermana mayor, la persona que se ocupaba de ella, la que hacía de padre y madre… Pero de pronto había otra persona, aquel hombre, un perfecto desconocido que acaparaba toda su atención.

Con el brazo de Dante rodeándola por la cintura y sus labios a un milímetro de distancia, había sabido lo que Elle había sentido… y había deseado sentirlo también ella. Por eso estaba temblando. Durante unos instantes había estado completamente indefensa.

—Siento haber tardado tanto en traer la leche. Estaba hablando con Lisa para que cerrara el bar por mí —Dante colocó el platito en la bañera y se mantuvo a distancia.

«Menos mal», pensó Geli. Por mucho que quisiera tenerlo arrodillado junto a ella, no era una buena idea.

—Te estamos dando muchos problemas —dijo, mirando como el gatito lamía ávidamente la leche.

—Parece que ya está mejor —observó él con una voz tan distante como su cuerpo.

—Se ha ahuecado un poco ahora que está seco, pero no ha aprendido a lavarse —tenía que mantener una actitud impersonal, seguir hablando del gato—. Es demasiado pequeño para estar separado de su madre. Mañana lo llevaré a donde lo encontré a ver si puedo reunirlos.

—¿Cómo crees que acabará?

—Como suelen acabar estas cosas —acarició con un dedo la diminuta cabeza del gato—. Tan bien como está resultando mi huida a Isola hasta ahora.

—¿Huida? ¿De qué estás huyendo?

Ella lo miró y vio que tenía el ceño fruncido.

—De la vida en un pueblo pequeño —respondió—. Del conformismo. Casi había sucumbido a la tentación de resignarme a la realidad y convertirme en la diseñadora de la heladería de mis hermanas —se estremeció burlonamente—. ¿Te lo imaginas? ¡Todo un salón pintado de rosa!

Él se echó a reír.

—¿Ves? Solo hace media hora que me conoces y hasta a ti te parece ridículo.

—Digamos que lo encuentro… improbable.

—Gracias, Dante. No podrías haberme hecho un cumplido mejor —se colocó el pelo tras la oreja y se levantó, decidida a olvidar el beso —. Y gracias por decirme de un modo suave lo de mi apartamento.

—Quería recabar más información antes de darte la mala noticia —se giró para agarrar una toalla—. Podrías haberte equivocado con la dirección.

—Pero no creías que fuera el caso.

—No —levantó la vista desde la toalla hasta ella—. Tu plano es antiguo. Si hubieras seguido las instrucciones que te dieron habrías acabado en una zona de obras.

—Y así fue —admitió ella—. Lisa no exageraba al decir que conoces Isola como la palma de tu mano.

—Pasé aquí mi infancia, pero está cambiando muy rápido e intentamos aferrarnos a lo que queda.

—Podrías haberlo intentado un poco más. Lo siento —se disculpó al ver su cara—. No es culpa tuya.

—Toma, Rattino estará más cómodo con esto. Cuando estés lista, trae la caja junto al fuego.

Geli miró la toalla que él le había puesto en la mano. Un segundo después, Dante Vettori había desaparecido.

Dante removía el contenido de una sartén con una cuchara de palo. La luz arrancaba destellos de la correa de su reloj, y Geli podría haberse quedado horas contemplándolo desde la puerta.

—¿Ya está? —le preguntó él sin levantar la mirada.

—Se ha quedado dormido. Ojalá mi vida fuera tan simple como la de un gato —se lamentó ella, mostrándole el contrato de alquiler.

Dante bajó el fuego de la cocina y agarró la hoja.

—La dirección es correcta.

—Tengo el número de teléfono de la señora Franco —le ofreció el móvil con el que había llamado a sus hermanas para decirles que había llegado sana y salva a Milán… sin entrar en más detalles—. ¿Si la llamo hablarás con ella?

—Claro.

Geli marcó el número, pero al cabo de unos segundos que le parecieron interminables sacudió la cabeza.

—¿No responde? —le preguntó Dante.

—El mensaje era en italiano, pero «número no disponible» suena igual en cualquier idioma.

—¿Dónde adquiriste un autocontrol tan férreo, Angelica?

Ella contuvo el aire unos instantes y lo soltó lentamente.

—¿Autocontrol?

—No conozco a muchas personas que pudieran encajar una noticia como la del apartamento sin perder los nervios o romper algo. ¿Cuál es tu secreto? Podrías compartirlo con Lisa.

—¿Qué tal el yoga? Todo está en la respiración.

Él se giró sin decir nada y continuó removiendo la salsa. Tal vez lamentara haberla besado, pero estaba siendo extremadamente amable con ella sin tener por qué. No le había gritado ni la había echado a la calle cuando el gato provocó el revuelo en el bar.

—Lloré muchísimo cuando murió mi madre. Quería parar, pero no sabía cómo.

—¿Cuántos años tenías? —Dante siguió removiendo la salsa, sin mirar a Geli.

—Ocho —dos días antes de cumplir nueve.

—¿Ocho? Dios mío…

—Tenía cáncer. Cuando se lo diagnosticaron solo le dieron unas semanas de vida. —No sé qué decir…

—No hay nada que decir. Ni las palabras ni las lágrimas podían cambiar nada.

—¿Fue entonces cuando dejaste de llorar? ¿Al darte cuenta de que no servía de nada? —¡Tenía ocho años, Dante!

—¿Y? Eras demasiado pequeña para la filosofía, pero es obvio que algo ocurrió.

—¿Qué? Ah, sí… Mi abuela encontró un viejo sombrero negro en el desván, de croché y con el ala ancha y flexible —lo describió con un gesto—. Muy típico de los años sesenta, cuando mi abuela era un icono de la moda.

—¿Te sirvió de algo?

—Me dijo que cuando estuviera triste podía ocultar mi cara con el sombrero —aún recordaba la primera vez que se lo puso, la sensación de liberarse de una pesada carga—. Así la gente sabría cómo me sentía sin que me vieran los ojos rojos o la nariz llena de mocos. Llevé aquel sombrero hasta que se hizo pedazos.

—¿Y entonces qué hiciste?

—Encontré un sombrero de campana y un vestido negro en una tienda de ropa usada. Me estaban demasiado grandes, pero mi abuela

me ayudó a arreglarlos. Y al cumplir doce años me teñí el pelo.

—A ver si lo adivino… de negro.

—En realidad, era más bien verde, pero mi abuela hizo que me lo tiñeran —el recuerdo del momento en que se miró al espejo seguía haciéndola sonreír—. Mis hermanas se enfadaron mucho.

—¿Por el color o porque a ellas no les tiñeron el pelo?

—Porque mi abuela se gastó todo el dinero de casa en evitar que yo fuera a la escuela con el pelo verde. Mis hermanas pensaban que comer era más importante.

—El hambre hace estragos en los ánimos —corroboró él mientras servía dos copas de vino y le tendía una a Geli—. ¿Y tu padre dónde estaba?

—No tengo padre.

Él arqueó las cejas y se apoyó contra el aparador.

—¿Te importaría explicarme esa anomalía evolutiva?

—A mi madre le encantaban los niños, pero no quería aguantar a un hombre apático y huraño cuando la cena no estuviese lista —también ella se apoyó de espaldas en el aparador. Era más fácil estar junto a Dante que mirarlo—. El matrimonio de mis abuelos no fue feliz —tomó un sorbo de vino—. Supongo que la primera vez que mi madre se quedó embarazada fue un accidente, pero después de eso, cada vez que la invadía el instinto maternal se valía del esperma de cualquier hombre que le gustase. Una feria ambulante visita el pueblo una vez al año por el Late Spring Bank Holiday. Mis padres ya se encontraban en el condado vecino antes de que el óvulo fuera fecundado.

—Parece que le gustaba vivir al límite.

—Le gustaba vivir el momento.

—Y Dios dijo: «Toma lo que quieras, pero págalo» —la miró de reojo—. Bueno, dime, ¿de qué color es tu pelo?

Ella se levantó un mechón.

—Negro.

Él sonrió, y Geli sintió una oleada de calor que no solo la provocaba el vino.

—¿Cómo encontraste el apartamento?

—En Internet —la adusta expresión de Dante le dijo lo que pensaba al respecto—. Era una agencia internacional, vinculada a no sé cuántas asociaciones —protestó ella, pero no se había molestado en comprobar ninguna—. Había comentarios de los inquilinos anteriores, algunos a los que les había encantado la estancia y estaban deseando volver, y unos pocos que se quejaban del calor y de la falta de aire acondicionado. Lo que cabría esperarse en un anuncio de ese tipo. Mira, te lo enseñaré —hizo «clic» en el vínculo, pero, al igual que el número de teléfono, la página web ya no estaba disponible.

Hasta ese momento no había creído que pudiera ser víctima de un timo. Estaba convencida de que todo era un error. Pero de repente sintió que no podía respirar y que le temblaban las piernas. Dante la sujetó a tiempo, le quitó el vaso y la apretó contra su pecho.

La tentación de apoyar la cabeza en su hombro y dejar que la abrazara y consolara era irresistible, pero ya había hecho el ridículo una vez. Respiró hondo y se apartó.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

Él no pareció convencido.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No sé. Me tomé un sándwich en el aeropuerto cuando anunciaron que mi vuelo se retrasaba.

—¿Desde entonces nada? —la miró con expresión horrorizada—. No me extraña que estés temblando. Siéntate mientras se hace la pasta —la probó—. Dos minutos más. No es nada del otro mundo… pasta al funghi. Pasta con champiñones —tradujo.

—Seguro que está delicioso, pero no puedo comer —él se limitó a sacar un par de platos, sin discutir—. El apartamento parecía tan ideal y el alquiler, tan razonable… —era una estúpida—. Pensé que era tan económico porque estábamos en invierno, pero no era más que un cebo para los incautos —Elle siempre le había advertido que no se fiara de lo que parecía demasiado bueno, pero…

—¿Les diste los datos de tu cuenta bancaria? —le preguntó Dante.

—¿Qué? No… Domicilié el pago del alquiler y… —al darse cuenta de lo que él quería decir, bajó la mirada al móvil y tecleó rápidamente la contraseña.

Y al ver el saldo de su cuenta sintió que iba a desmayarse.

Capítulo 4

«Cuando las cosas se pongan feas, no hay nada mejor que un enorme helado con sirope de caramelo, trocitos de chocolate y malvaviscos».

El libro de los helados de Rosie

—Madonna…

Dante la agarró antes de que se cayera al suelo y la llevó al salón, donde la tumbó con delicadeza en el sofá y le puso los pies sobre el reposabrazos. Se mantuvo en cuclillas junto a ella hasta que abrió los ojos, pero tenía la mirada perdida y no parecía saber dónde estaba.

—Angelica… —ella parpadeó un par de veces, miró a Dante e intentó incorporarse, pero él se lo impidió—. No te levantes. Respira…

La extrema palidez de su rostro enfatizaba sus ojos grises y sus carnosos labios carmesíes.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado.

Ella soltó un gemido de consternación.

—Qué manera de hacer el ridículo.

—Es lo que ocurre cuando se sufre una conmoción con el estómago vacío —ella volvió a intentar incorporarse—. No, quédate donde estás. Te traeré un poco de agua.

—Dante… —volvió a hundirse en el sofá—. ¿Por qué me llamas Angelica?

—Geli no es un nombre para una mujer adulta.

—Oh… —lo pensó un momento—. Está bien.

Dante esperó hasta cerciorarse de que no se iba a levantar y fue a la cocina a por un vaso de agua. Recogió el móvil que Angelica había dejado caer al suelo y al verlo entendió por qué se había desmayado. Los estafadores la habían dejado sin blanca.

Al volver con ella se la encontró tendida de espaldas y con un brazo sobre los ojos. El vestido se le había levantado y dejaba a la vista sus muslos, y Dante tuvo que contenerse para no echarse encima el agua.

—Toma, bébete esto.

Ella apartó el brazo y giró la cabeza hacia él.

—Esta noche estás poniendo a prueba tus conocimientos de

primeros auxilios.

—Puede que me costara entender lo del beso curador, pero recuerdo la postura que se debe adoptar cuando se ha sufrido un desmayo —ella intentó levantarse para agarrar el vaso—. Despacio —le rodeó los hombros con un brazo para sostenerla mientras le acercaba el vaso a los labios.

—Sí, dottore… —consiguió esbozar una sonrisa. Era un gesto muy valiente dadas las circunstancias, pero atrajo la atención de Dante hacia su boca, casi haciéndolo olvidar lo que le había dicho a Lisa sobre no aprovecharse…

Dejó el vaso en la mesita y se desplazó hasta sus pies.

—¿Qué haces? —le preguntó ella cuando deslizó una mano bajo el tobillo.

—Quitarte las botas. ¿No te enseñaron que se está mejor descalzo?

—Es verdad —estiró el pie y movió los dedos.

Ni siquiera lejos de su boca estaba seguro. Dante le quitó rápidamente la otra bota y se apartó.

—Puedes incorporarte cuando te sientas capaz, pero hazlo despacio.

Ella se sentó en el extremo del sofá, sobre los pies, y se bajó la falda.

—¿Y mi móvil? Tengo que llamar al banco.

Él se lo sacó del bolsillo y se lo dio.

—¿Lo has visto?

—Al recogerlo del suelo. ¿Te devolverán el dinero?

—El alquiler del primer mes y la fianza no, eso está claro. El resto debería ser evidente que se trata de un fraude, por lo que espero recuperarlo —encontró el número del banco y llamó—. Lógicamente harán todo lo posible por echarme a mí las culpas —lo miró—. Dante…

—¿Angelica?

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas.

Ella tragó saliva.

—Soy una idiota.

—No eres la única que se ha desmayado.

—Eso no hace que me sienta mejor —sacudió la cabeza y puso una mueca de dolor. Dante alargó una mano para consolarla, pero se detuvo a tiempo—. Tendría que haber hecho algunas comprobaciones, pero habíamos encontrado un inquilino para la casa y todo se precipitó.

—¿Has alquilado tu casa de Inglaterra?

—Sí —aunque quisiera, no podía volver a casa—. Mis hermanas se fueron cuando se casaron, de modo que solo nos quedamos mi abuela,

mi tío abuelo Basil y yo. Pero la artritis de mi abuela se agravaba y el tío Basil quiso llevársela a algún sitio cálido para pasar el invierno, así que decidimos alquilar la casa para costear los gastos.

—Y además tenías mucha prisa por escapar de tanto rosa y helado.

—No debería ser tan irreverente —dijo ella con una débil sonrisa —. Los helados han sido muy beneficiosos para mi familia y, asumámoslo, el arte y la moda nunca han sido carreras muy seguras.

—Hacemos lo que debemos.

—Sí.

Dante la dejó hablando con el banco y volvió a la cocina. Tal vez ella no tuviera apetito, pero si le ponía la comida por delante le entraría hambre.

Al volver con dos cuencos de pasta al funghi, tenedores y servilletas, la encontró mirando fijamente el fuego.

—¿Arreglado? —le preguntó, y ella lo sorprendió con una sonrisa —. ¿Qué?

—Hablas inglés como si fuera tu primera lengua. Me resulta extraño.

—No es tan extraño. Mi madre es inglesa.

—Supongo que eso ayuda.

—Eso y el hecho de que cuando dejó a mi padre me llevó con ella a Inglaterra y juró que nunca más volvería a decir una palabra en italiano.

—Debió de ser muy duro para ti.

Él se encogió de hombros, pero no había nada mejor que el recuerdo de su primer verano en Inglaterra, frío, lluvioso y escuchando una lengua extranjera, para apagar su libido.

—¿Cuántos años tenías?

Dante le tendió un tenedor, lamentándose por haber sacado el tema.

—Doce, poco antes de cumplir trece.

—Una mala edad.

—¿Hay alguna buena?

—Supongo que no, pero ya era bastante duro que tus padres se separaran. Y encima perder tu casa y renunciar a tu lengua.

—Mi madre estaba muy furiosa y dolida. Había descubierto que mi padre tenía una aventura con la mujer que ella pensaba que era su mejor amiga. Me dio a elegir entre irme con ella o quedarme en Italia.

—Y tú la elegiste a ella.

—Me necesitaba más que yo a ella —le pasó un cuenco de pasta—. Come.

Ella miró la comida como si no supiera de dónde había salido, pero, como él había esperado, la buena educación no le permitía rechazar lo que se le ofrecía.

—Huele muy bien.

—La vida es corta —repuso él—. No dejes pasar un día sin comer pasta.

—Tengo que admitir que es la comida perfecta para una noche fría y con nieve en Milán —su valiente intento por sonreír iluminó sus ojos y a Dante le provocó una reacción tan fuerte en la entrepierna que tuvo que ocultarla con el cuenco de pasta—. Claro que cuando llegue la primavera te haré un sorbete Bellini y ya verás lo que es bueno.

—¿Un sorbete Bellini?

—Zumo de melocotón y Prosecco… —arqueó las cejas—. ¿Qué creías, que mis hermanas solo usaban porquerías de grasa vegetal para sus eventos de empresa?

—Los ingleses no son precisamente famosos por sus helados.

—¿A diferencia de los italianos?

—Antes dijiste algo de una furgoneta. Si es una de esas heladerías ambulantes no creo que vaya cargada de sorbetes

Bellini.

—Cierto, pero Rosie es muy especial. Va a las fiestas de los niños, a las bodas, a las despedidas de solteras… Cualquier festejo que se pueda aderezar con helados.

—¿Hay mucha demanda?

—Ni te lo imaginas. Sobre todo cada vez que aparece en una famosa serie de la tele. También hacemos… quiero decir, mis hermanas hacen helados especiales para bodas, eventos empresariales y ese tipo de cosas, el mercado ideal para el sorbete Bellini… y Sorrel, la que tiene más cerebro de las hermanas, gestiona la franquicia de una cadena de heladerías de estilo retroamericano.

—¿Y tú te encargas de diseñar los interiores? —le preguntó Dante, con la esperanza de que la conversación la hiciera olvidarse del apartamento hasta que hubiera acabado de comer.

Ella le contó todo sobre el negocio y le enseñó las fotos en el móvil de las heladerías que había diseñado. Realmente tenía mucho talento.

—Así que eres diseñadora, heladera y rescatadora de gatitos en tus ratos libres.

—Lo del rescate es algo recíproco, Dante. La gente cree que los gatos son unos animales independientes y egoístas, pero yo los he visto responder a las necesidades de sus dueños y de otros animales.

Lo miró bajo sus espesas pestañas y Dante se preguntó quién estaría rescatando a quién. Percibía algo más profundo que un deseo de pintar, diseñar y vivir aventuras en Italia, pero ya se habían adentrado bastante en terreno personal y no quería seguir escuchando.

Tal vez ella también lo sintió, porque tomó otro bocado de pasta y dejó el tema.

—Está realmente buena.

—Espera a probar el risotto alla milanese de nuestro cocinero: arroz arborio del valle del Po, mantequilla, vino blanco, azafrán y queso parmesano —la comida siempre era un tema seguro—. Lamento no tenerlo esta noche, pero, con este mal tiempo, Lisa ha mandado a todo el personal a casa.

—Impresionante.

—¿El qué, cerrar temprano por el mal tiempo?

—Me refiero a tu habilidad para nombrar los ingredientes de la receta.

—Nonnina solía hacerlo para mí.

—¿Nonnina? ¿Tu abuela?

—En realidad, la abuela de Lisa, mi tía abuela, pero todo el mundo la llama Nonnina. El Café Rosa era su bar hasta que cedió a las presiones de su hijo para jubilarse y trasladarse a Australia. Me dejaba ayudarla en la cocina cuando yo era niño.

—Qué tierno… —Angelica sonrió—. Pero creo que hiciste bien en no seguir sus pasos y convertirte en cocinero.

—¿Por qué lo dices?

—Te has olvidado del caldo de pollo.

—¿Ah, sí? ¿Es tan importante?

—Lo es si eres el pollo.

—No me lo digas… Recogías a los pollos que veías perdidos y te los metías en el bolsillo… no, en la cesta de la bici. ¿Los metías también en la bañera?

—No intentes hacer eso con un pollo —le advirtió ella—. No pueden volar, pero baten las alas con mucha fuerza y pueden causar estragos en un espacio cerrado.

—Veo que eres una inagotable fuente de sabiduría en lo que respecta a los animales. ¿Qué haces con ellos?

—A las aves heridas las llevo al refugio para que las cuiden hasta que se las pueda dejar en libertad.

—¿Al veterinario no?

—Una vez encontré un faisán con una herida de arma de fuego. Lo llevé al veterinario del pueblo pensando que lo curaría, pero ni se molestó en mirarlo. Le rompió el cuello y me dijo que mi madre lo tuviera unos cuantos días colgado antes de cocinarlo.

—¡Dios! ¿Qué edad tenías?

—Nueve. La abuela y yo le dimos un funeral como es debido y lo enterramos en el jardín.

—Espero que tu abuela le diera su merecido al veterinario.

—En absoluto. Me dijo que era un veterinario de la vieja escuela que pensaba estar dándole una lección útil a una chica de campo —removió la pasta con el tenedor—. Al menos fue sincero. Podría haberme enviado a casa con la promesa de que curaría al faisán para

luego comérselo él mismo.

Dante se imaginó a la pobre chica huérfana de madre aferrando un faisán muerto y se arrepintió de haber preguntado. Entonces se acordó de lo que había dicho del caldo de pollo.

—¿Eres vegetariana, Angelica?

—No como carne.

—¿Qué diferencia hay?

—No visto pieles, pero sí cuero y lana. No como carne, pero sí pescado, queso y huevos, y también bebo leche.

—¿Por qué no me lo dijiste antes de preparar la cena?

—Iba a decírtelo, pero entonces explotó la bomba del apartamento y… Además, esta pasta está deliciosa —se esforzó por comer un poco más—. ¿Es un problema para ti?

—Claro que no. ¿Por qué habría de serlo? Solo estoy sorprendido, nada más.

—¿Sorprendido? ¿Por qué?

—¿Eres consciente de que vistes como una vampiresa?

—Ah, eso… —Angelica sonrió—. Sean dijo lo mismo la primera vez que me vio. Que parecía una vampiresa flacucha y demacrada.

¿Sean? ¿Quién era Sean?

—Tuvo que ser hace tiempo.

—Tenía dieciséis años. He engordado un poco desde entonces —se miró los pechos y al levantar la mirada sorprendió a Dante haciendo lo mismo.

El tiempo pareció detenerse a su alrededor. Por encima de sus acelerados latidos, Dante oyó a Lisa preguntándole cuánto tiempo hacía que no se acostaba con una mujer.

La aparición de Angelica Amery había reanimado la capacidad de sentir que creía haber perdido para siempre. En cuanto la vio entrando en el bar cubierta de nieve supo que solo tenía que tocarla para volver a la vida. Pero si la sangre volvía a fluir por sus entumecidos miembros, también lo haría el dolor. Se había pasado los últimos meses concentrado en el trabajo, usándolo como una membrana impermeable entre su vida pública y el vacío interior.

En el vacío nadie podía oír los gritos…

—¿Quién es Sean? —preguntó sin poder contenerse.

—Mi cuñado. Él y Elle tienen tres niñas pequeñas —su sonrisa le iluminó el rostro—. En cuanto a lo del atuendo de vampiresa, solo es un look, Dante. No muerdo. Bueno, no a menudo —se llevó a la boca otro bocado de pasta—. Solo un mordisquito por aquí y por allá, pero a diferencia de los gatos procuro no hacer sangre.

—Qué lástima. Habría sido algo inolvidable recibir un beso curativo tuyo… Lo siento —se disculpó antes de que ella pudiera hablar—. Ha sido una…

—No, soy yo quien se disculpa —el tenedor quedó a mitad de camino de su boca—. Normalmente no suelo arrojarme en brazos de desconocidos —dejó de fingir que tenía apetito y bajó el tenedor—. ¿Qué estoy diciendo? ¡Nunca me he arrojado en brazos de un desconocido! Debió de ser la conmoción…

—¡No! —sin pensar, le puso la mano sobre la suya—. No te disculpes —no quería que se disculpara por haberlo besado, de modo que dijo lo único que se le pasaba por la cabeza… la verdad—. Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

El rugido que bramaba en sus oídos tenía que ser el sonido de la vida derramándose por el agujero que ella había hecho en su membrana impermeable.

Retiró la mano, se levantó y abrió la puerta de la chimenea.

—¿Qué te ha dicho el banco? —le preguntó mientras metía un par de troncos.

Ella no le respondió y él se giró a medias.

—Me han hecho un montón de preguntas. Seguramente creen o confían en que he compartido la contraseña con un novio resentido que me ha vaciado la cuenta.

—A veces ocurre.

—¡A mí no! —exclamó ella con más vehemencia de la necesaria—. Mi abuela fue víctima de una estafa poco después de que mi madre muriera. Era un hombre encantador, elegante, extremadamente paciente con nosotras. Incluso me compró unas cintas para el pelo. Todas nos enamoramos de él, incluido el perro, y nos costó muchísimo tiempo recuperarnos, tanto económica como emocionalmente.

—¿Por eso estás tan furiosa contigo misma? Le podría haber pasado a cualquiera. Es como si te hubieran atracado en la calle.

—Lo sé, pero el apartamento era ideal, Dante. El salón tenía un pequeño balcón desde el que se veía la catedral, y había una habitación que pensaba usar como taller… —sacudió la cabeza—. Lo siento. Sé que todo era falso, pero me cuesta aceptarlo.

Dante la entendía muy bien. Él seguía pasando noches en vela recordando el día en que le dio a elegir a Valentina entre quedarse o marcharse. Ella había usado todas sus armas, retóricas y sexuales, en un último esfuerzo por hacerle cambiar de opinión.

—Un vuelo con retraso, un tiempo de perros y descubrir que has sido víctima de un fraude bastaría para nublarle la mente a cualquiera.

—La mía está completamente embotada.

—¿Tienes idea de lo que vas a hacer? ¿Te quedarás o volverás a casa?

Ella se encogió de hombros.

—Si vuelvo a casa me encontraré en la misma situación que si me

quedo. Sin casa propia, sin trabajo y sin dinero hasta que el banco decida reembolsármelo, si es que lo hace.

—¿Y tus hermanas?

—Oh, ellas me darían alojamiento y trabajo, pero entonces volvería a ser la hermana pequeña. La oveja negra de la familia —miró el reloj—. Es tarde. ¿Hay alguna pensión por aquí cerca? ¿Algún sitio donde pueda alojarme a estas horas?

—Sí, hay uno muy cerca —se volvió hacia el fuego y removió los troncos con el atizador, despidiendo una nube de chispas—. Lisa te ha dejado su habitación. Es la que está frente al baño.

—¿Su habitación… aquí? Pero yo no podría… —La puerta se cierra con pestillo —dijo él.

—¿Qué? No… —¿se había puesto colorada o era el resplandor de las llamas?—. Quiero decir que no puedo abusar de tu hospitalidad.

—Como tú misma has dicho, es tarde y además está el problema de…

—Tengo algo de dinero. Y una tarjeta de crédito para las emergencias. Esto se considera una emergencia, ¿no?

—Desde luego, pero, si me dejas acabar, me refería al problema del gato. No lo aceptarían en ningún hotel.

—Podría…

—No, no podrías.

—No sabes lo que iba a decir.

—Ibas a decir que podrías metértelo otra vez en el bolsillo para que nadie lo viera —arqueó una ceja, desafiándola a que lo negara—. Y ya has visto lo que ha pasado esta noche.

—Está bien, pero ¿y Lisa?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde dormirá si yo me quedo en su habitación?

—Donde duerme siempre. En casa de Giovanni. Vive con él, pero tiene aquí algunas cosas por si de repente se presenta su familia sin avisar.

—¿En serio?

—¿Crees que es demasiado mayor para preocuparse de lo que piensen sus padres sobre lo de vivir con su novio?

—Sí.

Dante había evitado mirarla al decirle lo de la habitación. Gatos aparte, de ninguna manera iba a dejarla marchar después de haberse desmayado, pero el calor que prendía entre ellos complicaba seriamente lo que debería ser una simple oferta de hospitalidad. Tenía que hacerle creer que por su parte no había expectativas de ningún tipo. Que no tenían que hacer nada. Que el beso solo había sido una…

Realmente tenía que dejar de pensar en aquel beso.

—Es una situación complicada.

—Lo complicado me resulta familiar —dijo ella—. Tengo una familia muy complicada.

—Es verdad —quería saberlo todo sobre su familia. Y sobre ella—. Pero seguro que no es tan complicado como el odio que se tienen dos familias desde hace más de cien años por culpa de una cabra.

—¿Una cabra? —repitió ella con asombro, a punto de echarse a reír. Y si se reía…

—¿Alguna vez te has llevado a casa una cabra, Angelica?

—Oh, vamos. Hasta yo sé que una cabra puede causar estragos en un jardín. Tienen debilidad por las rosas, y a mi abuela le encantan sus rosas.

—Las cabras se lo comen todo, pero es mejor dejar esa historia para una cena con buena comida y abundante vino. —La mía también— dijo Angelica. —Quizá deberíamos dejarlas para otra noche.

—Hecho.

Madonna, la cosa se ponía realmente difícil. Primero habían estado a punto de arrancarse la ropa el uno al otro, pero, gracias a una estafa por Internet y un gatito extraviado, Angelica llevaba el cartel de No tocar alrededor del cuello.

—Debes de estar cansada. Te mostraré tu habitación.

—Sí… No… —Angelica tragó saliva, haciendo que se moviera la gargantilla—. Lisa y tú habéis sido muy amables, pero no sabéis nada de mí. Y yo no sé nada de ti.

Capítulo 5

«Deja las espinacas para mañana. Hoy toca helado».

El libro de los helados de Rosie

—Eso no es cierto —se apresuró a decir Dante—. Al menos, no lo primero. Yo he aprendido mucho de ti —cerró la chimenea, dejó el atizador en su sitio y apoyó el codo en la repisa, confiando en dar una imagen más relajada de cómo se sentía—. Eres una diseñadora de mucho talento. Eres una experta en primeros auxilios y en helados. Y tienes una familia complicada a la que quieres mucho.

—No es gran cosa cuando le ofreces tu casa a una desconocida.

—Puede que no, pero también eres compasiva —y se había convertido en el centro de atención en cuanto entró en el bar, y era la primera mujer que lo hacía sentirse un hombre en más de un año, pero Dante debería centrarse en su lado compasivo—. A pesar de haberte perdido y de la nieve, no dudaste en rescatar a un gatito indefenso. Solo intento hacer lo mejor para ayudar a una damisela en apuros —concluyó, aunque Angelica no tenía nada de damisela.

Ella soltó una breve carcajada.

—Lo siento, Dante, pero no creo en los cuentos de hadas.

—¿No? Pues acabas de toparte con un lobo disfrazado.

—Me encantan los lobos —Angélica se irguió en el asiento—. Está bien, he perdido el dinero que tanto me había costado ganar, pero no voy a morirme de hambre ni voy a dormir en la puerta de una tienda.

—Esta noche. Y mañana te llevaré a la comisaría para que denuncies la estafa. Te hará falta ayuda con el italiano.

—¿Servirá de algo? Detener a los estafadores cibernéticos es como atrapar moscas con unos palillos.

—Es aún más difícil porque con frecuencia las víctimas no denuncian el robo. Como si se sintieran culpables de lo ocurrido. No lo son. Tú no lo eres —le retiró el cuenco con la mitad de la pasta.

—Lo sé, pero actué sin pensar, olvidé la regla básica y bajé la guardia. Ahora me costará mucho más hacer lo que tenía planeado, pero no voy a permitir que un miserable estafador me arrebate mis sueños y me haga volver a casa con el rabo entre las piernas —respiró

profundamente—. No seré una víctima.

Lo dijo con tanta pasión y convicción que Dante estuvo a punto de gritarle: «Bravissima!», besarla en las mejillas y abrazarla con fuerza. Pero por suerte prevalecieron sus genes británicos y conservó la compostura.

—¿Cuál es la regla básica?

—Hay que sospechar siempre de la perfección. Si algo parece demasiado bueno para ser cierto, muy probablemente no lo sea.

—Todos nos dejamos engañar alguna vez, Angelica. Todo el negocio de la publicidad se basa en esa premisa. El cebo estaba diseñado para que te enamorases del apartamento, y no serás la única que lo hace.

—No —aceptó ella con un suspiro—. Y seguramente habrá una colección de casas y mansiones idílicas para engañar a los incautos.

—Sin duda. Tu deber es advertir a la policía que este verano recibirán una horda de turistas furiosos a los que han timado con apartamentos inexistentes. A lo mejor eso ayuda a prevenir futuras estafas.

—Supongo… —ladeó ligeramente la cabeza—. Leí en alguna parte que las mujeres policías de Milán llevan tacones. ¿Es cierto?

—Solo hay un modo de averiguarlo —sus miradas se encontraron y el aire que los rodeaba se cargó de electricidad—. ¿Quieres algo más? ¿Té, café? ¿O prefieres saquear el frigorífico para el postre?

—¿Té de verdad?

—Té de verdad.

—Ahora sí que nos entendemos —dijo ella mientras se levantaba del sofá.

—¿Qué haces? —le preguntó él al ver que recogía los platos—. En mi casa el que cocina queda dispensado de fregar los platos —respondió ella, y se dirigió hacia la cocina sin darle tiempo a decirle que se sentara.

—Me parece justo, pero tengo un lavavajillas.

—¿En serio?

Miró alrededor y Dante entendió su escepticismo. Aparte del moderno frigorífico que había adquirido al instalarse, la cocina seguía igual que como la había dejado Nonnina. Un aparador lleno de vajilla antigua ocupaba una pared, una gran mesa dominaba el centro y junto a la cocina de leña había un par de viejos armarios de madera. Era cómoda, acogedora y a Dante le gustaba así, pero no por ello iba a renunciar a los electrodomésticos.

—Aquí lo tienes —abrió una puerta de lo que había sido una gran despensa, transformada en cuarto de servicios—. Il bagno di servizio.

—¡Maravilloso! Tienes lo mejor de ambos mundos.

—Me alegra que te guste —puso la tetera al fuego mientras

Angelica metía los platos en el lavavajillas. La luz se reflejaba en los brillantes cabellos negros que caían sobre sus hombros y en sus sensuales labios carmesíes.

—Está nevando con fuerza —observó ella al mirar por la ventana—. ¿Durará mucho?

—Puede que unas horas, o puede que varios días —dijo él, pero no miraba la nieve que se acumulaba en el alféizar de la ventana. Solo miraba el reflejo de Angelica en el cristal—. Dure lo que dure, no podemos hacer nada.

—Salvo disfrutar del momento. Si mi madre viviera ya habría salido a hacer un muñeco de nieve.

—¿Ahora?

—Pues claro. No vaya a ser que se transforme en lluvia durante la noche —sonrió al recordarlo—. En una ocasión nos levantó a todas en mitad de la noche porque había empezado a nevar. Hicimos muñecos de nieve, libramos una batalla de bolas y después nos preparó sopa de tomate enlatada para entrar en calor.

—¿Y por la mañana se había derretido la nieve?

—No, pero así les ganamos a los otros niños —le brillaban los ojos de regocijo—. Mi madre nunca dejaba pasar una oportunidad de divertirse. Puede que presintiera que le quedaba poco tiempo y quisiera llenarnos de buenos recuerdos mientras pudiera.

—¿Y eso es lo que haces tú ahora? ¿Seguir su ejemplo?

—Cuando digas adiós, hazlo como si fuera la última vez. Y vive cada día como si fuera el último.

—¿Estás insinuando que quieres salir a librar una batalla de bolas de nieve? —preguntó Dante. No quería recordar cómo se había separado él de su padre.

—¿Te atreves? —lo retó ella, pero sacudió la cabeza antes de que él pudiera responder—. Estaba bromeando. Ha sido un día muy largo.

—Y tu llegada a Isola no ha sido precisamente gratificante —aunque, si lo pensaba bien, a él no le habría gustado perderse aquella noche—. Por otro lado, un poco de emoción nunca hace daño, y dijiste que habías venido a Italia a vivir experiencias, ¿no?

Sus ojos se encontraron en el reflejo de la ventana, pero ella se giró para mirarlo de frente.

—Lo de hoy ha sido toda una experiencia, te lo aseguro —le dijo, reprimiendo un bostezo.

—Estás cansada —no había aceptado ni rechazado la habitación de Lisa, ni él había despejado sus dudas sobre la conveniencia de ofrecerle alojamiento, pero el clima se encargó de tomar la decisión por ambos—. Lisa ha subido tu equipaje —agarró la taza de té y la condujo hasta la habitación que su prima había arreglado para que pareciera que la ocupaba a diario.

Había una cesta de cosméticos en el tocador, un libro en la mesilla y un par de zapatos bajo la cama.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo con Giovanni?

—Lo siguió hasta aquí desde Melbourne hace un año —Dante agarró los zapatos de Lisa y los metió en el armario—. Si te soy sincero, no creía que su relación superara el roce de la convivencia.

—¿Lo dices por experiencia?

—Estuve a punto de hacerlo una vez.

—Yo nunca.

—¿Por las habladurías?

—Eso no me hubiera detenido.

—No… —Dante se acercó a la ventana y miró la plaza. La nieve cubría la ciudad con un manto blanco, suavizando los bordes y confiriéndole un aspecto limpio y apacible. Angelica pegó las manos al cristal y suspiró.

—Me encanta la nieve —su voz era tan suave como los copos que caían en el exterior—. Es como estar en otro mundo… en un lugar donde el tiempo no cuenta —se dio la vuelta y lo miró.

Geli sintió el calor que emanaba de Dante estando los dos de pie junto a la fría ventana, uno frente al otro, casi rozándose. Sus sentidos se agudizaron y casi podía oír los latidos de Dante y saborear las hormonas que se concentraban en el aire. Quería sacarle la camisa de la cintura y frotar la mejilla contra su pecho para marcarlo territorialmente como una gata.

Dante levantó una mano, muy despacio, y se inclinó hacia ella. Geli sintió un hormigueo por toda la piel, anticipándose al contacto. Los labios le temblaban y ardían como si hubieran aumentado al doble de su tamaño. Cerró los ojos y espero el contacto, pero este no llegó. En vez de eso oyó el «clic» de uno de los postigos al cerrarse.

¡Noooo!

—Mi habitación tiene un baño privado, así que el cuarto de baño es todo tuyo —dijo él bruscamente—. Hay agua caliente de sobra y nadie te molestará.

Geli no tenía a donde ir y se había quedado sin dinero, y lo único en que podía pensar era en besar a Dante Vettori, arrancarle los botones de la camisa y explorar su piel desnuda. Y también en sentir sus largos dedos recorriéndole los pechos…

«Clic». El segundo postigo se cerró, rompiendo el hechizo de la nieve, y Geli volvió de golpe a la realidad.

—Gracias.

—Si me necesitas, estaré en la oficina ocupándome del papeleo.

—¿Te estoy impidiendo trabajar?

—Había hecho una pausa para cenar. Por eso estaba en el bar cuando llegaste. Ya sabes dónde está todo, así que… estás en tu casa.

—Dante… —él esperó con la mano en la puerta—. Gracias.

Él respondió con un leve asentimiento de cabeza.

—Te veré mañana.

Geli no se movió hasta que oyó cerrarse la puerta. ¿Cómo era posible que en menos de dos horas hubieran pasado de un beso apasionadamente prometedor a una situación tan embarazosa?

Todo había sucedido demasiado rápido. Si el gato no hubiera hecho su dramática aparición, los dos habrían cenado tranquilamente. Él le habría explicado lo del piso, la habría ayudado a encontrar alojamiento para pasar la noche y a la mañana siguiente ella habría regresado para darle las gracias y, tal vez, con un poco de suerte, reavivar la chispa de atracción que ardía entre ellos.

Pero en vez de eso, se encontraban entre un deseo irresistible y una embarazosa contención. Y, en un esfuerzo por superar la incómoda situación, Geli había hablado más de la cuenta sobre sí misma.

Su madre, los sombreros negros, el faisán… No había hablado de eso desde que sus hermanas llegaron del colegio y las encontraron a su abuela y a ella cantando All Things Bright and Beautiful sobre la tumba de la infortunada ave.

—Oh, Dio… —con la imagen de Angelica apoyando las manos en el cristal grabada en su cerebro, Dante abrió el cajón de su mesa y sacó una botella de grappa.

Tomó un trago y sintió el calor abrasándole las venas.

Había estado a punto de tocarla. Casi había sentido el roce de su mejilla cuando levantó el rostro hacia él, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, esperando una repetición del beso. Dante apretó el puño en un vano intento por borrar la imagen de su memoria.

Se había alejado de ella antes de hacer algo imperdonable, pero no había servido para contener su desaforada imaginación, que llevaba torturándolo desde que Angelica entró en el bar y todos los presentes se quedaron en silencio, contemplando a la princesa de un cuento de hadas que surgía de la noche invernal.

Él también se había girado hacia ella, sus miradas se habían encontrado y, por primera vez en mucho tiempo, Dante se olvidó del dolor y el sufrimiento…

Y entonces ella había dicho: «via Pepone».

Tendría que haber dejado que fuera Lisa quien se ocupara de ella, pero el impacto visual había despertado las sensaciones de su larga hibernación. Y la ola de calor no había dejado de crecer desde entonces. Al tocarle la mano, cuando ella se quitó el guante, cuando dejó al descubierto el vestido negro, cuando él le puso la mano en la cintura para apartarla de la barra…

Quería sentir el tacto de su mejilla bajo los dedos, quería saciarse con su sabor, quería desnudarla y apretarla contra su cuerpo desnudo, quería hundirse en ella hasta olvidar por completo el pasado.

Lo que ella había dicho, la manera de mirarlo cuando estaba junto a la ventana… era una invitación. No era una princesa perdida en una fría noche, sino una hechicera que podía hacerle perder la cabeza.

No. Angelica Amery era una mujer en apuros, y ese era el problema.

De no haber sido por la inoportuna, o quizá oportunísima, interrupción de Lisa, el momento habría estallado en una explosión sexual de consecuencias imprevisibles. Pero ambos habían tenido tiempo para recapacitar y el momento se había perdido.

Mejor así, porque ella no lo conocía. Y seguramente creía que él esperaba algo a cambio de ofrecerle alojamiento.

Su cuerpo lo acuciaba a satisfacer el deseo, pero ¿cómo podría mirarse al espejo por la mañana si se aprovechaba de la situación?

Trabajo. Esa había sido la respuesta cuando Valentina le exigió que se olvidara de Isola y de todo lo que no podía cambiar, ya que tarde o temprano los edificios viejos serían demolidos y su padre, o alguien como él, levantaría en su lugar bloques de apartamentos y oficinas. El trabajo había sido la solución cuando se dejó seducir por la sensual provocación de Valentina aun sabiendo en el fondo de su corazón que todo había terminado.

Abrió el documento en el que había estado trabajando, sus planes de futuro para Isola, pero las palabras del monitor se disolvían en imágenes que nada tenían que ver con la conservación del patrimonio o con viviendas a un módico precio.

Las manos de Angelica… señalando el plano con una uña roja… desabrochándose lentamente los botones… acariciando la cabeza del gatito.

La boca de Angelica alzándose para besarlo, la gargantilla de encaje negro realzando la longitud de su blanco cuello.

El rostro de Angelica contemplando la nieve en la ventana, girándose hacia él, animándolo a acariciarle la mejilla para que, por una noche al menos, el vacío interior de Dante se llenara de luz y calor.

Capítulo 6

«En invierno cubre tu helado con brillantes trocitos rosas».

El libro de los helados de Rosie

El Café Rosa hervía de actividad por la mañana. Los hombres trajeados se tomaban sus espressos y bollos de pie en la barra. En Italia no era tan fácil encontrar mesa.

Geli no pensaba que pudiera conciliar el sueño, pero tras un relajante baño de espuma se había quedado dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Se había llevado la caja al dormitorio por si acaso el gatito se despertaba durante la noche con hambre, pero fue el ruido de una puerta al cerrarse lo que la despertó.

Al principio no supo dónde estaba, pero al oír el maullido del gato lo recordó todo: el vuelo retrasado, el apartamento inexistente, Rattino, Dante…

Sacudió la cabeza. Su vida ya era lo bastante complicada sin necesidad de añadir lo que podría haberse convertido en el embarazoso ligue de una noche. Tal vez hubiera heredado los genes aventureros de su madre, pero tenía mucho más sentido común.

Se puso la bata y fue hacia la ventana para desempañar el cristal con la mano. El sol de la mañana iluminaba la ciudad, realzando los colores y la imagen de una madonna pintada en una pared y reflejándose en los rascacielos de cristal y los tejados cubiertos de nieve.

En la calle la nieve se había derretido y ensuciado por los camiones que transportaban la mercancía a los puestos del mercado. Todo era color y actividad. La gente iba de un lado para otro con sus gruesos abrigos y coloridas bufandas, y a Angelica le dio un vuelco el corazón.

No había nada como un buen mercadillo para ponerse en marcha.

Abrió la puerta del dormitorio y asomó la cabeza.

—¿Dante? —no recibió respuesta. Sin saber si sentirse aliviada o decepcionada, fue a la cocina y encontró una nota sujeta al frigorífico con un imán.

Comida para el gato en el cuarto de servicio. Café y desayuno abajo cuando estés lista. Lisa.

Había una bandeja preparada para Rattino en el cuarto de servicio, junto a dos platos llenos de leche y pollo. A Geli casi se le saltaron las lágrimas por la emoción. Había leído que en Isola se encontraba la gente más buena y generosa de Milán, y en efecto así era.

Dejó a Rattino con su comida, cerró la puerta para que no se escapara y puso la tetera al fuego. Encontró las bolsitas de té y leche en el frigorífico, y se llevó la taza al cuarto de baño. Se lavó y se maquilló y se puso un jersey de cuello alto, una falda estrecha hasta los tobillos y unas botas victorianas con cordones, todo de color negro, y encima una chaqueta de terciopelo del mismo color que su pintalabios. Completó el atuendo con un colgante que había hecho a partir de un reloj roto y, tras dar una vuelta ante el espejo para cerciorarse de que no tenía pelusas, bajó al bar.

—Ciao, Geli! —la saludó Lisa al verla—. Come stai?

Todos los hombres de la barra se giraron a la vez.

—Ciao, Lisa. Molto bene, grazie. Y Rattino te da las gracias por la comida. ¿Qué te debo?

—Dile que le dé las gracias a Dan. Me llamó para decirme que subiera la bandeja. ¿Qué te sirvo? ¿Un café con leche? ¿Un capuccino? ¿O te atreves con un espresso?

—Vorrei un capuccino, grazie —respondió ella, tal y como lo había aprendido en su guía de conversación.

—Buona sceita!

Lisa le gritó el pedido a alguien que estaba tras ella, llenó un plato de cruasanes y lo llevó a una mesa situada en el centro del bar.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, Geli?

—Muy bien, dadas las circunstancias. Creía que me pasaría dando vueltas en la cama toda la noche, pero caí rendida en cuanto me acosté —Lisa, en cambio, no parecía haber dormido mucho—. Muchas gracias por ofrecerme tu habitación.

—No tenía sentido pagar por una habitación de hotel habiendo aquí una desocupada —le puso unas pastas delante—. La prima colazione. Cornettos. El desayuno perfecto.

—Gracias —Geli probó uno y soltó un suspiro de deleite al llenarse la boca de hojaldre y crema—. Está delicioso.

Lisa sonrió y les dijo algo en italiano a los hombres de la barra. Ellos sonrieron, dejaron sus tazas vacías y se marcharon.

—¿Qué les has dicho? —quiso saber Geli.

—Que cierren la boca no vaya a ser que se manchen el traje de baba… Tu atuendo y tu maquillaje son perfectos. ¿Siempre te arreglas con tanto esmero?

—Claro. Cuando eres diseñadora tienes que ser como un anuncio ambulante.

—No soy la típica milanesa víctima de la moda, pero daría lo que fuera por una chaqueta como la tuya.

—Te diseñaré una original de Dark Angel especialmente para ti cuando vuelvas de Australia, como muestra de agradecimiento por ser tan buena conmigo. —No tienes por qué hacerlo.

—Lo haré encantada. Con esos hombros tan esbeltos que tienes te quedará divinamente.

—¿Como un maniquí andante?

—Y parlante.

—Todo el mundo querrá saber… —en ese momento se acercó Dante y se sentó con ellas.

Mientras se duchaba, Geli se había preguntado si la atracción había sido fruto de su imaginación o el resultado de un cúmulo de circunstancias: el mal tiempo, haberse extraviado en Isola, su dramática llegada al bar. Porque, ¿podía alguien excitarla de aquella manera solo con una mirada?

Pues sí, podía, aunque aquella mañana la sonrisa brillara por su ausencia.

—Buongiorno, Angelica. ¿Has dormido bien?

—Buongiorno, Dante —respondió con voz serena, aunque el resto de ella temblaba como un flan—. He dormido muy bien, dadas las circunstancias.

Dante, en cambio, parecía haber estado trabajando toda la noche. El impulso de acariciarle las arrugas era casi irresistible, pero afortunadamente él se giró hacia Lisa. —¿Qué es lo que querrá saber la gente?

—Cómo demonios has conseguido convencer a Geli de que trabaje para ti —respondió ella sin inmutarse.

—Ah, ¿y cuál sería la respuesta?

—Lo sabrás cuando la hayas convencido —dijo mientras se levantaba.

—Lisa —protestó Angelica—. Yo no sé casi nada de italiano.

—Non c’è problema. Yo apenas sabía chapurrear un par de palabras cuando llegué, y eso que mi padre es italiano. Díselo, Dante —le sonrió a su primo.

—Siempre había una cola de clientes dispuestos a ayudarla con el idioma y con cualquier otra cosa para hacer de su estancia en Isola una experiencia memorable.

Geli tenía dos hermanas mayores y sabía cuándo un amable intercambio de impresiones ocultaba otro significado.

—Pero sois familia —no sabía qué estaba pasando, pero no quería verse en medio.

—Por desgracia, no se puede despedir a la familia —repuso Dante, inexpresivo—. No era solo por el idioma. Pasaron semanas hasta que pudo tomar nota o hacer un espresso decente sin que yo tuviera que estar a su lado.

Lisa soltó un bufido y arqueó burlonamente una ceja.

—Seguro que Geli es mucho más lista que yo.

—Pero no tan retorcida.

—Lo llevamos en los genes —se defendió Lisa, apartándose para que el camarero dejara en la mesa el capuccino de Geli, el espresso para Dante y dos cuencos de algo claro y cremoso—. Te explicaré cómo funciona todo cuando vuelvas de la comisaría, Geli. Buon appetito.

—Grazie… —no sabía qué decirle a Dante y señaló el cuenco que tenía ante ella—. ¿Qué es esto?

—Zabaglione. Yema de huevo, azúcar y un poco de vino Marsala. Normalmente no tomo vino antes del mediodía, pero hace frío fuera.

—¿Es un anticongelante?

Él se rio y el ambiente se relajó un poco.

—Esperemos que sí.

Ella hundió la cuchara en el cuenco y probó la crema, dulce y cálida.

—Exquisito. Pastas y pudin para desayunar. Mi madre habría dado su visto bueno, y… —el aviso de un mensaje la distrajo y sacó el móvil del bolso—. ¡Oh, no!

—Problemi?

—Antes de partir envié el grueso de mi equipaje. ¿Quién se imaginaría que llegaría tan pronto? —le enseñó el mensaje—. Creo que el conductor está intentando encontrar la inexistente dirección que les di.

Dante leyó el mensaje, respondió con otro y le devolvió el móvil.

—Le he dicho que lo traiga aquí.

—Pero… Esto es muy embarazoso.

—¿Por qué?

—Se supone que soy una mujer adulta y autosuficiente.

—¿Prefieres que le diga que lo deje en la calle?

—¡No! No… Lo siento. No quería parecer desagradecida, pero esta es la primera vez que hago algo yo sola, y todo me está saliendo mal.

—No es culpa tuya. Y solo será hasta el lunes.

¿El lunes?

—Sí, por supuesto. Habré encontrado una habitación para entonces.

—El lunes te trasladarás al apartamento que te he encontrado. Me temo que es algo temporal, al igual que el trabajo, pero así tendrás un poco de espacio mientras te las apañas.

—¿Ves? A eso me refería —se lamentó Geli, y enseguida tragó saliva—. Lo siento. Eso sí que ha sonado desagradecido.

—Pues sí.

—Seguro que te estás lamentando por no haber escuchado anoche el parte meteorológico y no haber cerrado una hora antes —él no respondió—. Se supone que debes decir que no.

Las arrugas que rodeaban la boca de Dante se acentuaron en lo que parecía un atisbo de sonrisa.

—Lo estoy pensando.

Ella puso los ojos en blanco.

—Está bien, ¿cuánto cuesta ese apartamento temporal que has encontrado junto a mi trabajo temporal?

—Solo tienes que pagar la luz y el agua. Estará disponible solo durante un mes, mientras Lisa y Giovanni están en la boda, pero así tendrás tiempo para buscar otra cosa.

—¿Lisa y Giovanni? —Angelica frunció el ceño—. Pero yo creía que…

—Ella quiere que te ofrezca un trabajo, de modo que le he propuesto un trato. Yo te doy el trabajo si ella se lleva a Giovanni a la boda de su hermana. Necesitarán que alguien responsable cuide de la casa, impida que se congelen las cañerías y dé de comer a su pececito de colores. Tú eres responsable, ¿no?

—Ningún pez se ha muerto de hambre estando a mi cuidado, pero ¿por qué no me lo ha dicho Lisa?

—Porque ella quiere que te quedes aquí.

—¿Para no tener que llevarse a Giovanni?

—No, su vuelo ya está reservado —guardó un breve silencio—. Lisa cree que si vivimos bajo el mismo techo acabaremos inevitablemente en la misma cama.

El zabaglione acabó en la nariz de Angelica y Dante le tendió tranquilamente una servilleta de la bandeja.

—¡Eso es absurdo!

—Estoy de acuerdo. Le dije que nunca me acuesto con nadie del personal, pero al parecer las trabajadoras temporales no cuentan. Y le recalqué que, no teniendo tú ningún sitio al que ir, cualquier cosa que yo hiciera sería vista del peor modo posible.

—Entonces, ¿me has sugerido que me vaya para así estar disponible? —debería sentirse indignada—. No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación. No, mejor dicho, no me creo que hayas tenido esta conversación con Lisa —aunque aquello explicaba el tácito mensaje que los dos primos se habían intercambiado minutos antes.

—Mi dispiace, Angelica. Como dices, es indignante.

—¿Qué piensa Giovanni de todo esto?

—Está perdidamente enamorado y hará cualquier cosa que ella le pida.

—¿Acaso crees que tras la fiesta y la diversión la familia de Lisa no lo verá como un demonio?

—¿Tú no lo crees?

—No conozco a tu familia ni a Giovanni, pero sé que en las bodas las emociones y las susceptibilidades están a flor de piel. Unas copas de más, un comentario fuera de lugar y empiezan las peleas.

—Puede ser. Todos acabarán bebidos, se abrazarán los unos a los otros y se jurarán amistad eterna.

—O puede que acaben todos en la cárcel.

Dante se recostó en la silla.

—No tienes por qué aceptar el empleo, pero si me sigues la corriente hasta que se marchen te estaría muy agradecido.

—Lo que no entiendo es por qué es tan importante para Lisa que acabemos juntos.

—Nos estamos haciendo un favor mutuamente, Angelica. ¿Qué más da lo que pretenda Lisa?

Lisa quería que se acostaran. También ella, de acuerdo, pero eso era distinto.

—Si me disculpas —se levantó—. Voy a pagar el desayuno y a recoger mis cosas…

Él se levantó y la agarró de la mano antes de que pudiera moverse.

—Angelica… —ella no retiró la mano, pero tampoco lo miró—. No he salido con nadie desde que mi novia me dejó hace poco más de un año. Lisa dice que tengo que volver a darle gusto al cuerpo.

¿Había sido abandonado por la mujer a la que amaba? A Angelica le pareció tan increíble que una mujer pudiera hacer eso que tardó unos segundos en asimilar el resto de la frase.

—¿Y yo qué soy, un revolcón? —preguntó en voz baja, consciente de que todos los estaban mirando—. Grazie, Dante —dio un paso atrás —. ¿De eso iba todo esto?

Él la agarró con más fuerza.

—¿A qué te refieres?

Había sabido nada más verla que estaba en apuros y había visto su oportunidad, mientras que ella solo había visto a un hombre que podía derretirla con una simple mirada.

—Has estado utilizándome desde el principio. Qué tonta he sido al no darme cuenta… Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. Dime, Dante, ¿qué habrías hecho de no ser por el gato?

—Mejor dicho, ¿qué habrías hecho tú? —salvó la distancia que los separaba—. Habrías seguido necesitando un lugar donde dormir —le acarició la mejilla y Angelica sintió como se propagaba el cálido hormigueo por su piel—. Anoche éramos dos en la habitación,

Angelica. ¿Cuál de nosotros se marchó?

Ella se puso colorada. Por humillante que fuera, tenía que reconocer que no había sido ella.

—Supongo que debería estar agradecida de que no estuvieras preparado para llegar tan lejos —dijo, resistiendo el impulso de apretarse contra su mano—. Oh, no, lo había olvidado. No podías hacer nada en tu casa. Tienes que sacarme de aquí para que nadie pueda malinterpretar…

—¡Basta! —entrelazó los dedos en sus cabellos y le sujetó la cabeza.

Todo el café quedó en silencio. Dante levantó la mirada y todos desviaron rápidamente la atención.

—Lo siento, Angelica. Tienes razón. Te estamos utilizando para nuestros fines, pero a cambio puedes conseguir un apartamento gratis durante un mes y un trabajo temporal. Y, sean cuales sean las expectativas de mi prima, el trato que te ofrezco está libre de todo compromiso.

—¿Sin compromisos? Caramba, entonces sí que estoy de acuerdo.

—Lisa cree que está ayudando, pero yo no estoy preparado para ninguna clase de relación. Y no sé si alguna vez lo estaré.

—No creo que esté pensando en una «relación» —replicó ella, entrecomillando la palabra con los dedos—. Solo en un poco de movimiento para sacudir las telarañas. Estoy aquí de paso, ¿recuerdas?

—Dio… —murmuró él. Aflojó la mano con que le sujetaba la nuca, pero ninguno de los dos hizo ademán de apartarse—. Estaba intentando ser sincero, Angelica. No hay ningún engaño ni motivos ocultos…

La puerta del café se abrió y entró una ráfaga de aire helado.

—Signora Amery?

—¿Preferirías que te mintiera? —insistió él.

Angelica vio que Lisa los observaba nerviosamente detrás de Dante, quien la miraba con expresión impasible. Se había marchado de Longbourne para cambiar de vida y aprovechar cualquier experiencia que le saliera al paso. Estaba allí para trabajar, aprender y progresar como diseñadora y artista. Un poco de sexo no estaría de más, pero ella no buscaba nada tan complicado y exigente como una relación. Tampoco su madre. Y, al parecer, tampoco Dante.

El hombre que esperaba en la puerta dijo algo en italiano.

—Geli… —dijo Lisa—, alguien te busca.

—Por amor de Dios —masculló, y se giró hacia el hombre de la puerta—. Io sono Angelica Amery.

—Me ocuparé de que guarden tus cosas mientras vas a por el abrigo —se ofreció Dante mientras el conductor iba a descargar las cajas—. Iremos a la comisaría en cuanto todo esté listo —necesitaba un poco de espacio y de aire fresco para recuperarse de los efectos que le provocaba la proximidad de Angelica.

—¿Quieres que te traiga tu abrigo?

—Grazie, Angelica —por unos segundos ninguno de los dos se movió, y la mirada que se intercambiaron dejaba claro que no solo le estaba dando las gracias por el abrigo.

Cuando Angelica regresó, las cajas ya estaban apiladas en la habitación contigua al despacho de Dante. Se había puesto su llamativo abrigo con los enormes bolsillos capaces de contener un animal pequeño, una bufanda con un estiloso nudo alrededor del cuello y una boina negra de terciopelo sujeta con un brillante alfiler con forma de araña.

Lisa tenía razón. Angelica sabía cómo hacer una entrada. Y desde luego iba a causar sensación en la comisaría.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó mientras ella le tendía su abrigo y bufanda.

—Mi Mac —se puso a caminar entre las cajas y a tocarlas a medida que identificaba el contenido—. Un par de mesas plegables. Mi pizarra, mi caballete, pinceles, pinturas, cuadernos… —¿Tienes intención de pintar además de diseñar ropa?

—Tal vez… No he vuelto a pintar desde que me cambié a la moda tras graduarme. Y además he estado muy ocupada con la franquicia de los helados —se inclinó sobre una caja para leer la etiqueta—. Aquí están mis máquinas de coser. Y mi vaporizador. Tendré que desempaquetar las cosas más delicadas para comprobar que no hayan sufrido daños en el viaje.

—No hay problema. ¿Y esas? —preguntó, señalando las cajas de mayor tamaño.

—Telas, recortes, botones…

—¿Botones? ¿Has traído una caja llena de botones? Puedes comprarlos en Italia.

Ella sonrió.

—Lo sé, y estoy impaciente por ir de compras, pero son los botones que he reunido a lo largo de los años y algunos son muy antiguos. Como estos —se tocó los botones de la cintura y él intentó no pensar en cómo se los había desabrochado la noche anterior—. Son muy valiosos.

—Entiendo. Bueno, la mala noticia es que no podrás meter todo esto en el minúsculo apartamento de Lisa.

—¿Y la buena?

—Que esta habitación no se usa y puedes trabajar aquí hasta que

encuentres un lugar más apropiado o un piso lo bastante grande para meter todo esto.

—Pero…

—Me llevaré esas cajas para dejarte espacio —señaló las polvorientas cajas que había apartado—. ¿Crees que podrás arreglártelas?

—Es perfecto, Dante, pero tenemos que hablar del alquiler.

Él ya lo había previsto.

—No es necesario. A cambio de un mes de alquiler puedes diseñar una heladería para mí. ¿Vamos?

Capítulo 7

«No hay recetas para las sobras de helado».

El libro de los helados de Rosie

Un frenético ajetreo reinaba en la atestada comisaría, donde a Geli le encantó comprobar que, en efecto, las mujeres policías llevaban altos tacones.

—¿Cómo pueden correr con ellos?

—¿Correr?

—No importa —necesitaba hablar de algo mientras esperaba con Dante a que los atendiera un detective—. Es una pregunta estúpida. Todas tienen tanto estilo que seguro que más de un ladrón se deja atrapar para que una de estas mujeres le ponga las esposas y lo cachee.

Tragó saliva, horrorizada por haber dicho algo tan sexista.

Dante no dijo nada. Apenas había abierto la boca desde que salieron.

—¡Dante! —un detective se acercó y le estrechó la mano—. Signora…?

—Giorgio, te presento a la signora Angelica Amery. Angelica, te presento al comisario Giorgio Rizzoli —Dante le explicó la situación en un italiano tan rápido que Geli apenas entendió un par de palabras.

—Signora Amery… —el comisario se llevó una mano al corazón—. Mi dispiace…

—Lamenta profundamente lo que te ha pasado —tradujo Dante—. Vamos a su despacho para que te tome declaración, pero espera que entiendas que las probabilidades de recuperar tu dinero son casi nulas.

—Dile que lo entiendo muy bien y que lamento mucho robarle su valioso tiempo.

Los trámites de la denuncia se alargaron más de la cuenta. No solo porque había que traducirlo todo, sino porque el comisario sufría constantemente las interrupciones de sus agentes, desde el más joven hasta el más veterano. Él demostró, sin embargo, una paciencia extraordinaria. Le presentó a Angelica a todos sus hombres, les explicó lo sucedido y ella sonrió amablemente cuando le dieron la bienvenida

a Isola y le ofrecieron todo lo que estuviera en sus manos para ayudarla. Angelica les suplicaba que hablasen más despacio, repitiendo sin cesar la frase que había ensayado hasta la saciedad en italiano: «Mi dispiace, parli lentamente, per favore». Y, mientras tanto, Dante miraba por la ventana, como si temiera echarse a reír si sus miradas se cruzaban.

—Bueno, me prometiste que sería toda una experiencia, y tengo que admitir que casi ha valido la pena sufrir la estafa —dijo ella cuando salieron de la comisaría.

—Dime, ¿aquí las mujeres policías son más eficientes que los hombres? Lo digo porque no he visto que ninguna mujer entrase a pedirle ayuda al comisario.

—Creo que ya sabes la respuesta —no sonreía y se mantuvo apartado de ella mientras regresaban al bar.

No habían dado ni una veintena de pasos por la acera, despejada de nieve, pero traicioneramente resbaladiza, cuando Angelica no pudo soportarlo más y se detuvo.

—Dante, respecto a lo de anoche… —él siguió avanzando hasta darse cuenta de que ella no le seguía el paso—. Esta mañana… —tragó saliva—. Solo quería que supieras que te estoy muy agradecida por todo, y que no haré ni diré nada que pueda frustrar los planes de Lisa. Él se giró para mirarla.

—Te lo agradezco —dijo con una voz tan rígida como su expresión.

—Y te diseñaré la heladería más bonita que puedas imaginar, si iba en serio lo del taller.

—Es tuyo, pero este tiempo no es el más adecuado para hablar de decoración en medio de la calle —ella no se movió y él se encogió de hombros—. Hay una pequeña habitación en la parte de atrás del Café Rosa que da al jardín. Cuando vi tus diseños se me ocurrió que una heladería estadounidense sería del agrado de los clientes más jóvenes.

—En ese caso, diseñaremos una bonita heladería de los años cincuenta.

—¿Tu hermana no pondrá ninguna pega a que copie sus ideas?

—No tiene el copyright de los diseños, y además no vas a usar su nombre, ni su sello ni sus recetas. ¿Harás tus propios helados o se los comprarás a algún heladero de la ciudad? —Buena pregunta. Tendré que pensarlo. ¿Vamos?

—Sí —dio un paso y volvió a detenerse—. No. Quiero que sepas que entiendo por qué has sido brutalmente sincero conmigo esta mañana.

—¿Sí?

—Dijiste que no había segundas intenciones, al menos en lo que a mí respecta. Eso es algo entre Lisa y tú.

—¿Eso es todo?

—Sí —Geli hizo una mueca de exasperación. Dante no se lo estaba poniendo nada fácil, pero su expresión lo decía todo—. Deberías relajarte un poco, caminar más pegado a mí, intentar sonreír de vez en cuando. Porque así parece que estamos teniendo una pelea en vez de estar a punto de acostarnos.

—¿En serio? —se metió las manos en los bolsillos y apartó la mirada—. Yo también te debo una disculpa.

—Si es por lo del revolcón, mejor olvidarlo —se apresuró a decir ella mientras reanudaban la marcha.

—Lisa me grabó esas palabras en la cabeza y se me escaparon sin que me diera cuenta —le ofreció el codo para que entrelazara el brazo y le sonrió—. Tú misma lo dijiste, Angelica… Estamos juntos en esto.

—Eso es —se agarró a su brazo y él tiró de ella, claramente contento por el calor—. Y olvida el comentario del revolcón. Yo no debería ser tan susceptible. No sé qué habría hecho anoche si no hubieras sido tan amable conmigo.

—Te las habrías arreglado —le aseguró él—. Eres una mujer con muchos recursos.

—Me alegra que lo creas así, porque preferiría poner a prueba mis recursos —llegaron a la plaza—. ¿La lección de camarera podría esperar una hora?

—Tómate todo el tiempo que necesites. Lisa tardó semanas en aprender.

—¿Cómo? —preparar los cócteles tal vez requiriera más práctica, pero el trabajo básico de una camarera no era precisamente de los más difíciles.

—Yo estaba tan sumido en mi depresión que no me di cuenta de que Lisa solo se hacía la tonta para mantenerme ocupado y que no pensara en Valentina.

—¿Valentina? ¿Tu novia?

—No es mi nada —a la débil luz del sol su rostro quedaba en sombras—. Se casó con otro hombre.

—¿Tan pronto? —no era el comentario más discreto posible, pero le salió sin pensar.

—Mi padre estaba dispuesto a darle todo lo que yo no podía darle —su piel se puso gris como la ceniza—. Al parecer, estaba embarazada. «¿Su padre?».

Habían llegado al primer puesto del mercado y Dante se apartó mientras ella seguía intentando asimilar lo que le había dicho.

—Dame tu móvil y añadiré mi número a tus contactos.

Geli hizo lo que le pedía, aturdida por la revelación.

¿Valentina le había engañado con su padre? De ser así, era lógico que se hubiera encerrado en sí mismo o que Lisa se preocupara tanto

por él.

Dante se quitó un guante para introducir el número y le devolvió el móvil.

—Llámame si necesitas ayuda para regatear el precio de la ropa y los zapatos.

—¿Qué…?

Había dejado caer una bomba y luego se ponía a hablar del precio de los zapatos. Pero el comentario de Valentina no había sido casual ni espontáneo. Había sido completamente deliberado. Dante había querido decírselo antes de que Lisa la pusiera al corriente. Y el cambio de tema era igualmente deliberado al no querer hablar de ello.

—De acuerdo, grazie —intentó parecer tan despreocupada como él —. Me encantan los mercadillos, pero no puedo comprar nada hasta que me devuelvan el dinero. Y además tengo que volver a donde encontré a Rattino para ver si alguien lo está buscando.

—Podríamos poner anuncios diciendo que lo hemos encontrado.
—Buena idea.

—Entonces te dejo que des una vuelta por el mercado sin meterte en problemas mientras yo le hago una foto a esa rata e imprimo algunos avisos.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Si ves algo con cuatro patas que parezca haberse perdido, no te acerques.

Geli exploró el mercadillo y usó el móvil para sacar fotos de todo y enviárselas a sus hermanas, como prueba de que había llegado, que estaba bien y que hacía lo que se esperaba de ella.

Se animó a probar sus escasos conocimientos de italiano, intercambiando saludos y preguntando precios, y poco a poco empezó a acostumbrarse al lenguaje que se hablaba en la calle. A pesar de que solo pretendía echar un vistazo, no pudo resistirse a las ropas de segunda mano confeccionadas con las mejores telas. Cuando Dante la encontró estaba examinando una colección de cintas y collares en el puesto de una señora menuda y rolliza, quien al ver a Dante soltó un chillido alborozado y lo abrazó para llenarle la cara de besos. Dante se rio y se la presentó a Angelica.

—Livia, questa è la mia amica Angelica. Angelica, te presento a Livia.

—Piacere, Livia.

Su tímido intento en italiano hizo sonreír a la mujer, que soltó otra incomprensible retahíla en italiano y le entregó a Angelica la caja de los abalorios negros que ella había estado mirando.

—Hace meses le conseguí el permiso para instalar su puesto —le

explicó Dante—. Es su manera de darte las gracias.

—¿A mí? Debería agradecértelo a ti.

—Yo no sabría qué hacer con estos abalorios, y como eres mi amiga la harías muy feliz si te los quedaras. Otro día puedes comprarle más cosas.

—Grazie mille, Livia. Dile que me encanta su puesto, Dante, y que muy pronto volveré a comprarle más cosas.

Él dijo algo que hizo sonreír de nuevo a la mujer. Se despidieron con más besos y abrazos y Dante le echó un vistazo a la bolsa que llevaba Angelica.

—Veo que no has podido resistirte.

—Por un mes tengo alojamiento gratis y un trabajo. Y ahora tengo material con el que trabajar, en cuanto haya desempaquetado mi máquina de coser.

—¿Necesitas más tiempo? —Dante miró a su alrededor—. Creo que aún quedan algunas cosas negras por aquí.

Ella le dio un codazo en las costillas y él le enseñó las fotos que había sacado del gato.

—Limpio y seco está mucho más presentable —observó ella, leyendo el anuncio—. «Trovato…». ¿Encontrado? —él asintió—. «Contattare Café Rosa». Y el número de teléfono. Claro y directo —en ese momento cayó un copo de nieve en el anuncio y los colores empezaron a correrse—. Si los ponemos ahora se echarán a perder. ¿Tienes una plastificadora?

—No.

—Por suerte, yo he traído la mía.

Mientras Dante se ocupaba de plastificar las hojas, Geli llamó al banco y les proporcionó el número de la denuncia que el comisario le había facilitado.

—¿Arreglado? —le preguntó Lisa mientras le entregaba un delantal negro.

—He hecho todo lo que he podido —se ató el delantal y, tras observar la demostración de Lisa, preparó a la perfección un espresso, un café con leche y un capuccino.

Lisa se cruzó de brazos y la miró con los ojos entornados.

—Ya habías hecho esto antes.

—Fui estudiante durante cuatro años. Mis hermanas me pagaban el trabajo que hacía para ellas, pero las pinturas, las telas y las máquinas de coser no son baratas y, al igual que ahora, necesitaba un trabajo.

—Muy bien, señorita Recursos, pues ahí tienes a tu primer cliente —le indicó un hombre que se hallaba de pie en la barra—. A por él.

Geli respiró hondo.

—Ciao, signor. Che cosa desidera?

—Ciao, signora… Geli —añadió al leer la etiqueta con el nombre que Lisa le había sujetado al delantal—. Io sono Marco.

—Ciao, Marco. Piacere. Che cosa desidera?

—Vorrei un espresso, per favore —ella se lo sirvió y él le dio las gracias—. Cosa fai questa sera? Ti va di andare a bere qualcosa?

Geli no entendió el significado de las palabras, pero la mirada y el tono del hombre no dejaban lugar a dudas.

—Creo que intenta ligar conmigo —le dijo a Lisa—. ¿Cómo se dice que tengo que lavarme el pelo?

—Quiere saber si tienes planes para esta noche y si te apetece ir a tomar algo con él.

—Definitivamente, tengo que lavarme el pelo.

Lisa le dio las malas noticias al hombre, quien sonrió resignadamente y se tomó su café.

—¿Qué le has dicho?

—Que esta noche trabajas. ¿Por qué? ¿Has cambiado de opinión? Es muy guapo.

—Sí que lo es.

—Y sabe dónde estarás esta noche, por lo que es posible que vuelva.

—¿Significa eso que he superado la entrevista?

—¿Cuándo puedes empezar?

—Sería conveniente empezar esta noche, ¿no crees? No querría que Marco pensara que le he mentido.

—Claro. Vamos, te explicaré cómo funciona esto y luego te aconsejo que te vayas a descansar. La noche del sábado es bastante movida.

Lisa no exageraba. Por la noche, el Café Rosa estaba a rebosar y la comida y la bebida se servía sin parar. Por suerte, todo el mundo fue muy paciente con Geli y Matteo no intentó nada con ella. Recibió un par de invitaciones más para tomar una copa y cenar, pero consiguió eludirlas sin provocar situaciones embarazosas.

—Geli —se giró y vio a Lisa portando una bandeja con café, agua y un panino—. Si quieres, puedes tomarte un descanso y subirle esto a Dante. Y de paso recuérdale que es sábado y que hay que divertirse —miró alrededor—. Parece que esto está ahora más tranquilo, así que… tómate tu tiempo.

Dante oyó a Angelica acercarse. Era sorprendente lo rápido que

había reconocido sus pasos, pero no levantó la mirada cuando ella abrió la puerta. Si le hacía ver que estaba ocupado, lo dejaría en paz. Dante estaba librando una batalla tan feroz entre su sentido común y sus necesidades corporales que necesitaba desesperadamente mantenerse apartado de Angelica.

—Lisa te envía la cena —dijo ella, colocando la bandeja en la mesa.

Pues claro. Su prima emplearía cualquier excusa para que los dos acabaran juntos.

Masculló un agradecimiento y siguió escribiendo en el portátil.

—No es bueno que hagas esto.

—¿El qué?

—Comer mientras trabajas —Angelica se apoyó en el borde de la mesa—. Sufrirás una indigestión, ardor de estómago y úlceras.

Nada podría ser peor que tener su trasero a escasos centímetros de su mano.

—¿No tienes nada que hacer en el bar?

—Estoy en mi descanso —él siguió tecleando sin ni siquiera leer lo que escribía—. Lisa quiere que me siente en tus rodillas y te revuelva el pelo mientras te cuento cuántos hombres han intentado ligar conmigo esta noche.

—¿Eso te ha dicho?

—No con esas palabras, pero me ha dicho que te recuerde que hay que divertirse más y no trabajar tanto. Y que me tome mi tiempo. Aunque podría ser que soy tan inútil que está deseando perderme de vista durante media hora.

—¿Es así?

—No exactamente.

Dante ya sabía por Lisa lo bien que se le daba a Angelica preparar los cafés. Dejó de fingir que trabajaba y la miró. Angelica llevaba uno de los delantales negros del Café Rosa y se había recogido el pelo con una cinta de terciopelo. Su aspecto era decente y profesional, pero aquella carnosa boca carmesí causaría revuelo en cualquier parte.

—¿Cuántos hombres han intentado ligar contigo?

—Vamos a ver… Estaba Roberto —empezó a contar con los dedos —. Pelo oscuro, ojos azules, chaqueta de cuero. «Andiamo in un posto più tranquillo» —dijo en voz baja y sensual.

—Yo de ti me guardaría mucho de ir con él a ningún sitio, tranquilo o no.

—¿Es peligroso?

—Su mujer está fuera, cuidando de su madre enferma.

—Qué asco —hizo un gesto de desprecio típicamente italiano—. ¿Y Leo? Quería agregarme a su Facebook. Pero me parece que insinuaba otra cosa, ¿no crees? —¿Hace falta que te lo diga?

—¡Hombres! Solo piensan en el sexo. ¿Es que ya nadie le ofrece a una chica una cita como es debido?

—¿Cómo es esa cita?

—Ya sabes, el hombre recoge a la chica en su casa, la lleva al cine, la invita a palomitas y ven la película asidos de la mano…

—¿Alguno más? —la interrumpió él. No quería imaginarse a Angelica en el cine con otro hombre, ni lo que pudieran hacer después.

—¿Qué? Oh, sí. Gennaro es encantador, pero no busco un hombre que haga de padre. Y Nic, el tipo que toca el saxofón, me dijo «Ti amo» de una manera cariñosa, pero creo que solo porque acababa de servirle una cerveza.

—Típico de Nic, pero veo que ya tienes un club de admiradores. ¿Alguno de ellos será el afortunado?

—¿Bromeas? Lisa no dejaría que ninguno se me acercara lo suficiente. Está empeñada en velar por tus intereses. —¿No confía en mi encanto personal para cautivarte?

—Yo estoy en el bar y tú estás aquí, trabajando —se encogió de hombros y se apartó un mechón de pelo que se le había soltado—. ¿Te he hablado de Marco? Vino esta tarde mientras Lisa me enseñaba cómo funciona el bar. Le hice un espresso, y ha vuelto esta noche… —se detuvo—. Pareces muy ocupado. No sabía que hiciera falta tanto papeleo para llevar un bar.

—El bar da mucho trabajo, pero en estos momentos estoy trabajando en un plan de desarrollo urbanístico para Isola. Un plan que evite demoler edificios y calles históricos.

—Ah, entiendo. Es algo importante. Bueno, no quiero entretenerte.

Desde luego que lo estaba entreteniendo.

—No te olvides de la cena —añadió, frotándose el labio inferior con el pulgar—. ¿Crees que el pintalabios se me ha corrido lo bastante para parecer convincente? —se inclinó para que él le diera su opinión y el delantal dejó a la vista el sujetador negro bajo la camiseta negra, ceñido a unos pechos blancos y perfectos. Si aquella era la imagen que les brindaba a los clientes al servirlos no era raro que todos se le insinuaran—. A lo mejor debería soltarme un poco la melena.

—¿Quieres que Lisa crea que nos hemos liado en mi mesa?

—Estoy haciendo todo lo posible por convencerla de que intentamos refrenarnos. Y debo decir que sin mucha ayuda…

Levantó una mano para apartarse un mechón y él le agarró la muñeca.

—¿Quieres soltarte la melena? —le preguntó con una voz que a él mismo le sonó extraña.

Ella no dijo nada, pero la punta de su lengua asomó brevemente entre sus labios. Tenía las pupilas dilatadas, tan negras como su pelo,

engullendo el gris plateado de sus ojos. Soltó un gemido ahogado y el cuerpo de Dante respondió por sí solo. Le soltó la muñeca, agarró la cinta que le sujetaba el pelo y tiró de ella para que una cascada sedosa cayera hacia delante, envolviéndolo con su embriagadora fragancia mientras ella se deslizaba sobre su regazo.

Dante la sujetó por la nuca y con la boca la acució a separar los labios, arrancándole un débil gemido y sintiendo como el cuerpo de Angelica se relajaba contra el suyo mientras sumergía la lengua en la cálida y satinada dulzura de su boca. Con la otra mano buscó la franja entre la camiseta y la falda negra que ocultaba sus fabulosas piernas, y la deslizó hacia arriba hasta los pechos. A través del sujetador de encaje sintió la dureza de sus pezones.

Ella lo deseaba, él la deseaba. Había que ser tonto para no saciarse con ella, hundirse en ella, poseerla salvajemente sobre la mesa, en el suelo, en la cama. No tenía nada que ver con las emociones ni los sentimientos. Solo era deseo.

Solo era sexo…

Las tres palabras retumbaron en su interior como un trueno, más gélidas que las cumbres nevadas de los Alpes.

Las últimas palabras que Valentina le había dicho.

«Solo era sexo».

—Muy bien —dijo secamente. Se levantó a Angelica del regazo y la dejó en el suelo antes de girarse hacia el ordenador—. Si no te importa, quiero que el ministro tenga esto en su mesa el lunes a primera hora.

Ella no se movió, pero Dante no necesitaba mirarla para saber que el pelo le caía sobre los hombros y que sus labios hinchados formaban una «O» de asombro y horror. Llevaba aquella imagen grabada en su cerebro.

Sin esperar respuesta, empezó a teclear frenéticamente como si nada hubiera ocurrido. Ella se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras, y él siguió tecleando hasta que oyó cerrarse la puerta en el piso superior. Entonces sus dedos quedaron paralizados sobre el teclado y miró la pantalla, donde el parpadeante cursor lo invitaba a borrar la basura que acababa de escribir. Pero en vez de eso se recostó en la silla y se frotó el rostro con las manos en un intento por sacarse a Angelica Amery de la cabeza. No le sirvió de nada. El olor de su piel y de sus cabellos seguía impregnándole las manos, y al frotarse la boca para borrar el sabor de sus labios descubrió los restos de su carmín.

Dos días más y Angelica se marcharía.

Dos días muy, muy largos…

Capítulo 8

«No se puede comprar la felicidad, pero un helado sí… y al fin y al cabo es lo mismo».

El libro de los helados de Rosie

A Geli le latía desbocadamente el corazón, acuciándola a salir huyendo. Enamorarse de un hombre que le había dejado claro, no una ni dos, sino tres veces, que por muy excitado que estuviera no le interesaban las relaciones era un fracaso anunciado.

Lo de vivir bajo el mismo techo que él y trabajar con él nunca podría salir bien.

Abrió la ventana del dormitorio y sacó la cabeza para llenarse los pulmones de aire fresco, con la esperanza de enfriarse la piel y el calor que emanaba de su interior.

¿Qué tenía Dante Vettori para hacerle perder la cabeza? Lo que empezó como una provocación juguetona había estado a punto de descontrolarse.

A lo mejor debería sugerirle un poco de sexo libre de ataduras para que ambos pudieran tranquilizarse. Pero si Dante fuese el típico hombre con alergia al compromiso ya se habrían acostado. Dante necesitaba algo más. O quizá algo menos. Alguien que no esperase nada más de él.

Y ella era buena en eso. Había estado rescatando animales en dificultades desde aquel faisán herido. Nunca había rescatado a una persona en dificultad, pero no había tanta diferencia. Solo había que ganarse su confianza, sin movimientos bruscos ni exigencias…

Se recogió el pelo, se ajustó la ropa y se aplicó un poco de carmín. Era hora de volver al trabajo.

Encontró a Dante de pie en medio del salón. Llevaba puesto el abrigo y una bufanda roja, y portaba una caja de cartón.

—He encontrado esto en la puerta trasera cuando salía a tomar el aire.

No era ella la única que necesitaba aire fresco, pensó mientras se acercaba a echar un vistazo.

—¡Gatitos! —había dos, acurrucados en un rincón—. Parece que

tus avisos han funcionado.

—Creía que el propósito era encontrar al dueño de Rattino para devolvérselo, no para que abandonaran al resto de la familia en nuestra puerta.

«Nuestra puerta». Angelica los tomó con cuidado para examinarlos en busca de heridas o lesiones.

—Están muy delgados, pero por lo demás están sanos.

—Supongo que su madre no volvió después de salir a cazar. —Seguramente. Y explicaría por qué Rattino salió a buscar comida. Es el más grande de los tres. ¿Qué te parece si los llamamos Mole y Badger? ¿O prefieres nombres italianos?

—Creo que… —Dante respiró hondo—. Creo que iré a quitar los avisos antes de que alguien más decida dejarnos otra caja llena de gatos.

—Buena idea. Mientras tanto yo les daré de comer a estos dos. ¿Te importa buscar a la madre mientras estás fuera? Ella nunca los habría abandonado.

—Si la ha atropellado un coche…

—Tienes razón. Puede que esté herida en alguna parte. Espera que deje a estos dos y voy contigo. Sé en qué clase de lugares podría estar.

Por la expresión de Dante, quedó claro que preferiría ir solo.

—Le diré a Lisa que tendrá que arreglárselas sin ti. Abrígate bien. Hace frío ahí fuera.

Veinte minutos después, tras haber alimentado a los gatitos y haberlos reunido con su hermano, Angelica caminaba con Dante por la calle donde había encontrado a Rattino.

—Los gatos callejeros tienen un hábitat muy limitado —explicó, deteniéndose cada pocos metros para explorar puertas y callejones—. Así evitan disputas territoriales. ¿Puedes sostener la linterna?

—¿Y tu guante? —le preguntó él mientras ella se ponía a revolver cajas con una mano desnuda.

—En el bolsillo. Como he tocado a los gatitos su madre podrá olerlos si está cerca.

Dante le agarró la mano helada y se la metió en el interior de su holgado guante para pegarla a su palma.

—Ahora los dos olemos a gato.

—Bien pensado —dijo ella, y Dante le dedicó una sonrisa que la dejó sin aliento.

Dios… Se giró para arrancar uno de los avisos de una farola, y entonces vio la valla que rodeaba las obras en la antigua via Pepone.

—Ahí —dijo—. Si ha sobrevivido estará ahí.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Un terreno lleno de escombros, roedores, y restos de comida de los obreros. El refugio ideal para una madre con tres gatitos

hambrientos. Quizá alguien que trabajaba en las obras sabía que estaban ahí y nos los trajo al ver el aviso.

—Tiene sentido —Dante se acercó a la valla e intentó abrirla, sin éxito.

—¿No hay un guarda nocturno?

—Estamos en el siglo XXI —miró las cámaras instaladas en altos postes—. Cámaras de vigilancia y circuito cerrado de televisión.

—Descartada entonces la opción de saltar la valla. ¿Qué hacemos?

Dante la miró unos instantes, sacó el móvil y se alejó unos pasos para hacer una breve llamada. Al volver estaba muy serio.

—Alguien de seguridad llegará enseguida para abrir la valla.

—Impresionante.

—No tanto —indicó el cartel luminoso que colgaba de la valla, donde se mostraba el futuro edificio que se levantaría en via Pepone. Llevaba el nombre de la constructora en grandes letras, y debajo, más pequeño, el nombre del promotor.

Vettori SpA.

—No es una casualidad, ¿verdad?

—Mi bisabuelo fundó la empresa después de la guerra para reconstruir edificios dañados por los bombardeos. Mi abuelo heredó una próspera constructora y siguió expandiéndola hasta que un ataque cardiaco lo obligó a jubilarse y cederle el negocio a mi padre.

—¿Es él a quien acabas de llamar? ¿Tu padre?

Antes de que Dante pudiera responder, una furgoneta de seguridad se detuvo junto a ellos. El conductor intercambió unas palabras en italiano con Dante y abrió el candado de la valla.

Por culpa del mal tiempo hacía dos días que la obra estaba paralizada, y, gracias a la linterna del guardia y a que apenas había pisadas en la nieve, Angelica no tardó en descubrir un rastro.

—¡Ahí! —no eran huellas de gato, sino el reguero de sangre que una madre había dejado mientras se arrastraba en un desesperado intento por volver con sus cachorros—. Está herida.

—Espera…

Angelica no le hizo caso y echó a correr por la nieve, iluminando el rastro con su propia linterna hasta dar con el pobre animal, escondido bajo unos materiales de construcción.

—Déjame a mí —Dante se puso en cuclillas junto a ella, pero Angelica ya se había quitado los guantes y estaba alargando las manos para que la gata pudiera oler a sus gatitos. De esa manera consiguió que se arrastrara lo suficiente hasta que pudo agarrarla y levantarla con cuidado—. Dio… Está hecha unos zorros.

—Tenemos que mantenerla caliente. Usa mi bufanda —lo apremió ella, pero Dante usó su bonita bufanda de cachemira para envolver a la pobre y asustada criatura—. Hay que llevarla al veterinario.

Dante miró a aquella mujer angelical, tan compasiva y apasionada. Llamó al veterinario y le pidió al guardia de seguridad que los llevara a la clínica.

Mientras el veterinario y la enfermera de guardia se ocupaban de la gata, Dante y Angelica se sentaron en un sofá de la gélida sala de espera.

—Tardarán un buen rato —dijo ella, soltando una bocanada de vapor—. Deberías volver a lo que estabas haciendo.

—Puede esperar —se acomodó en el extremo del sofá y abrió su abrigo para invitarla a acurrucarse, pero ella dudó.

No podía olvidar cómo se había comportado Dante en su despacho. Tal vez ella hubiera tonteado un poco, pero él no debería haberle seguido el juego. No debería haberla besado ni acariciado, ni debería haberla rechazado cuando ella respondió como era de esperar.

Pero por mucho frío que hiciera, no iría a ninguna parte hasta saber cómo estaba la gata.

—Vamos, estás temblando —la animó él, y tras un breve titubeo ella acabó por sucumbir a la realidad de la situación y se sentó recatadamente a su lado—. Acurrúcate. Estás dejando escapar el calor.

—¿Que me acurruque?

—Eso decía mi madre.

—Mi madre también lo decía cuando nos sentábamos en el sofá a ver una peli —se relajó y él la envolvió con su abrigo.

—¿Qué películas veíais juntas?

—La bella y la bestia, Mary Poppins, El libro de la selva, Colmillo blanco… con esta última gastamos una caja entera de pañuelos.

—Me lo imagino. ¿Crees que la gata se pondrá bien?

—Es difícil saberlo. Parece que un coche le haya pasado por encima. Tiene heridas y cortes por todo el cuerpo, y uno o dos huesos rotos —giró la cabeza para mirarlo, y Dante tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no besarla de nuevo—.

Todo dependerá de las heridas internas.

—Claro —«mira para otro lado. Piensa en la gata»—. ¿Cómo consiguió colarse bajo la valla y arrastrarse por toda la obra?

—Los gatos son sorprendentes y ella es madre. Sus gatitos la necesitaban.

—Pero sobrevivieron sin ella.

—¿Tú ves a tu madre, Dante?

Él miró al frente y ella pensó que no iba a responderle.

—De vez en cuando. Volvió a casarse y formó una nueva familia.

—Así que pudiste volver a Italia.

—Solo para las vacaciones. Estaba en un internado de

Inglaterra, y luego fui a la universidad.

—¿En Inglaterra o en Italia?

—Primero en Escocia y luego en Estados Unidos.

—¿Qué estudiaste?

—Ciencias Políticas, Filosofía y Económicas en St. Andrews, y Administración de empresas en Harvard.

—¿St. Andrews? ¿Harvard? ¿Y con un currículum tan impresionante qué haces trabajando en un bar?

—La idea era adquirir experiencia en varias empresas de Estados Unidos antes de trabajar con mi padre.

—¿La cuarta generación para dirigir Vettori SpA?

—Hasta que via Pepone se puso en medio.

—¿Te arrepientes de haberte negado?

—La pregunta es si en las mismas circunstancias volvería a hacerlo.

—¿Y lo harías? —Angelica se estremeció, no por la nieve derretida que se le filtraba en la falda, sino por pensar en el chico que había crecido entre adultos que solo pensaban en sí mismos.

—Quizá nunca estuve hecho para ser director de una gran empresa —dijo él. Sacó su móvil y tecleó un mensaje de texto—. Esperaba que eso nos uniera, pero mi padre y yo somos muy distintos. Él cree que soy un blando y un sentimental por aferrarme a un pasado que desapareció hace tiempo, incapaz de conservar a una mujer como Valentina Mazzolini.

—Cuando lo que realmente intentas hacer es construir un futuro para el lugar que amas —el lugar donde había sido feliz, viendo cocinar a su abuela y pasando las vacaciones de verano mientras sus padres se dedicaban a sus asuntos.

Isola era su hogar.

—La política local me llama —admitió él—. No da dinero ni prestigio, solo mucho trabajo, pero dentro de veinte o treinta años, si logro impedir que Isola se llene de rascacielos y que conserve su esencia en el mundo moderno, quizá me elijan como alcalde.

—Háblame de Isola. De tu visión de futuro.

—¿Visión de futuro?

—¿El informe que estabas redactando no trataba sobre eso? Nada de cifras ni datos, sino tu visión personal, tu verdadera pasión.

—Esa es la idea, pero es difícil plasmarlo en palabras que puedan ser útiles. Los políticos necesitan datos y cifras.

—Vamos a estar aquí un buen rato, y lo único que tenemos para distraernos es un montón de revistas italianas de cotilleos sobre gente de la que nunca he oído hablar —en cambio a Dante podría escucharlo embelesada aunque le recitara la guía telefónica—. Cuéntame tus planes, Dante. Cuéntame por qué amas tanto el barrio.

—Es un barrio de clase trabajadora con un fuerte sentido comunitario. El parque se cerró y, al quedarnos sin zonas verdes,

recuperamos una franja de terreno abandonado junto a las vías. Las fábricas y la fundición ya no están, pero la gente sigue haciendo cosas porque para eso viven. Igual que tú, Angelica. Por eso estás aquí.

—Nada permanece. Todo cambia.

—Pero no hay por qué derribar nada. Si pudieran ver que… —rechazó la idea con un gesto.

—¿Qué les enseñarías? —insistió ella.

—La vida, la música, la gente —animado, le contó su visión de futuro para Isola.

—No creo que esperen veinte años —dijo ella cuando él acabó—. Creo que, si pudieran, te elegirían ahora.

Su comentario le granjeó una de las arrebatadoras sonrisas de Dante.

—Quizá debería contratarte como directora de campaña.

—Quizá.

Las palabras persistieron en el aire, llenas de posibilidades, pero Angelica sabía que Dante no hablaba en serio. Solo era uno de esos comentarios que se hacían sin pensar.

Unos golpes en la puerta los sacaron de su ensimismamiento.

—Espero que no sea otra emergencia —dijo ella. Dante no respondió y fue a abrir. Al cabo de unos minutos regresó con dos vasos de plástico del Café Rosa y una caja con una pizza.

—No llegué a tomarme la cena que me trajiste —dijo. Apartó las revistas de la mesa y abrió la caja para liberar un exquisito olor a tomate, queso y albahaca—. Y tú no disfrutaste de tu descanso. Es una Margarita, sin carne —examinó los vasos—. Este es para ti. Chocolate caliente.

—Posso abbracciarti, Dante? —él se limitó a responder frunciendo el ceño—. ¿He dicho algo malo? —Me has preguntado si podías abrazarme.

—Bueno, has encargado chocolate caliente y mi pizza favorita, ¿qué esperabas?

—agarró una porción para disimular su vergüenza—. Tranquilo. Solo lo decía metafóricamente. —¿Metafóricamente?— ¿eran imaginaciones suyas o Dante parecía decepcionado?. —Tu italiano está mejorando a pasos agigantados.

—Estoy memorizando la guía de conversación que me regaló Sorrel.

—¿Tu hermana?

—La que se casó con un explorador —dio un mordisco a la pizza y gimió de placer—. Está riquísima. ¿Le has enviado un mensaje a Lisa?

—Sabía que estaría preocupada por nosotros. Y pensé que te gustaría tomar algo caliente.

—Acertaste de lleno —se sirvió otra porción y se tomó el

chocolate. Al acabar soltó un gran bostezo.

—Pon los pies en alto y duerme un poco —le sugirió Dante—. El veterinario nos avisará.

En vez de quitarse las botas, Angelica puso una revista en el sofá y apoyó los pies encima. Los dos se quedaron dormidos hasta que llegó el veterinario y les comunicó que la gata estaba fuera de peligro, gracias a la providencial intervención de Angelica, y que al cabo de un par de días podrían llevársela a casa. Dante se lo tradujo todo a Angelica y se levantaron para ir a verla.

Angelica agarró la revista para dejarla en la mesa y entonces se fijó en la portada. Un hombre de edad avanzada con una mujer mucho más joven llegando a una gala. No necesitó leer el titular ni comprobar los nombres para saber quiénes eran.

Era el padre de Dante, justo como ella se lo había imaginado. Alto y apuesto, con el pelo canoso en las sienes. La mujer, rubia y con ojos azules, lucía un vestido azul marino y un collar de diamantes.

Él se giró para ver qué la retenía y le quitó la revista.

—La primera vez que la vi fue en una fiesta que celebraba m padre para darme la bienvenida a Vettori SpA. Estaban los dos juntos, pero yo estaba tan centrado en mí mismo que no me di cuenta de que mi padre estaba enamorado de ella. Incluso más tarde, cuando se casaron, pensé que… —Que lo había hecho para hacerte daño.

—Si hubiera estado más atento… —el dolor se reflejaba en su rostro y Angelica le tocó el brazo para que la mirase a ella en vez de la foto—. Mi padre no dijo nada y dejó que yo me fuese con ella.

—Porque os quería a los dos.

—Tal vez, pero la eligió a ella —rechazado por partida doble. Y, sin embargo, Dante lo había llamado aquella noche para pedirle ayuda. Lo había hecho por ella—. ¿Vamos a ver cómo está nuestra amiga? —sugirió, arrojando la revista al montón de la mesa.

La gata dormía anestesiada. Le habían afeitado gran parte del pelaje para darle puntos, tenía la pata en un cabestrillo y había perdido casi todo el rabo.

—Parece la gata de Frankenstein —comentó él.

—Se recuperará. Cuando vuelva a crecerle el pelo y haya recobrado las fuerzas, volverá a cazar ratones y pájaros y a disfrutar de la vida en libertad.

Dante estaba inmóvil a su lado.

—Mi padre se llevó a Valentina y se casaron en secreto en Las Vegas. Nadie se enteró hasta pasados unos meses.

—Es lógico. La prensa del corazón habría invadido la ciudad y te habría seguido a todas partes, especulando sobre si te habían invitado a la boda.

Él sonrió con sarcasmo.

—Supongo que debería estar agradecido. Su luna de miel se interrumpió bruscamente cuando murió la abuela de Valentina. Su avanzado estado de gestación ocupó la portada de Celebrità.

—Debió de causar conmoción. ¿Fuiste al funeral?

—No. Mi padre me envió un e-mail diciéndome que se habían casado y que esperaban un hijo. Me pidió que me mantuviera al margen y eso hice.

—Hasta esta noche.

Él asintió.

—Y aun así ha respondido a tu llamada.

—Supongo que la estaba esperando —se puso los guantes—.

Cuando le dije que solo quería entrar en las obras para rescatar a un gato sintió un gran alivio.

—Puede que sea él el próximo en llamarte.

—Si no lo hace, lo haré yo —se volvió hacia ella con el rostro desprovisto de cualquier emoción—. ¿Vamos?

Ella se detuvo en el escalón y levantó la mirada hacia el cielo nocturno.

—No hay estrellas.

—Es por culpa de la contaminación lumínica —la agarró del brazo para que no resbalara—. Tienes que subir a las montañas para verlas.

—¿En la nieve? Debe de ser algo mágico.

—¿Te gustaría ir? —le preguntó con una inesperada sonrisa.

A Angelica se le encogió el corazón.

—¿Ahora?

—Tú eres la que siempre habla de aprovechar el momento. Se avecina un frente cálido por el sur. Mañana podría estar lloviendo.

Angelica se imaginó tendida en la nieve, haciendo ángeles con Dante, rodeados por un manto blanco bajo un cielo plagado de estrellas.

Para eso había ido a Italia. En busca de emociones y momentos como aquel. Su madre aprovecharía la ocasión sin pensárselo dos veces y sin importarle las consecuencias.

Pero ella no era su madre.

—Tengo que ver cómo están los gatitos —dijo, hablando igual que su hermana mayor, Elle, la más responsable de todas, quien con solo dieciocho años y una beca concedida, había sacrificado sus ambiciones para quedarse en casa y cuidar de sus hermanas y de su abuela.

—Por supuesto. Pero no le doy mucho crédito al parte meteorológico. La experiencia me dice que vamos a seguir teniendo nieve.

Caminaron en silencio, haciendo crujir la nieve congelada bajo las botas. Dante le había ofrecido algo especial y ella quería darle algo a cambio. Algo que le demostrara que no lo estaba rechazando.

Algo personal. Algo que ella solo compartiera con alguien que… Con alguien en quien confiara.

—Es rubio.

—¿Rubio?

—Querías saber el color natural de mi pelo. Es rubio platino.

—¿En serio?

—Tengo que teñirme las cejas porque si no serían invisibles. Mi padre debía de ser escandinavo.

—Me cuesta imaginarte con el pelo rubio.

—Una vez pensé en dejarme un mechón al natural. Para causar efecto.

—Cara… no te hace falta nada más para causar efecto.

—¿Es un cumplido? Seguro que no… Bueno, el caso es que mi tío Basil me quitó la idea de la cabeza. Dijo que me parecería más a Lily Munster que a Morticia Addams.

—No hay nadie que pueda compararse contigo, Angelica. Eres única.

—¿Única? Eso tampoco sé si es un cumplido, pero lo aceptaré.

—No hace falta que te diga que eres increíble, Angelica Amery. Tienes a Roberto, a Gennaro, a Nic, a Marco y a no sé cuántos hombres más haciendo fila por ti.   Ella se rio y él la apretó contra su costado.

Al llegar se encontraron el café cerrado. Entraron por la puerta trasera y Dante se detuvo en la escalera.

—Ve a decirles a los gatitos que su madre estará con ellos muy pronto. Yo tengo cosas que hacer.

—¿Nunca duermes, Dante?

—No mucho.

Ella levantó sus frías manos y le acarició las ojeras.

—Tienes que relajar la mente antes de irte a la cama.

—¿Y eso cómo se hace?

—Lo primero, apagar el ordenador. Luego, escribir una lista de las cosas que tienes que hacer mañana para no desvelarte intentando recordarlas.

—¿Qué más?

—Darte un baño, pero que el agua no esté demasiado caliente. Tu cuerpo necesita estar fresco para dormir.

Dante se apoyó en la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sigue.

—Pon unas gotas de aceite de lavanda en la almohada y cuando cierres los ojos piensa en todas las cosas buenas que te han pasado hoy.

—¿Cosas buenas? ¿Cómo qué? ¿La visita a la comisaría? ¿Que me hayan endosado dos gatos más y su madre herida? ¿Pasar horas en…?

—No seas tan cascarrabias. Has ayudado a una desconocida que estaba en serios apuros. Has salvado a un gato que habría muerto de no ser por ti. Has hablado con tu padre —le frotó el brazo en un gesto de consuelo y comprensión.

Él miró su mano, blanca, pequeña y con las uñas pintadas de rojo, y no pudo pensar en otra cosa que en abrazarla.

—Piensa en lo buena que estaba la pizza.

Él alzó la vista y vio sus ojos llenos de preocupación.

—¿Eso es todo? —preguntó, rompiendo el contacto.

—No. Deberías pensar en las cosas buenas que harás mañana para que te despiertes feliz y optimista.

—¿Eso también te lo enseñó tu madre?

—Sí… —le brillaron los ojos—. ¿Puedo abrazarte ahora, Dante?

—¿Un abrazo metafórico?

—Creo que te mereces un abrazo real —se acercó y, antes de que él pudiera reaccionar, lo rodeó con sus brazos y apretó la mejilla contra su pecho—. Hoy te has portado muy bien, Dante. Piensa en ello.

Dante cerró los ojos y aspiró el olor de la mujer que había irrumpido en su vida como una fuerza de la naturaleza. Olía a pizza y chocolate, y un atisbo del antiséptico donde se había lavado.

—Puedes abrazarme —murmuró ella—. No te hará daño.

¿Cómo podía estar tan segura? ¿Cómo se podía desear algo con tanta fuerza y al mismo tiempo tener tanto miedo? ¿Qué pasaría si se abandonaba al momento, al deseo de abrazarla y besarla, sin pensar en el pasado ni el futuro?

El riesgo era muy grande, pero, si alguien se merecía un abrazo, era Angelica. La apretó entre sus brazos y la mantuvo pegada a él durante un largo y maravilloso minuto. Pero Angelica se equivocaba al decir que no le haría daño. Porque, cuando finalmente ella se apartó, el dolor fue enorme.

Capítulo 9

«Si se pudiera lamer la puesta de sol, sabría como el helado napolitano».

El libro de los helados de Rosie

El café no abría los domingos y Geli se despertó con el repique de las campanas por toda la ciudad. Dio de comer a los gatitos, recogió las cosas de la limpieza y se preparó una taza de té antes de bajar al taller.

Dante había despejado la habitación y solo quedaban las cajas de Angelica. Lo limpió todo a conciencia antes de instalar las mesas y colgar el tablón de corcho para los retales, fotos y dibujos que pudieran servirle de inspiración.

Tres horas después, todo estaba desempaquetado, las máquinas de coser habían sido comprobadas, el Mac estaba encendido y las cajas vacías habían sido plegadas y apiladas en un rincón, listas para ser usadas de nuevo cuando encontrase un local definitivo, si bien no confiaba en encontrar nada tan ideal como aquel sitio.

Era un espacio fabuloso y Angelica sacó un montón de fotos para enviárselas a sus hermanas, junto a un e-mail explicándoles que había habido un problema con el apartamento alquilado, pero que había encontrado una solución. A lo mejor hasta hacía un muñeco de nieve más tarde.

Elle respondió pidiéndole una foto del muñeco.

Sorrel quería saber cuál era el problema. Era la persona adecuada para discutir con el banco si no le devolvían el dinero, por lo que al día siguiente haría un seguimiento de su caso.

En aquellos momentos solo quería empezar a bosquejar la idea que había tenido al ver los abalorios negros en el mercadillo. Pero, hambrienta y sudorosa como estaba, tendría que esperar hasta haberse duchado y desayunado en condiciones.

Se dirigía hacia el baño cuando Dante, despeinado y en bata, salió de su habitación. A Angelica le dio un vuelco el corazón, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—Angelica… —murmuró con voz adormilada—. ¿Qué hora es?

—Buongiorno, Dante. ¿No has oído el despertador?

Él se pasó una mano por el pelo y la bata se le abrió por el centro, revelando una franja de piel desnuda y salpicada de vello oscuro desde el cuello hasta la cintura.

—No tengo despertador —se apoyó en el marco de la puerta—. No lo necesito.

—¿Ah, no? —le mostró el reloj—. ¿Tenías intención de dormir hasta las diez?

—¿Las diez? Dio… las gotas de lavanda en la almohada son letales.

No solo la lavanda era letal. En bata, Dante Vettori era un serio peligro para su corazón, su cabeza y el resto de su cuerpo.

—Anoche te acostaste muy tarde —le recordó.

—Tú también, pero no parece que a ti te haya afectado —alargó el brazo y ella se encogió nerviosamente cuando le quitó una telaraña del pelo—. ¿Qué has estado haciendo?

—Limpiando el almacén —apartó la mirada y se sacudió el polvo del hombro—. Quería preparar mis cosas para empezar a trabajar —debería moverse, pero la orden no parecía pasar de las rodillas—. Dame diez minutos para lavarme y prepararé el desayuno.

—Diez minutos —Dante volvió a encerrarse en el cuarto y Angelica tuvo que apoyarse en la pared para recuperar el aliento. Pero apenas había conseguido calmarse cuando él volvió a abrir la puerta—. Seguí tu consejo e hice una lista.

—Muy bien hecho —dijo ella, impresionada—. Parece que fue de gran ayuda.

—Eso está por ver. Un punto te concierne a ti.

—¿A mí?

—No vas a irte.

—¿No? —el corazón se le desbocó en el pecho. Dante quería que se quedara… Pero entonces la golpeó la realidad—. ¿Lisa ha cambiado de idea sobre lo de llevarse a Giovanni a la boda?

—No. Ya se han marchado.

—Ah, muy bien. Por ellos, quiero decir —añadió para no hacerle pensar que su única preocupación era no tener a donde ir.

—Esperemos que sí, pero mientras tanto vas a estar aquí todo el día, trabajando en el bar o en tus diseños, por lo que no podrás estar yendo y viniendo para ocuparte de una gata herida y sus gatitos.

—¿Es necesario que los traslademos? Tú mismo acabas de decir que estaré aquí todo el día, y tú estarás por la noche.

—No siempre. Esta semana tengo que ir a Roma a presentar el informe, y me gustaría acompañarlo de un DVD.

—¿Por aquello de que una imagen vale más que mil palabras?

—He pensado grabar un vídeo donde se vea el festival de jazz veraniego, los almuerzos colectivos en el parque, los proyectos verdes

y el arte urbano.

—No está mal para empezar, pero necesitarás gente. Rostros conocidos, personajes.

—Quiero intercalar entrevistas a la gente del barrio. No solo los viejos que siempre han vivido aquí, sino también los jóvenes que se han dejado seducir por este lugar. Como tú, por ejemplo.

—¿Yo?

—Tu pasión es contagiosa. Y eres única para atraer la atención.

—Ah, entiendo. Seré la chica despampanante que haga babear a los viejos.

—No solo a los viejos. En cualquier caso, lo dejaremos para la semana que viene. Ahora estaba hablando de los gatos. Será mucho más sencillo si tú te quedas aquí y yo me instalo en el piso de Lisa.

—¿Tú? ¿De verdad es necesario?

—Cara… —levantó una mano y le rozó la mejilla. La reacción corporal de Angelica fue toda la respuesta que necesitaba. Pues claro que era necesario. Ella estaría allí, en el espacio vital de Dante, día y noche, trabajando en el café u ocupada con sus diseños.

Dante no intentaría negar la química que ardía entre ambos cada vez que se encontraban en la misma habitación, pero había dejado muy claro que, por intensa que fuera la atracción mutua, aún no había superado el abandono de Valentina.

Fuera como fuera, en esos momentos estaba allí, apoyado en la puerta, cruzado de brazos y enteramente despierto a pesar de su soñolienta expresión.

Seguramente, ella le haría un favor si le desataba el cinturón de la bata y lo llevaba hasta el borde del precipicio. Así podría culparla a ella de su «caída».

No tendría que empujar muy fuerte. Dante lo deseaba tanto como ella y partía en desventaja. En cuanto le tocara la piel desnuda su resistencia caería al suelo más rápido que la bata, y ninguno de los dos pensaría en otra cosa que desnudarse mutuamente. Pero luego él se sentiría culpable y la situación se volvería insoportablemente incómoda. Porque Angelica no solo quería su cuerpo, por apetitoso que fuera. Lo quería todo de Dante Vettori.

—¿Sabrás arreglártelas con el pez de Lisa? —le preguntó para salir de la zona de peligro.

—¿Te estás burlando de mí, signora Amery?

—De ningún modo, signor Vettori —se estaba burlando de sí misma.

Había ido a Isola en busca de libertad artística y emocional. Marco, tan apuesto y seductor, habría sido perfecto para una aventura sexual sin complicaciones. Incluso el galante Gennaro. El destino le había jugado una mala pasada haciendo que se encontrara con Dante Vettori

el primer día.

—Si me disculpas, tengo que limpiar la arena de los gatos.

Dante cerró la puerta y se apoyó de espaldas contra la hoja. La noche anterior había hecho todo lo que Angelica le había sugerido para conciliar el sueño. Contrariamente a lo que se esperaba, no le había costado nada recordar una docena de buenos momentos vividos durante el día…

El momento en que la había visto en el café por la mañana y había sentido la misma reacción de infarto que la noche anterior. Cuando evitaba mirarla a los ojos mientras todos los hombres de la comisaría le hacían la corte. El peso de su cuerpo al quedarse dormida en la sala de espera de la clínica veterinaria…

Y luego había pensado en todas las cosas buenas que haría al día siguiente y así despertarse feliz y contento.

Desayunaría con Angelica. Le expondría sus ideas para el reportaje. Llamaría al veterinario sabiendo que Angelica estaría preocupada por la gata. Después saldrían a comer y él le enseñaría la catedral y el Cuadrilátero de oro de la moda. Y por último cenarían frente a la chimenea y se acostarían. ¿Juntos o por separado?

Se habría despertado muy feliz si al abrir los ojos la hubiera encontrado a su lado, con su suave pelo negro derramado sobre la almohada y sus carnosos labios invitándolo a despertarla con un beso.

Apretó el puño para intentar borrar la huella que su piel le había dejado en los dedos y olvidar el rubor que había coloreado sus mejillas y oscurecido sus ojos, delatándola a pesar de su intento por protegerse con las palabras. Los dos sabían que solo tenía que tocarla para que acabase en sus brazos.

Así había sido desde el primer momento, la primera mirada, el primer beso. Para los románticos sería amor a primera vista, pero no era más que el resultado de una química ancestral y la necesidad común a todos los animales para procrearse. El reconocimiento de una hembra fértil que engendrara vástagos fuertes y sanos y preservara los genes de la especie.

Igual que había ocurrido con Valentina. Al verla en la fiesta de bienvenida, de pie junto a su padre, había sucumbido al instinto cavernícola.

Aún seguía conmocionado por el rechazo, pero dijera lo que dijera Lisa, y por muy fuerte que fuese la tentación, no se valdría de Angelica como remedio.

Rápidamente hizo la maleta con todo lo que necesitaría durante la próxima semana y se dio una ducha. Un espresso, una rápida comprobación de la caldera y se marcharía.

Cuando abrió la puerta del dormitorio se detuvo en seco al percibir el delicioso olor que llegaba de la cocina.

—Desayuno inglés —dijo tras dejar la maleta en el vestíbulo—.

Me recuerda los días en que mi madre alquilaba una casa en Wimbledon. Aquellas mañanas de domingo en que todo el mundo sacaba a pasear a sus perros por el Common.

—Está muy bien desayunar con bollos y cruasanes —dijo Angelica, ocupada en girar lonchas de beicon en una sartén—. Pero es mejor comenzar el día con algo más sustancioso.

—He visto que has comprado copos de avena.

—La avena es para el resto de la semana. El domingo se desayuna uovi strapazzati, pancetta e pane tostato. Por desgracia, no puedo ofrecerte marmellata. Me olvidé de comprarla cuando estuve en la tienda.

—¿Huevos, beicon y tostadas con mermelada? Creía que buscabas nuevas experiencias, no aferrarte a lo tradicional.

—Cállate y prepara el café mientras friego la sartén. Y luego puedes hablarme de esa heladería que quieres que diseñe.

Angelica demostraba una actitud dinámica, profesional y distante que debería hacer más llevadera la íntima situación en la que se encontraban. Pero no era así.

—¿Estás lista para empezar? —se concentró en preparar el espresso, pero seguía sintiéndola a pocos pasos—. ¿No dijiste que querías abrirla para la primavera?

—Sí, así es. Tengo una habitación sin usar, y cuanto más lo pienso, más me convence la idea. Le echaremos un vistazo después de desayunar, si tienes tiempo.

«Desayunar». Hasta esa palabra hacía saltar todas las alarmas.

—¿Qué te parece? —Dante se echó a un lado y Geli entró en una gran habitación cuadrada con cristaleras que daban a un patio cubierto de nieve. Le había advertido que la calefacción no estaría encendida y ella se alegró de llevar un cárdigan y una bufanda.

Con una gata herida y tres gatitos a los que cuidar, una heladería que diseñar, una atracción tan irresistible como inapropiada hacia un hombre anclado en el pasado y un tiempo frío y desapacible, Geli se preguntó por qué demonios había ido a Italia.

Se acercó a la ventana y vio un árbol pelado, un emparrado congelado, mesas y sillas y un pequeño escenario en una esquina, todo cubierto por un manto de nieve inmaculado.

Dante se acercó a ella.

—En días como este parece muy deprimente, pero en verano…

—Me lo imagino —la nieve se derretiría, las parras florecerían, los

gatitos encontrarían un hogar y diseñar una heladería sería un precio muy bajo a cambio de tener un taller. Encontraría un lugar para vivir y Dante… Tal vez el corazón dejara de darle vuelcos cada vez que lo veía.

Mientras, tenía que alegrar aquel lugar tan deprimente.

Dibujó un cuadrado en el bloc y sacó una cinta métrica.

—¿Me ayudas a tomar las medidas?

Él sostuvo el extremo mientras ella medía la longitud, la anchura y la altura de la habitación. Anotó las medidas y añadió la posición de puertas, ventanas, iluminación y enchufes.

—¿Has pensado en el color?

—Cualquier cosa menos rosa.

—¿Qué te parece una gama cromática que oscile entre el verde oscuro y el café? Unirá las dos partes y lucirá muy bien en verano. Se pueden añadir toques de color y llenar el patio de macetas.

—No se parece en nada a los diseños que me enseñaste. Es mucho más sofisticado.

—Tienes razón. Me pasa siempre que veo un local vacío y lleno de posibilidades. Si tuviera que hacer esto en una concurrida calle del Reino Unido usaría colores brillantes para llamar la atención. Con coches estadounidenses de los años cincuenta, un dispensador de refrescos antiguo y una máquina de discos. Pero tienes música en vivo e Italia cuenta con una industria automovilística de primer orden.

—La máquina de discos me parece bien. Podemos apagarla cuando tengamos música en vivo.

—Está bien, pero tienes que pensar en el tipo de clientela que quieres atraer. La combinación de helados y pop de los años cincuenta no les resultará muy atractiva a los jóvenes que busquen un sitio para pasar el rato. Casi todos nuestros clientes en el Reino Unido son familias con niños y mujeres que se reúnen para charlar.

—¿Y los que vienen solos?

—Esos piden los helados para llevar.

—Entiendo.

—¿Tienes dudas?

—No. Como negocio de día y de tarde veo muchas posibilidades, pero tienes razón. Hay que adaptarlo a lo que busca la gente.

—Deberías darme un presupuesto aproximado. ¿Estás pensando en un Ferrari o en un Fiat 500?

—No lo había pensado.

—Eres mi cliente ideal —dijo ella con una sonrisa.

—Enséñame lo que tienes y así tendré una idea aproximada de lo que va a costar —volvió al vestíbulo, donde había dejado las bolsas.

—Lo más costoso será el escaparate refrigerado, la máquina de discos y los muebles, dependiendo del estilo que busques —miró

alrededor, imaginándose el local en una tarde de verano, con las cristaleras abiertas y un grupo de música en el escenario—. Habrá que cambiar la instalación eléctrica y restaurar el suelo.

—Voy a tener que vender muchos helados para pagar todo eso.

—Haré un diseño en el programa CAD para que le eches un vistazo.

—Estupendo. Dame tu bolígrafo.

Ella se lo dio y él anotó algo en el bloc. Se acercó tanto que Angelica vio una cana semioculta en su espeso cabello oscuro.

—Este es mi correo electrónico —alzó la vista y la sorprendió mirando—. Envíame tus ideas. Será un soplo de aire fresco entre tanta política. ¿Algo más?

«Sí…».

—No.

Él asintió.

—En ese caso, te dejaré tranquila.

Era más probable que una gallina pusiera un huevo cuadrado que ella pudiera estar tranquila. Mientras él dormía como un tronco, ella se había pasado la noche dando vueltas en la cama.

—Tienes mi número. Llámame si hay algún problema —se puso el abrigo y los guantes, pero no encontró lo que buscaba en los bolsillos —. Vaya, he olvidado mi bufanda en la clínica veterinaria.

La carísima bufanda de cachemira con la que había envuelto a la gata. Sin dudarlo, Angelica se quitó la bufanda y se la pasó alrededor del cuello.

—Toma. Llévate esta.

Él abrió la boca para protestar, pero pareció pensárselo mejor.

—Gracias. Más tarde llamaré al veterinario para preguntarle por la gata. Suelo tener el móvil apagado cuando estoy trabajando, pero puedes dejarme un mensaje. ¿Sabes cómo activar la alarma? El personal de la cocina la desactivará cuando llegue.

—Lisa me lo explicó. Matteo se ha quedado a cargo de todo mientras ella está fuera. Empiezo a las siete de la mañana, y si trabajo en el turno de noche me quedo hasta que todos se van a casa.

—Seguramente cerraréis temprano. La gente no se anima a salir con este tiempo.

—Muy sensato por su parte, pero no tan bueno para el negocio — él no se movió—. ¿Vendrás para desayunar?

—Si tengo tiempo.

—¿Qué te parece si le sugiero al cocinero que añada crema de avena al menú? Con fruta, miel y Marsala para entrar en calor antes de ponerte a grabar.

—Buena idea —Dante agarró el pomo de la puerta—.

¿Participarás en el documental?

—Si sirve de algo… ¿Quieres que hable en inglés o en italiano?

—En los dos idiomas. Lo que te salga de manera natural. Nada refinado ni ensayado. Solo tú.

—Eso es fácil —Angelica sonrió—. Necesitarás un editor para el montaje.

—No quiero un vídeo profesional. Quiero algo auténtico, de la calle.

—¿Por qué no contratas a algún estudiante? ¿No hay facultad de Ciencias de la Comunicación en Milán?

—Otra gran idea.

—Tengo muchas buenas ideas —le aseguró ella—. Por ejemplo, ¿conoces a alguien en la televisión local? —la pregunta pareció sorprender a Dante—. Se trata de una parte histórica de la ciudad que lucha por conservar su identidad. Es el tipo de cosas que se emiten en horario de máxima audiencia.

—Supongo —no parecía muy entusiasmado y ella no insistió.

—Está bien, ¿y la prensa? ¿Las redes sociales? Los políticos las usan para dirigirse a sus votantes y darse a conocer, pero es una vía de doble sentido. Puedes usarlas para dirigirte a ellos. Sube el documental a YouTube, introduce un link en sus cuentas de Facebook y de Twitter para que todos puedan compartirlo y hacer comentarios —él seguía mirándola como si tuviera dos cabezas—. Me encargué de promocionar a Rosie, nuestra furgoneta de helados, y aprendí muchísimo. Sobre todo la obstinación de los medios por buscar historias que publicar.

—Lo siento. Evidentemente, tienes razón. Lo pensaré.

Por unos instantes ninguno dijo nada.

—Angelica…

—Dante…   —¿Qué?

—Deberías irte. El pez se sentirá muy solo.

Capítulo 10

«Olvídate de la ciencia. Confía solo en los helados».

El libro de los helados de Rosie

Dante dejó la bolsa y el ordenador en el asiento del coche y se abrió el cuello del abrigo para tocar la bufanda que Angelica le había puesto.

Tenía otras bufandas y había estado a punto de decírselo, pero aquella estaba impregnada del calor y el olor de Angelica y Dante se la llevó a la nariz para aspirar profundamente. No había olor como el suyo. Un olor único y especial.

Un olor que lo hacía sonreír.

Geli se sentó ante el ordenador, introdujo las dimensiones de la habitación en el programa CAD y empezó a buscar en las cajas las telas y los colores para crear un collage de ideas.

Dante llamó y le dejó un mensaje diciéndole que Mamá Gata estaba recuperándose y que iría a recogerla el lunes por la mañana.

Cuando Geli se sorprendió escuchando el mensaje por décima vez, se decidió a borrarlo y siguió buscando las palabras italianas para «escaparate refrigerado» y «máquina de discos». Su guía de conversación no daba para tanto y sería la excusa perfecta para llamar a Dante, pero se obligó a no flaquear y finalmente encontró lo que buscaba.

Aquella noche probaría su propia medicina y haría una lista con todas las cosas buenas que le habían pasado durante el día. Le bastaría con una sola: Dante la había tocado.

Y eso no era precisamente bueno.

—Yo me ocupo —dijo Matteo cuando Angelica se disponía a hacer otro espresso—. Dante se ha llevado a la gata arriba y quiere saber qué hacer con ella.

—Bien. Enseguida vuelvo —se quitó el delantal y subió los escalones de dos en dos. Vio una jaula para gatos en la cocina, pero ni rastro de Dante.

Se acuclilló y miró a la gata a través de la reja.

—Oh, pobrecita. ¿Quieres que te lleve con tus pequeños?

—El veterinario le ha recetado antibióticos.

Angelica levantó la mirada. Dante llevaba un traje oscuro, corbata de seda y un elegante abrigo largo. Parecía el hombre destinado a dirigir la empresa de su familia. Solo le faltaba la bufanda de cachemira roja, sustituida por la bufanda negra que la abuela de Angelica había tejido a mano.

—Una pastilla por la mañana hasta acabar la caja. Ya se ha tomado la dosis de hoy.

—Cuidaré de ella. ¿Te vas ahora a Roma?

—Tengo un taxi esperando. ¿Devolverás la jaula al veterinario?

—Claro.

—Te hará falta tu bufanda —empezó a quitársela, pero ella lo detuvo.

—No. Hace frío y yo tengo otras.

—De acuerdo. Gracias —se sacó una llave del bolsillo y la dejó en la mesa—. Es la llave de casa de Lisa. Las luces están en un contador y he programado la calefacción para que esté permanentemente al mínimo, pero el pececito de colores se sentirá muy solo.

—Me ocuparé de él. Y ahora vete… Arrivederci e buon viaggio!

Él sonrió y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Arrivederci, cara. Cuídate.

«Cara…».

No significaba nada. Los italianos siempre usaban aquel apelativo. Comerciantes, camareros, clientes, todos la llamaban así. Pero mientras observaba a Mamá Gata lamiendo a sus gatitos se dio cuenta de lo que Dante había dicho.

«El pececito de colores se sentirá muy solo…».

Había dejado de nevar, pero la temperatura seguía por debajo de los cero grados. Dante tenía razón: una vez que la gente volviera a sus casas por la noche nada los animaría a salir de nuevo.

Las mañanas, en cambio, eran siempre frenéticas. Geli servía espressos y cruasanes sin parar hasta que acababa su turno a las nueve. El dinero de las propinas le habría sido muy útil, pero sin más distracciones se empeñó en incordiar al banco hasta conseguir lo que quería. Así apenas tenía tiempo para pensar en Dante.

Pero sí que pensó en él cuando la sorprendió con un mensaje y una foto del Coliseo nevado para mostrarle que la ola de frío polar llegaba

hasta Roma.

Ella le respondió con una foto de Mamá Gata lamiendo a los gatitos. Volvió a pensar en él más tarde, cuando la enfermera del veterinario se pasó por el café para devolverle la bufanda, manchada de sangre y barro y absolutamente inservible. Geli no le dio la mala noticia hasta el día siguiente, cuando le envió las fotos de su collage de ideas para la heladería. Dante escogió la opción que más le gustaba a Angelica: paredes verde oscuro, mobiliario blanco y una máquina de discos roja. Era el diseño más sencillo, ecléctico y económico, y también el que ofrecía más posibilidades.

Por suerte, no hizo ningún comentario sobre la malparada bufanda.

El martes fue al mercado y le compró más abalorios a Livia. Examinó una madeja de lana de cachemira del mismo color escarlata que la bufanda, pero la dejó y compró media docena de ovillos rojo oscuro, igual que sus uñas.

Dante, obviamente harto de esperar que lo recibiera algún pez gordo, le envió un mensaje preguntándole cómo estaba la gata. Ella le mandó una foto de Mamá Gata y abrió una nueva página en Facebook donde publicó las fotos y la historia de los gatitos.

Dante escribió un comentario a los pocos minutos.

Me quedó con el negro.

¿El negro? ¿Sería una referencia velada a ella?

Es hembra, le respondió. Y es toda tuya.

Dante se echó a reír al ver el vídeo de los gatitos que Angelica había publicado en Facebook, sobre todo cuando uno de ellos intentaba atrapar la hebra de lana y se quedaba dormido a mitad del salto. Sus risas le granjearon una severa mirada de la secretaria del ministro.

De fondo podía oír la voz de Angelica: «¡Tira, tira!», y la risa de un hombre.

¿Quién estaba tirando de la lana? ¿Marco, Nic, Gennaro…?

Se dijo que no tenía por qué importarle. Pero le importaba. Y mucho. Se había pateado una docena de oficinas desde que llegó a Roma, se había reunido con altos cargos del Gobierno y lo único que le importaba eran los mensajes y fotos que le mandaba Angelica: el selfie que se había hecho con Livia, los abalorios que había comprado, un cuenco de crema de avena con fruta y miel, los ovillos de lana con los que le estaba tejiendo una bufanda para reemplazar a la que se había echado a perder… Pero no le había dicho ni una palabra del amante de los gatos.

Guardó el móvil y se levantó.

—Por favor, transmítale mis disculpas al ministro —agarró la bolsa del portátil y se dirigió hacia la puerta.

—¿Se marcha? —preguntó la secretaria, horrorizada—. Pero tiene una cita con el señor ministro.

—Tenía una cita hace una hora, y ahora tengo otro compromiso.

—Pero…

Dante salió del ministerio y se detuvo en los escalones para respirar hondo y ponerse los guantes y la bufanda de Angelica. Se había pasado cuatro días esperando que lo recibieran y sin conseguir nada. No le sorprendía. Había sabido que era un viaje en balde y aun así lo había hecho.

Malgastando su tiempo.

Huyendo de lo verdaderamente importante. Huyendo de lo que sentía por Angelica Amery.

El jueves por la noche, Geli estaba tejiendo la bufanda mientras escuchaba una lección de italiano cuando oyó unos golpes en la puerta. Miró el reloj. Abajo estarían limpiando y sería Matteo llevándole las sobras de las tartas.

Apagó el iPod, clavó las agujas en la lana y fue a abrir.

La sonrisa de bienvenida se congeló en su rostro. El corazón casi se le salió del pecho y las rodillas se le volvieron de gelatina, como siempre le ocurría.

—Dante… has vuelto —dijo como una tonta.

—A pesar del tiempo y los denodados esfuerzos de la compañía aérea por mantenerme otra noche en Roma —dijo él—. Me encontré a Matteo mientras subía con esto —señaló la bandeja que portaba, pero no entró, a pesar de que ella se había apartado—. ¿Hay algo que deba saber?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella sin entender. Pero entonces supo lo que estaba insinuando. ¿De verdad creía que Matteo y ella…? —. ¿No le dijiste que subiera todos los días a ver cómo estaba antes de irse a casa? —le recordó con el ceño fruncido, alargando el brazo hacia la bandeja—. ¿Tarta de queso?

—No —contestó él, alejándola de su alcance—. Es tarta de chocolate. Y no, no le dije que subiera a molestarte.

¡De verdad creía que ella estaba tonteando con Matteo! Su enfado era absurdo, habiéndole dejado claro que no cedería a la innegable atracción que había entre ellos, pero sus celos le desataron a Geli una oleada de calor en el pecho.

—No me estaba molestando —se dirigió hacia la cocina, dejando que él decidiera si la seguía o no—. Todo lo contrario. ¿Hay suficiente tarta para los dos?

Sacó un par de tenedores y oyó el ruido de la bandeja contra la mesa. Pero, cuando se disponía a sacar dos platos, Dante le agarró la muñeca y la hizo girarse hacia él.

—¿Era Matteo el que tiraba de la lana?

Ella no fingió que no sabía de lo que le estaba hablando y le sostuvo la mirada.

—No tenías que volver de Roma para preguntarme eso. Podrías haberme mandado un mensaje.

Él la agarró con más fuerza.

—¿Cuál habría sido tu respuesta? —la intensidad de su mirada la habría aterrorizado de no ser porque le abrasaba el corazón. A Dante le importaba…

—Que Matteo me trae tarta todas las noches como excusa para jugar con los gatitos.

—¿Los gatitos? —repitió él, confuso—. ¿Por qué iba a fijarse alguien en los gatitos contigo aquí?

Ella se pegó a él para ocultar una enorme sonrisa.

—Le encantan.

—Ese hombre es tonto.

—No. Va a quedarse con uno, o quizá con dos, cuando crezcan un poco.

—El negro no —su expresión se suavizó, y esa vez no hubo ninguna duda sobre lo que quería decir—. Mole no.

—Molly. Es hembra —le temblaban las piernas—. Te lo dije, Dante. Es toda tuya —tenía que cambiar de tema urgentemente—. ¿Te gusta la tarta de chocolate?

—Me gusta esto —le quitó los tenedores, los dejó tras ella en la encimera y tomó su rostro entre las manos para besarla. Fue un beso delicado y suave que dejó a Geli flotando en una nube de sensaciones y promesas, con todo su cuerpo repicando como las campanas del domingo—. No he dejado de pensar en ti, Angelica Amery. En todas las cosas que voy a hacer contigo.

Ya estaba bien de tanta charla… Geli intentó desabrocharle el abrigo, pero él la detuvo.

—Llevas demasiada ropa.

—No para lo que tenemos que hacer.

—Pero…

—Es una cita. He llamado a tu puerta y voy a llevarte a ver las estrellas. Cenaremos, hablaremos y en algún momento de la velada te tomaré de la mano.

—¿Solo de la mano?

—Es nuestra primera cita. Son tus reglas.

—No. Yo solo… —él la hizo callar con un dedo en los labios. Y, en realidad, ella no sabía qué decir. ¿Por qué una cita de verdad, a la

antigua usanza, la asustaba tanto si siempre se había quejado de que los hombres solo la vieran como una oportunidad de tener sexo fácil?

—No puede ser solo sexo, Angelica.

Ella tragó saliva.

—¿No? —¿podía leerle el pensamiento? Angelica había creído estar en serios apuros al descubrir que no tenía casa ni dinero, pero aquellos problemas no podían compararse con el riesgo que se le presentaba.

—No —la mano de Dante en su mejilla prendió una llamarada por todo su cuerpo—. Lo he aprendido por las malas. Tiene que haber algo más para que dos personas superen los obstáculos que la vida nos pone por delante y sobrevivan a los golpes e infortunios.

—Me parece un poco excesivo hablar de eso en una primera cita, Dante.

—Lo sé, pero si no empezamos con las expectativas más altas siempre se quedará como un compromiso. ¿Te parece bien eso?

Angelica no sabía qué responder. Dante había sido brutalmente sincero desde el principio y ella también había intentado serlo. Pero se trataba de hurgar en sus más profundas heridas.

—¿Quieres la verdad?

—Yo siempre te he contado la verdad —le recordó él.

—Cierto, incluso cuando hacía daño. Pues la verdad es que me da muchísimo miedo.

—¿Quieres contarme por qué?

—Me he pasado toda mi vida perdiendo a personas. Mi padre, la mitad de lo que soy, desapareció sin dejar rastro. Ningún nombre, ninguna foto… solo un espacio vacío.

—¿Tu madre no te contó nada de él?

—No, y mientras estuvo con nosotras no me importó porque llenaba nuestras vidas. Pero cuando murió…   Él la abrazó.

—Te diste cuenta de que nunca sabrías quién era tu padre. Que los habías perdido a ambos.

—Entonces apareció Martin Crayshaw, obviamente no era su verdadero nombre, y por un tiempo fue todo lo que un padre ideal debería ser, hasta que nos lo arrebató todo y se esfumó sin despedirse siquiera.

—¿La policía nunca lo atrapó?

—Mi abuela sufría un colapso nervioso y Elle, mi hermana mayor, solo tenía dieciocho años. Tenía miedo de que las autoridades nos mandaran a Sorrel y a mí a un orfanato si descubrían lo sucedido.

—¿Quieres decir que no lo denunció? —ella negó con la cabeza—. ¿Cómo está ahora tu abuela?

—Mejor. Mucho mejor. La llegada del tío Basil fue providencial. La cuida mejor que nadie y se quieren mucho.

—Y tus hermanas se casaron y tuvieron hijos.

—Me alegro mucho por ellas. Se casaron con hombres maravillosos y adoro a mis sobrinos, pero es como si a mí me hubieran dejado atrás.

—No, Angelica. Simplemente continuaron con sus vidas —la besó en el pelo—. Las relaciones cambian. Cuando mi madre empezó una nueva vida y una nueva familia, yo me lo tomé muy mal… Una de las cosas que incluí en la lista que me sugeriste fue llamarla.

Ella se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿En serio?

—Tuvimos una larga conversación y aclaramos muchas cosas.

—Limpiando el terreno para volver a sembrar.

—Sabía que lo entenderías —le apartó el pelo de la cara—. Le hablé de ti y de tus planes. De la primera vez que te vi, de tu abrigo cubierto de nieve, de cómo parecías la princesa de uno de esos cuentos que ella me leía cuando era niño. De la inesperada aparición de Rattino. Eso la hizo reír mucho. Dijo que le hubiera gustado estar ahí para verlo.

—Umm… Supongo que es una de esas experiencias que mejoran con la perspectiva del tiempo.

—La clase de cosas que les contarás a tus nietos cuando te pregunten cómo nos conocimos.

¿Nietos? Solo estaban en su primera cita…

—Y le dije que estabas tejiéndome una bufanda para reemplazar la que ella me envió por Navidad, que se había echado a perder al rescatar a la madre de Rattino.

—¿Tu madre te regaló esa bufanda?

—Sí. ¿Acaso creías que me pondría algo que me hubiera regalado Valentina?

—Era… era una bufanda preciosa.

—Sí que lo era.

—Ahora sí que me siento fatal. Aunque debo confesarte que me gustó tirarla a la basura.

Él se echó a reír.

—Mi madre me dijo que parecías un buen partido.

—Ella no me conoce, Dante. Y tú tampoco sabes casi nada de mí.

—Me gusta lo que he visto hasta ahora.

—Ídem —respondió ella—. Me alegra que hayas hablado con ella.

—Tengo que darte las gracias por ello. Y te diré algo más… lo más difícil fue agarrar el teléfono.

—¿Estás diciendo que también yo tengo que arriesgarme a dar el salto?

—Es solo una cita, Angelica.

—No, no lo es —los dos sabían que era mucho más que eso—.

Ambos arrastramos una carga emocional. Deberíamos empezar con algo menos intenso.

—Estoy haciendo lo que puedo.

—No está dando muy buen resultado, pero si hay que elegir entre quedarme aquí tejiendo una bufanda o contemplar las estrellas tomados de la mano… —¿Ganarían las estrellas?

—Me quedó con estar de la mano. Las estrellas son un plus.

—En tal caso, creo que deberíamos salir de aquí antes de que olvide mis buenas intenciones. Ve a por algo de abrigo mientras yo le digo a Matteo que esta noche tiene que cuidar a los gatitos.

Capítulo 11

«El amor es como un sundae cubierto de chocolate, y el sexo es la cereza que se pone en lo alto».

El libro de los helados de Rosie

Ninguno habló mientras Dante salía de la ciudad. Dante estaba concentrado al volante, pues conducir en Italia no era algo que pudiera tomarse a la ligera, y Geli pensaba en el cambio que había experimentado su relación y se preguntaba qué había sucedido en Roma… —¿Adónde vamos?

—¿Eso importa?

—Lo único que importa es que voy contigo.

Él alargó el brazo y le apretó ligeramente la mano mientras salía de la autopista para empezar la subida a las montañas.

Al cabo de un rato, las luces de un pueblo aparecieron sobre ellos, pero Dante detuvo el coche antes de llegar en un mirador.

—Espera —rodeó el vehículo y la ayudó a bajar, y la mantuvo sujeta del brazo mientras se acercaban a la barrera para contemplar el valle.

No había luna, pero la Vía Láctea brillaba con fuerza y se reflejaba en la oscura superficie de un lago.

—¿Qué lago es ese? —preguntó Geli—. ¿El lago Como?

—No, es el lago de Idro. Es el lago que se encuentra a mayor altura, pero es muy pequeño. No hay embarcaciones de recreo para los turistas ni casas de famosos. Es muy conocido por los deportes acuáticos.

—Pero no con este tiempo. La nieve llega hasta la orilla. Creía que los lagos tenían un clima más templado.

—No en febrero. Estos lagos se han helado en varios inviernos.

—Eso no lo dicen en las guías turísticas.

—Quizá porque nos gusta mantener el secreto. Hay algo mágico en estar en un jacuzzi con temperaturas bajo cero.

—¿Es eso lo que tienes pensado?

—¿En nuestra primera cita? Te acompañaré hasta tu puerta y tal vez, si tengo suerte, habrás disfrutado lo suficiente para arriesgarte a

una segunda.

Geli estaba más que dispuesta a arriesgarse, y lo del jacuzzi sonaba muy tentador, pero siempre se había quejado de que los hombres ya no cortejaban a las mujeres como era debido.

—Si vamos a comportarnos como críos, es hora de hacer ángeles de nieve —lo agarró de la mano y tiró de él hacia una suave pendiente de nieve intacta—. Tirados en el suelo será aún más bonito ver las estrellas.

Se arrojó sobre la nieve y empezó a agitar brazos y piernas para formar un ángel mientras Dante la miraba en silencio.

—Si no lo haces tú también me voy a sentir ridícula —le advirtió ella—. Y además me estás tapando las estrellas.

—Me encanta mirarte.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Qué te ha pasado en Roma, Dante?

—Nada. O quizá todo. Durante muchos meses solo he vivido con la cabeza anclada en el pasado, pero en Roma solo podía pensar en ti. En lo que disfrutaba recibiendo tus mensajes y en lo mucho que deseaba tenerte allí conmigo.

—Y, sin embargo, estás ahí de pie y yo estoy en el suelo —le tendió la mano—. Vamos. Es mucho más divertido si lo hacemos juntos.

Él aceptó su mano y se tendió junto a ella. Geli quiso decirle que lo realmente mágico era hacer cada uno su propio ángel, pero apretó con fuerza los labios. Dante la había echado de menos. Estaban los dos juntos en la nieve, contemplando las estrellas, y él la agarraba de la mano. Ya era suficiente magia por el momento.

—¿Conoces las constelaciones? —le preguntó ella.

—Algunas —estuvieron un rato tendidos, señalando las estrellas que reconocían, hasta que el frío los acució a moverse. Condujeron hasta la estación de esquí que había más arriba, y en un animado restaurante frecuentado por esquiadores compartieron unos deliciosos antipasti de verduras y un risotto alla pescatora con gambas y calamares, para acabar con helado y espresso.

—Ni carne ni alcohol —dijo Geli—. Debo de ser una cita difícil.

—Nunca bebo cuando conduzco, y habría elegido el risotto aunque hubiera estado solo. ¿Estás libre mañana?

—Las reglas del cortejo dicen que no debería ponértelo tan fácil. Si te digo que sí daré una imagen desesperada.

—Igual que yo al preguntártelo, pero esto no puede esperar a la semana que viene. Una prestigiosa marca de ropa me ha invitado a una fiesta de la Semana de la Moda. Mañana.

—¿Me tomas el pelo? —la Semana de la Moda de Milán era uno de los eventos más importantes del panorama internacional. Recibir una

invitación era un privilegio reservado a unos pocos.

—Seguramente, me confundieron con mi padre. Dante, Daniele…

—¿Crees que tu padre se sentirá menospreciado?

—No se dará cuenta. Valentina presenta un programa en la televisión y siempre la invitan a todos los actos y celebraciones.

—Ah… No tenía ni idea. ¿Y estará allí? ¿Con tu padre?

—Seguramente, pero esto no tiene nada que ver con ellos. Te lo estoy preguntando a ti. ¿Quieres venir como mi acompañante? —al decirle de quién había recibido la invitación, Geli se quedó boquiabierta y sin saber qué decir—. Lo tomaré como un «sí».

—No…

—¿No?

—No tienes que hacer esto por mí.

—Está casada con mi padre, Angelica. Si él y yo vamos a tener relación tendremos que superar muchas cosas. Pero tienes razón. Quizá lo que te estoy pidiendo es si harías esto por mí.

—¿Quieres que te cubra las espaldas?

—No, Angelica. Quiero que estés a mi lado en todo momento —se inclinó sobre la mesa y la besó.

Sabía a café y helado de pistacho, pero el beso fue tan breve como todos los que habían compartido. Y ella ya había esperado demasiado tiempo…

—Dante… ¿te das cuenta de que esta no es nuestra primera cita?

—¿No?

—¿No te acuerdas? Ya tuvimos una cita cuando nos quedamos levantados una noche intercambiando historias. Y creo que podríamos contar esta como dos citas en una.

—¿Quieres decir que… estamos en nuestra tercera cita?

Ella sonrió y él llamó al camarero para pedirle la cuenta.

Dante abrió los ojos y vio el pelo negro de Angelica derramado sobre la almohada y sus suculentos labios invitándolo a despertarla con un beso. Por unos instantes creyó estar soñando, pero aun así la besó y ella abrió los ojos, le sonrió y le rodeó la nuca con una mano para tirar de él y besarlo también. Un beso tan radiante como el alba y tan prometedor como la primavera.

—Buongiorno, cara —la saludó mientras recorría el contorno de su cuerpo con la mano, las voluptuosas curvas que él había explorado a conciencia durante la noche… la noche en la que había renacido—. Cosa posso fare per te?

Ella frunció el ceño y se echó a reír.

—¿Me has preguntado qué puedes hacer por mí?

—¿Te apetece una taza de té? ¿O prefieres que te lleve a la ducha

y hagamos algo creativo con el jabón?

Ella lo besó en el cuello y bajó la mano por su espalda.

—¿Qué tal si empezamos con la ducha y seguimos a partir de ahí?

A Geli le temblaba la mano al llamar a Elle. No sabía lo que iba a decirle, solo sabía que tenía que oír la tranquilizadora voz de su hermana.

—Lo siento, en estos momentos no puedo contestar. Deja tu mensaje y te llamaré cuando resuelva la crisis actual.

¿Un mensaje? ¿Cuál podría ser? Voy a ir a una fiesta de pijos que celebra uno de los diseñadores más famosos del mundo. No puedo ni tenerme en pie porque Dante Vettori se ha pasado la noche derritiéndome los huesos. Estoy enamorada… ¡No, no, no! El sexo había superado todas sus fantasías, pero Dante tenía razón; el amor era algo más. Era tumbarse juntos en la nieve y contemplar las estrellas en silencio. Era hacer la llamada telefónica más difícil del mundo para encontrar a una gata moribunda. Era enviar tontos mensajes de texto para decirle a la otra persona que estaba pensando en ella.

—Soy yo —dijo—. No pasa nada. Solo quería el consejo de mi hermana mayor para saber qué ponerme. Os quiero. Llámame.

La ropa. Tenía que concentrarse en la ropa.

Estaba delante del armario cuando Dante volvió del piso de Lisa.

—Has tardado mucho. ¿Ha habido algún problema?

—Me temo que sí. El pez estaba flotando panza arriba. He tenido que ir a la tienda de animales a buscar uno igual.

—¿Ha habido suerte?

—He encontrado uno muy parecido. Es un poco más grande, pero con un poco de suerte Lisa lo atribuirá a un crecimiento natural.

—¿Y si lo descubre?

—Tendrás que decirle la verdad.

—Gracias —se volvió hacia el armario y los dos vestidos colgados—. ¿Has sabido algo de ella?

—Solo un mensaje para decirme que habían llegado bien. ¿Qué haces?

—Intento decidir qué ponerme. El rojo o el negro.

—Obviamente, el negro, pero estarías fabulosa con cualquier cosa. Tengo algo importante que decirte y necesito que prestes atención.

A Geli se le formó un nudo en el pecho.

—¿De qué se trata?

—De esto… Posso baciarti, carissima?

—¿Estás poniendo a prueba mi italiano, carissimo? —le rodeó el

cuello con los brazos—. Y la respuesta es… si, voglio che mi baci.

Dante la besó larga y apasionadamente, y continuó con una íntima lección de italiano avanzado.

Al final fueron los accesorios los que decantaron la balanza hacia el vestido negro, que había sido rehecho a partir de un vestido de punto antiguo que había encontrado en un baúl del desván. Con un sencillo escote en V que apenas insinuaba sus pechos y las mangas ceñidas por debajo de los codos, irradiaba una elegancia atemporal. Aquella noche se lo había ceñido a la cintura con un cinturón ancho de ante negro y plateado, abrochado con varias hebillas de circonita dispuestas en diagonal.

Satisfecha con el resultado, lo completó con un bolso de mano negro de ante y un abrigo largo de terciopelo y fue al salón.

Dante estaba de pie ante el fuego, arrebatadoramente atractivo en su esmoquin, con una mano sobre la repisa, la otra sosteniendo una copa y el rostro iluminado por las llamas.

—Angelica… —dejó la copa y le tomó el abrigo—. Bonitos guantes —admiró los mitones negros con los dedos al descubierto—. Me gustaría besarte, pero no quiero estropearte el maquillaje.

Ella levantó la mano para que le besara los dedos.

—Qué galante —dijo, riéndose para disimular que se estaba derritiendo—. Ahí no puedes causar muchos destrozos.

—Ni aquí —le levantó la barbilla para besarle el cuello. Luego volvió a ajustarle la gargantilla y se echó hacia atrás para ayudarla a ponerse el abrigo.

—¿Has crecido?

Ella se levantó la falda para mostrarle los altísimos tacones de sus botas negras de ante.

Él la observó unos segundos, deteniéndose en el cinturón, y le sonrió.

—Voy a disfrutar mucho desnudándote cuando volvamos a casa.

Geli temblaba como un flan mientras la limusina se acercaba a la alfombra roja.

—Todas las mujeres llevarán vestidos de diseño y diamantes.

—Tú también llevas un vestido de diseño. Y todas las mujeres presentes van a codiciar tu cinturón.

—¿Estás seguro?

—Créeme. Igual que todos los hombres presentes desearán ser el que esta noche te va a desabrochar esas bonitas hebillas – Geli se

ruborizó, pero afortunadamente el coche se detuvo en aquel momento y Dante se bajó y le ofreció la mano. —Sonríe, Angelica.

Al salir de la limusina la cegaron los flashes del ejército de paparazzi apostados a la espera de celebridades.

El salón era como el palacio de un cuento de hadas. Todo estaba impecablemente dispuesto, con una plataforma por la que figurantes exquisitamente ataviadas desfilaban en torno al anfitrión y estrella del evento, el legendario diseñador conocido como el Maestro, cortejado por famosas, actrices de Hollywood y supermodelos de todo el mundo.

Dante le presentó a algunos conocidos y ella tomó un poco de champán y de caviar. Se arrepintió de haberlo hecho y Dante fue a buscarle un vaso de agua. Mientras Geli daba vueltas buscando a su padre o a Valentina se encontró cara a cara con el mismísimo Maestro.

—Signora…

—Maestro. Piacere… Mi chiamo Angelica Amery e sono inglese. Mi italiano no es muy bueno.

—Bienvenida, Angelica Amery. Siempre es un placer conocer a una mujer hermosa, especialmente una con tanto coraje.

—¿Coraje?

—Creo que es usted, aparte de las camareras, la única mujer de la sala que no lleva un vestido diseñado por mí. Esta moda de la ropa vintage nos dejará a todos sin trabajo.

—Mi dispiace, Maestro, pero no podría permitirme uno de sus vestidos, ni tampoco el que llevo puesto. Perteneció a mi bisabuela.

—Pues su bisabuela tenía un gran estilo, igual que usted, cara. Y me encanta su cinturón. Las hebillas asimétricas complementan a la perfección el vestido. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Grazie, Maestro. Lo diseñé yo misma. Me inspiré en un brazalete indio que vi en Internet.

—Es perfecto —le ofreció la mano y, cuando ella la aceptó, se llevó la suya a los labios—. Venga a verme el mes que viene y hablaremos de su futuro.

—Grazie… —pero él ya estaba hablando con otra persona. Geli bajó la mirada y descubrió que le había metido su tarjeta en su guante de encaje.

Le había dado su tarjeta. Le había dicho que fuera a verlo. Su cinturón le había parecido «perfecto»…

Se quedó unos momentos intentando respirar y asimilar lo ocurrido, y entonces se puso a dar vueltas en busca de Dante para contárselo.

Siendo más alto que la mayoría de los hombres debería ser muy fácil localizarlo entre la multitud, y al cabo de un momento vio sus anchos hombros en un rincón. Estaba de espaldas a ella, pero al dar un paso hacia él vio con quién estaba hablando.

Valentina Vettori era mayor de lo que había pensado. Incluso mayor que Dante. Pero en carne y hueso era aún más hermosa de lo que parecía en las fotos a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas.

El impacto la dejó anonadada. La forma en que él la abrazaba y sostenía con fuerza mientras ella le mojaba el hombro de la chaqueta con sus lágrimas. Toda la dicha de las últimas veinticuatro horas, todo el éxito que había tenido aquella velada, se transformó en una amarga desilusión.

Valentina había sido su amante y él había llorado su pérdida durante más de un año, mientras que a ella solo la conocía desde hacía una semana. Se obligó a apartar la mirada de la escena íntima y vio un rostro conocido. Daniele Vettori, con una copa en la mano, miraba a su alrededor, preguntándose dónde se había metido su mujer.

—Signor Vettori —caminó hacia él con la mano extendida—. Me alegro de conocerlo. Quería darle las gracias por la ayuda que nos prestó la otra noche —él la miró sonriente y desconcertado—. Sono Angelica Amery. La mujer de los gatos.

—Signora Amery… Piacere —le estrechó la mano—. No me había dado cuenta de que era inglesa. ¿Ha venido con Dante? —le preguntó en tono sorprendido y esperanzado.

—Soy diseñadora de moda… bastante humilde —añadió—. Dante pensó que me gustaría esto.

—¿Y se está divirtiendo?

—Mucho —hasta dos minutos antes se había sentido en la cima del mundo—. ¿Está su mujer con usted?

—Está por ahí, recuperando el tiempo perdido. Hemos llegado tarde porque Alberto, nuestro hijo, no se dormía. Tenemos una niñera, pero Valentina… Lo siento, no quiero aburrirla hablando de niños —le sonrió—. ¿Dónde está mi hijo?

—Ha ido a buscarme un vaso de agua. Hay mucha gente.

—Tome esto, por favor —le ofreció la copa que llevaba—. Mi mujer está dando el pecho y debe evitar el champán.

—Pero…

Él le dedicó una sonrisa tan parecida a la de Dante que a Geli se le formó un nudo en la garganta.

—De acuerdo, pero a cambio tendrá usted que quedarse a hablar conmigo hasta que vuelva Dante.

—Será un verdadero placer —ella aceptó la copa y dio un sorbo, confiando en que la mano no le temblara demasiado.

—¿Conoció a Dante en Inglaterra, signora Amery?

—Por favor, llámeme Geli.

—Grazie, Geli. Io mi chiamo Daniele.

—Daniele… En respuesta a tu pregunta, no. Vine a Isola a trabajar

y Dante me ayudó cuando tuve un problema con mi apartamento.

—Angelica —Geli dio un respingo cuando Dante le puso la mano en el hombro. Estaba muy pálido y tenía una mancha de maquillaje en el hombro, pero al menos se había acordado de llevarle el agua—. Parece que estoy de más aquí.

—Claro que no —le devolvió la copa a su padre—. Solo estaba sosteniéndole la copa a Daniele hasta que tú llegaras. Era para Valentina, pero parece haberse esfumado.

—La he visto hace un momento. Creo que iba al baño.

—Entonces, la esperaré aquí con vosotros, si me lo permitís —dijo Daniele.

Los dos hombres intercambiaron una larga e intensa mirada en silencio. Dante dijo algo en italiano que Geli no comprendió y un segundo después se estaban abrazando. Geli se vio sosteniendo dos copas y reprimiendo las lágrimas.

Entonces apareció Valentina, entrelazó el brazo con el de Daniele y le dijo algo a Geli en un italiano demasiado rápido para ella.

—Geli es inglesa, cara —dijo Daniele—. Es la heroína que se metió en mis obras para buscar a una gata malherida en la nieve.

—Qué valiente… —su expresión podría significar cualquier cosa, desde sincera admiración, posiblemente por arriesgar sus uñas perfectas, a sarcasmo—. ¿Cómo está la gata?

—Mucho mejor y muy contenta de estar de nuevo con sus gatitos.

—Para ella todo vuelve a estar en orden —Valentina miró a Dante y fue como si Geli y Daniele no estuvieran allí—. Qué bonito… —se giró otra vez hacia ella—. No sé si sabes que presento un programa de televisión. Siempre estamos a la búsqueda de buenas y emotivas historias. ¿Crees que podríamos grabar a la gata y sus gatitos? ¿Son fotogénicos?

Geli se quedó pasmada, sin saber cómo tomarse aquella propuesta.

—Bueno, Mamá Gata se parece ahora mismo al monstruo de Frankenstein, pero los gatitos son adorables.

—Perfecto. ¿Lo harías? El programa será obviamente en italiano, pero puedo traducírtelo o… —Geli pensó que iba a sugerir que lo tradujera Dante— podríamos grabarlos en casa con una voz en off.

—Grazie, Valentina. Estoy mejorando mi italiano, pero los telespectadores agradecerían que fueras tú quien hablara —la sonrisa de Valentina era tensa y forzada y Geli se puso a contarle la historia de Rattino: el susto de Lisa, las mujeres subiéndose a las sillas, el gato escondiéndose bajo la mesa… Al final consiguió que todos se echaran a reír.

—Bravissima! —exclamó Valentina, batiendo las palmas—. ¡Eso es lo que quiero! Incluiremos subtítulos. I gattini… ¿dónde están ahora?

—En nuestro apartamento —le dijo Dante—. ¿Por qué no te pasas

a verlos? Venid a comer mañana. Tengo un regalo para Alberto —su padre pareció más receloso que complacido—, y tengo un proyecto del que me gustaría hablar con Valentina.

—¿Ah, sí?

—Angelica es una artista y estamos haciendo un vídeo sobre la importancia de proteger la esencia de Isola.

—¿De gente como yo? —preguntó su padre.

—No es nada personal, papá. Nunca lo fue —volvieron a sostenerse la mirada, pero su padre acabó asintiendo y siguieron charlando unos minutos más, hasta que Valentina vio a alguien con quien tenía que hablar y se separaron con calurosos abrazos.

Solo Geli advirtió que, mientras su padre estaba ocupado con ella, Valentina aprovechaba la oportunidad para susurrarle algo al oído a Dante. El asentimiento de Dante pasó desapercibido a cualquiera que no estuviese observando con atención.

—¿Te gustaría ir a alguna parte? —le sugirió él al subirse al coche.

—No, gracias.

—No sabes lo mucho que me alegra tu respuesta. ¿Te lo has pasado bien? Te he visto hablando con nuestro anfitrión.

—¿Sí? Me estaba felicitando por ser la única mujer de la fiesta con el suficiente valor para no lucir ninguno de sus vestidos.

—Oh, amore… No había pensado en eso. Lo siento.

—¿Por qué? Las cosas son como son, y cuando le expliqué que este vestido era de mi bisabuela me perdonó.

—¿Lo dices en serio?

—¿Que el vestido tiene ochenta años o que me perdonó?

—Las dos cosas. Madonna! ¿De verdad es tan viejo?

—Mi bisabuela controlaba escrupulosamente su ropa. Cuándo la compraba, cuánto le costaba, dónde la vestía. Este vestido es de Mainbocher, el hombre que diseñó el vestido de Wallis Simpson para su boda con el duque de Windsor. No se lo volvió a poner después de aquel escándalo. Estaba en contra del divorcio, de la abdicación, de todo… salvo de su bonita ropa.

Estaba hablando demasiado, pero Dante no daba muestras de aburrimiento. Tal vez le interesaba la moda vintage…

—Tenemos baúles llenos de ropa en el desván, no solo suya, sino también de mi abuela. Era una Barbie de los años sesenta. Por suerte, Elle no sospechaba el valor de las ropas cuando tuvo que vender la plata para hacer frente a los acreedores.

—El vestido es perfecto, Angelica. Estabas tan ocupada mirando a los demás que no te fijaste que todos te miraban a ti.

Alargó el brazo para agarrarle la mano, pero ella fingió que no se daba cuenta y la mantuvo fuera de su alcance.

—El Maestro también alabó mi cinturón. Es un accesorio original

de Dark Angel.

—Espero que se lo hayas dicho.

—Claro… Me besó la mano, me dio su tarjeta y me pidió que vaya a verlo el mes que viene. —Eso sí que es tener éxito.

—¿Y tú, Dante? ¿Has conseguido todo lo que querías esta noche?

Él suspiró y se recostó en el asiento.

—No todo, pero sí bastante. Que hablaras con mi padre facilitó mucho las cosas.

—¿En serio? No parecías muy contento.

—¿Cómo te pusiste a hablar con él?

—Como suele pasar en las fiestas. Coincidiendo en el mismo lugar al mismo tiempo. Yo te estaba buscando para contarte lo del Maestro. Él estaba buscando a su mujer y a punto de encontrársela llorando en tu hombro, de modo que me presenté como la mujer de los gatos para distraerlo.

—Enhorabuena, Angelica. No solo has impresionado al hombre más impasible de Milán, sino que te has doctorado en diplomacia.

—Mis hermanas no podrían creérselo. Siempre digo lo que pienso sin preocuparme por las consecuencias.

—Has demostrado un autocontrol digno de admiración, pero ahora que estamos solos puedes compartir tus pensamientos conmigo.

Ella cerró los ojos. ¿Eso era todo? ¿Ninguna explicación ni intento de justificarse? ¿Nada que le permitiera olvidar lo que había visto? Pero, le dijera lo que le dijera, Geli nunca podría olvidar la forma en que había abrazado a Valentina.

—Estoy pensando que me has llevado a la fiesta como excusa para ver a Valentina. Tarde o temprano abandonará a tu padre y volverá contigo, y él lo sabe —Dante no dijo nada ni intentó negarlo—. Y creo que el nuevo pececito de colores se sentirá solo y asustado en una pecera desconocida. Deberías hacerle compañía esta noche.

Capítulo 12

«Cuando te rompen el corazón no hay nada mejor que un helado para congelarte por dentro e insensibilizarte contra el dolor».

El libro de los helados de Rosie

Dante le dijo al chófer que esperase y acompañó a Angelica hasta la puerta. Ella abrió y se giró hacia él para cortarle el paso.

—Angelica… —No.

—Solo quería darte las gracias por esta noche —dijo él—. Has sido más amable de lo que nos merecíamos, y siempre estaremos en deuda contigo.

—No lo he hecho por ti. Lo he hecho para ahorrarle un disgusto a tu padre.

—Lo entiendo, pero cualquier cosa que creas haber visto… —quería decirle que no era lo que ella se imaginaba.

Había creído que sería más fácil para ambos si se encontraban en un terreno neutral entre cientos de personas. Pero se había equivocado. Valentina casi se había desmayado al verlo, y le había suplicado desesperadamente que no le destrozara la vida.

Angelica debía recordar que él la había respetado lo suficiente para ser sincero con ella y contarle los motivos de Lisa cuando podría haberle mentido. Ella se lo había tomado muy mal, pero el disgusto no le había durado mucho. Al reflexionar sobre ello había aceptado que Dante había hecho lo correcto.

Dante confiaba en que volviera a hacer lo mismo y que, con el tiempo, comprendiera que lo de esa noche en la fiesta… Matteo llegó desde el salón con aspecto adormilado.

—Hola, habéis vuelto temprano. Creía que estaríais por ahí.

—Ha sido un día muy largo. ¿Problemas?

—No —sonrió como un tonto—. De hecho, he estado hablando con mi madre y dice que le encantaría quedarse con los gatos.

«Jamás», pensó Dante. En aquellos momentos, lo único que mantenía allí a Angelica eran los gatos. No iban a ir a ninguna parte.

—Lo discutiremos mañana. Baja y espérame en el coche. Te llevaré a casa.

—Gracias. Ciao, Geli —Matteo agarró su abrigo y bajó las escaleras.

Angelica esperó a que se fuera y abrió la boca como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla. También cerró los ojos, como si no soportase mirarlo. Dante tomó su rostro entre las manos y le apartó suavemente las lágrimas con los dedos, sin que ella se separara.

—Carissima… —ella abrió los ojos—. ¿Puedo decirte las sabias palabras de una mujer a la que tengo el honor y el privilegio de conocer?

—Dante, por favor —protestó ella, pero sin moverse.

—Celebra las cosas buenas que te han pasado esta noche y consérvalas en tu corazón, porque no se presentan a menudo.

—Lo sé.

—Haz una lista con las cosas que te hacen daño para que no pases la noche en vela pensando en ellas —ella suavizó el gesto al reconocer sus propios consejos—. Date un baño, no muy caliente. Rocía tu almohada con aceite de lavanda y cuando te acuestes piensa en todas las cosas que quieres hacer mañana para que te despiertes feliz y contenta.

Ella tragó saliva.

—¿Cosas buenas?

—El turno de mañana en el bar, coqueteando con Marco y tus admiradores. La cita con tu cliente para ultimar el diseño de su heladería…

—Eso no está en mi agenda.

—En la mía sí. A las diez en punto —ella se encogió de hombros—. El almuerzo con…

—¿Esperas que vaya a comer contigo y…? ¿Con todos vosotros?

—Creo que si le hablas a mi padre de nuestro reportaje se mostrará más receptivo.

—¿Por qué tendría que escucharme? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Porque eres una mujer muy hermosa. Lo peor de esta noche fue verte con él, ver cómo tonteaba contigo. Ya tenía a Valentina y aun así no podía contenerse.

—A lo mejor solo se estaba protegiendo. Buscando una alternativa por si lo abandonaban.

—Eso no va a ocurrir. Valentina se quedará siempre con él, ya que le da todo lo que siempre ha querido.

—Y tú no.

—Fue ella quien me dejó, cara. Yo nunca podría haberla hecho feliz, y ella tuvo el buen juicio de verlo y el valor de buscar lo que realmente quería.

—Llevándose parte de ti. Aún la quieres, Dante. Admítelo.

—Tienes razón. Se llevó algo mío, pero ¿amor? —negó con la cabeza—. Estaba embelesado con ella, pero al final solo fue sexo.

Ya había dicho suficiente. Si no se marchaba acabaría suplicándole a Angelica que le permitiera quedarse. Le agarró la mano y le puso la llave en la palma.

—Quédatela.

—Pero es tu llave.

—Ahora es tuya —se inclinó para besarle la mejilla y ella se pegó a él a pesar de todo. A Dante le costó un enorme esfuerzo no rodearla con los brazos.

Ella lo había visto abrazando a Valentina y no podría superarlo hasta que confiara plenamente en él. Tenía que convencerse de que él era suyo en cuerpo y alma. Y por mucho que Dante hiciera, dependía de ella aceptarlo o no.

Con el corazón desgarrado, Geli vio a Dante bajando la escalera sin mirar atrás. Cerró la puerta y apretó la llave que acababa de darle.

«Ahora es tuya». ¿Qué había querido decir con eso? Aquel era el apartamento de Dante y… No, un momento. Cuando Valentina le había preguntado dónde estaban los gatos, él le había respondido que estaban en «nuestro apartamento». Y Valentina ni siquiera se había inmutado.

Pero sí que había llorado en sus brazos y le había susurrado algo al oído.

¿Qué le había dicho?

Imposible saberlo. Sacó un recipiente de helado del congelador y se lo comió entero mientras se llenaba la bañera. Después de pasarse un buen rato en el agua, sin pensar en otra cosa que su momento de gloria en la fiesta, puso unas gotas de aceite de lavanda en la almohada, y se acostó para escribir todo lo que podía recordar de aquella velada. La ropa que se había puesto, todo lo que recordaba de la limusina, los paparazzi, la alfombra roja, la gente que había visto, las palabras que le había dicho el Maestro, las palabras de Dante… «Nuestro apartamento», «nuestro reportaje»; su convicción de que Valentina no dejaría a su padre. Pero si fuera cierto, ¿por qué había estado llorando en su hombro? ¿Culpabilidad, remordimiento?

¿Qué le había susurrado al oído?

Dante llegó a las diez en punto y mantuvieron una reunión profesional entre una diseñadora y su cliente en la futura heladería para decidir los colores, el mobiliario y la decoración. Eligieron la vitrina para los helados y Dante se conectó a Internet con su portátil para encargarlo y para mostrarle la máquina de discos que había encontrado. Después, Geli fue a cambiarse para la comida.

El personal de limpieza había hecho un trabajo impecable. Había flores frescas y junto a la chimenea se había colocado un lecho para Mamá Gata y sus gatitos.

Geli les echó un vistazo y se puso su minivestido negro, las mismas botas de la noche anterior y la chaqueta roja de terciopelo que tanto le había gustado a Lisa. Se miró al espejo y le pareció que daba una imagen demasiado agresiva. Al fin y al cabo, estaba en casa y debería mostrarse relajada e informal y permitir que sus invitados se lucieran.

«Nuestro apartamento».

Se cambió el vestido por unos pantalones burdeos, una blusa negra de seda y un chaleco de brocado también burdeos, y sustituyó las botas por zapatos de tacón bajo.

Mejor. Pero por primera vez en su vida se lamentó de no tener un jersey rosa en el armario. Porque por mucho que odiara admitirlo, Dante tenía razón.

Agarró la llave y se la metió en el bolsillo del chaleco. Era una especie de compromiso.

Si al menos supiera lo que Valentina le había susurrado…

Le llegó un mensaje al móvil y se alegró de tener un motivo para retrasar el momento de bajar al café. Era la respuesta del durísimo mensaje que ella había enviado al banco. No solo le habían restituido el dinero perdido, sino quinientas libras más por los inconvenientes. Obviamente, habían descubierto un fallo en su sistema de seguridad, porque de lo contrario nunca habrían reembolsado una cantidad semejante.

Ya no tenía ninguna excusa para quedarse en aquella casa. Solo los gatos, y Matteo estaba deseando quedárselos.

Miró la hora. No podía seguir postergando lo inevitable.

Oyó a Dante hablando por teléfono al pasar por delante de su despacho. No se detuvo, pero se preguntó con quién estaría hablando. Así debía de sentirse Daniele todos los días, pero ella no podría vivir así.

Estaba examinando la mesa colocada en el rincón cuando llegó Dante.

—Primero comeremos, y luego tomaremos el café arriba para que Valentina pueda ver a los gatos. ¿Ha llegado la cesta?

—Sí. Bien pensado. Ofrecen una imagen adorable.

—Si van a salir en televisión necesitarán algo más que una caja de cartón —se giró al abrirse la puerta y vio entrar a Valentina lanzando besos.

—Ciao, Geli, ciao, Dante… Daniele ha tenido que aparcar bastante lejos y viene para acá. ¿Puedes sostenerle la puerta?

Dante estaba encargándole a Bruno que atendiera la barra mientras él abría la puerta, por lo que no vio lo que obstaculizaba a su padre.

Pero cuando se volvió y vio al niño de Valentina durmiendo en su carrito, Geli lo comprendió todo. Las lágrimas de Valentina, las dudas de Daniele, el dolor de Dante.

La pena de Dante no era por haber perdido a Valentina, sino al niño que ella llevaba dentro y que luego había dado a luz y había puesto en brazos de su padre.

Aprovechando el revuelo que había causado la llegada del bebé, con el personal apiñándose en torno a él para hacerle carantoñas, Geli agarró la mano de Dante y la apretó fuertemente mientras él conseguía plasmar una sonrisa en su rostro.

Horas después, solo fueron dos, pero se hicieron interminables, Geli cerró la puerta al marcharse las visitas y se giró hacia Dante.

—Tu padre sabe que el niño es tuyo, ¿verdad?

—Se puso enfermo cuando yo era niño. Fue la primera vez que me quedé aquí con la abuela. Valentina es su cuarta mujer, pero no volvió a tener hijos, a pesar de que adora a los niños, por lo que supongo que sufrió algún daño permanente. Debería habértelo contado, pero anoche…

—No —ella no quería pensar en la noche anterior. En la terrible y conocida sensación de pérdida—. Solo nos conocemos desde hace una semana. Puede que hayamos pasado más tiempo juntos que muchas parejas, pero es algo muy reciente y aún nos estamos conociendo. Y un secreto de tal calibre no se comparte con cualquiera.

—Los secretos nunca son buenos. Valentina casi se desmayó al verme en la fiesta. Estaba segura de que mi intención era decirle a mi padre que Alberto no es su hijo y destrozarle la vida.

—¿Quieres decir que ella no sabe que él lo sabe?

—Eso parece. Por eso se puso a llorar cuando se lo dije. De alivio y alegría, supongo, al darse cuenta de lo mucho que la quiere.

—Entiendo —recordó cómo Valentina se había acercado a su marido y había entrelazado el brazo con el suyo, no como una mujer con remordimientos, sino como una mujer que se sentía amada y respetada.

—Una vez me preguntaste si me arrepentía de mi elección, ¿te acuerdas?

—Dijiste que la pregunta era si volverías a hacerlo —¿podría preguntárselo? ¿Podría vivir ella con la respuesta?—. ¿Lo harías?

—¿La verdad?

—Siempre la verdad, caro.

Él sonrió y a Geli se le encogió el corazón al pensar en la forma en que había abrazado al niño y cómo se lo había devuelto a su padre para que lo acostara en su cochecito.

—Siempre habrá remordimientos, Angelica. Un niño ha de estar con su madre, y una mujer ha de estar con el hombre que pueda hacerla feliz. Me gusta pensar que, si se me hubiera presentado la ocasión, habría tenido el valor, la fuerza y la humanidad para tomar la misma decisión.

—¿Lo harías por ellos?

—¿Qué debería hacer? ¿Exigir una prueba de ADN? ¿Darles a los lectores de Celebrità un escándalo con el que regodearse mientras desayunan? ¿Hacer de su madre el blanco de las críticas?

—No —ella negó con la cabeza—. No…

—Cuando Alberto nació abrí un fondo fiduciario para él. Y hoy, cuando te llevaste a Valentina a enseñarle tus diseños, mi padre accedió a firmar los documentos que me convierten en su tutor legal en caso de divorcio.

—¿Valentina estará de acuerdo?

—Ella sabe que él siempre será parte de mi vida. Quiero que lo sepas.

—Eres un hombre muy especial, Dante Vettori —y para demostrarle su confianza se sacó la llave del bolsillo y se la ofreció.

—¿Me devuelves mi llave?

—No, caro, no te la devuelvo. Te la dejo para que la guardes bien.

Él aceptó la llave, se la metió en el bolsillo y la agarró de la mano.

—Te he echado de menos.

—Solo han sido diez horas, Dante, pero yo también te he echado de menos.

—¿Te he dicho que hoy estás preciosa?

—Aprovéchate, porque voy a comprarme un jersey rosa con flecos en el mercadillo del martes. Y si no me besas ahora mismo me lo pondré para salir en televisión.

Dante no solo la besó, sino que para demostrarle que se tomaba muy en serio su amenaza, la llevó al dormitorio para hacerle el amor con una pasión salvaje.

—¿Eso del jersey será una amenaza recurrente? —le preguntó mucho más tarde, cuando estaban los dos abrazados y jadeantes—. No es que me queje.

—Te lo diré cuando puedas relajarte —lo miró a los ojos—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué te susurró Valentina al oído?

—¿Te diste cuenta?

—Sí.

—Yo le había dicho que había conocido a alguien y ella, después de haberte conocido, me estaba rogando que te hiciera feliz —se inclinó para besarla—. Y yo estoy encantado de poder hacerlo.

—Oh, oh…

—¿Qué ocurre, cara?

—He recibido un mensaje de Elle. Sabía que era un error abrir la heladería en Pascua. Todos van a venir a verla. —¿Van a venir a Milán solo para ver una heladería?

—No, en realidad vienen a verte a ti. Lo siento. He intentado ser lo más discreta posible, pero cuanto menos les dices a tus hermanas mayores, más cosas se imaginan.

—¿Algún consejo?

—Sé tú mismo. Pero tengo que buscarles alojamiento. —Llamaré a mi padre a ver si está libre la villa del lago Como.

—No lo está. Valentina me dijo que iban a pasar allí la Pascua. Llamó para invitarnos mientras estabas fuera. Pensaba que podríamos ir el domingo para que puedas ver a Alberto, pero…

—Pero nada. Hay espacio de sobra —sacó su móvil—. Cuatro adultos, tres niños y un bebé, ¿no? —ella asintió y él hizo la llamada —. Están encantados de recibirlos y nos quedaremos hasta el martes. Así tendrás tiempo para ponerte al día con tus hermanas.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—No desde el desayuno. ¿Hemos acabado aquí?

Geli miró las paredes verdes, el dibujo de un enorme sundae con una brillante guinda roja, los muebles blancos, la máquina de discos y el escaparate refrigerado esperando los helados. En el patio las flores rojas y blancas crecían en viejos maceteros de piedra, y Geli había entrelazado en las parras lamparitas blancas de energía solar.

—A mí me parece que sí.

—Entonces, ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa —la sacó a la calle y abrió la puerta del local contiguo, ocupado por una ferretería hasta que el dueño se jubiló unas semanas antes.

—¿Más planes de expansión? Estoy un poco ocupada.

No había tenido un momento de descanso desde que la foto de ella y el Maestro había aparecido en una famosa revista de moda. Desde entonces todo el mundo quería un cinturón como el suyo.

El Maestro le había ofrecido un trabajo a cambio de los derechos de fabricación, pero, por halagadora que fuese la oferta, Geli no quería ser una diseñadora anónima que trabajase para una marca. Ella tenía su propia marca y estaba colaborando con una estudiante que hacía maravillas con el cuero y los colores. Además, una boutique de Milán le había encargado una docena de sus camisetas de chifón estilo telaraña.

—Lo sé, y por eso vas a necesitar más espacio. Bienvenida a tu taller.

—¿Qué? No…

—¿No? ¿No te parece que sería el escaparate perfecto para tus diseños?

Ella giró sobre sí misma, imaginándose todo pintado de blanco, las estanterías, la mesa, una reluciente pieza de colores en la pequeña ventana…

—Es perfecto.

—Me alegra que te guste. Hay una habitación en la parte de atrás que puede servir como oficina y almacén, y dos habitaciones en el primer piso para hacer el taller. Y en el segundo piso…

Ella se giró hacia él, sabiendo lo que iba a decirle. La primera noche en Isola le había hablado de su sueño. Una casa con tres plantas. Una para vender sus obras, otra para trabajar y otra para vivir.

—Un pequeño apartamento —concluyó ella—. ¿Será lo bastante grande para mí?

—Y te sobraría espacio. He pensado que podríamos echar abajo algún tabique.

—¿Cómo? No entiendo. ¿Lo has comprado?

—No. Al menos no recientemente. Cuando tenía veintiún años heredé algo de dinero de mi abuelo materno, y Nonnina quería invertirlo para ayudar a que su hijo levantara su negocio en Australia. Ella era la dueña de todo el edificio y me pareció una buena inversión, aunque parte del trato era que siguiera viviendo aquí sin pagar nada hasta que decidiera retirarse. Mi padre no dudaría en comprarla si estuviera en venta.

—Madonna, Dante, eres único para impresionar a una chica.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en ampliar el apartamento? Necesitaremos más espacio cuando nos casemos.

Y mientras Geli intentaba controlarse, él se sacó un estuche del bolsillo y lo abrió para revelar un precioso anillo de diamantes.

—Dante, caro, ¿estás seguro? No hay ninguna prisa…

Él no fingió no entenderla.

—Esto no tiene nada que ver con lo de Valentina. No solo somos amantes, Angelica. Somos amigos y mucho más. Tu siete la mia aria… Eres el aire que respiro. Voglio stare con te per sempre… Quiero estar siempre contigo. Ti amo… Te quiero, amor mío. Iría hasta el fin del mundo para estar contigo.

Geli se apartó una lágrima, sacó el anillo del estuche y se lo dio a Dante para que él se lo pusiera en el dedo.

—Anche tu sei la mia aria, Dante. Voglio stare con te per sempre… Y contigo viviría hasta en una cueva.